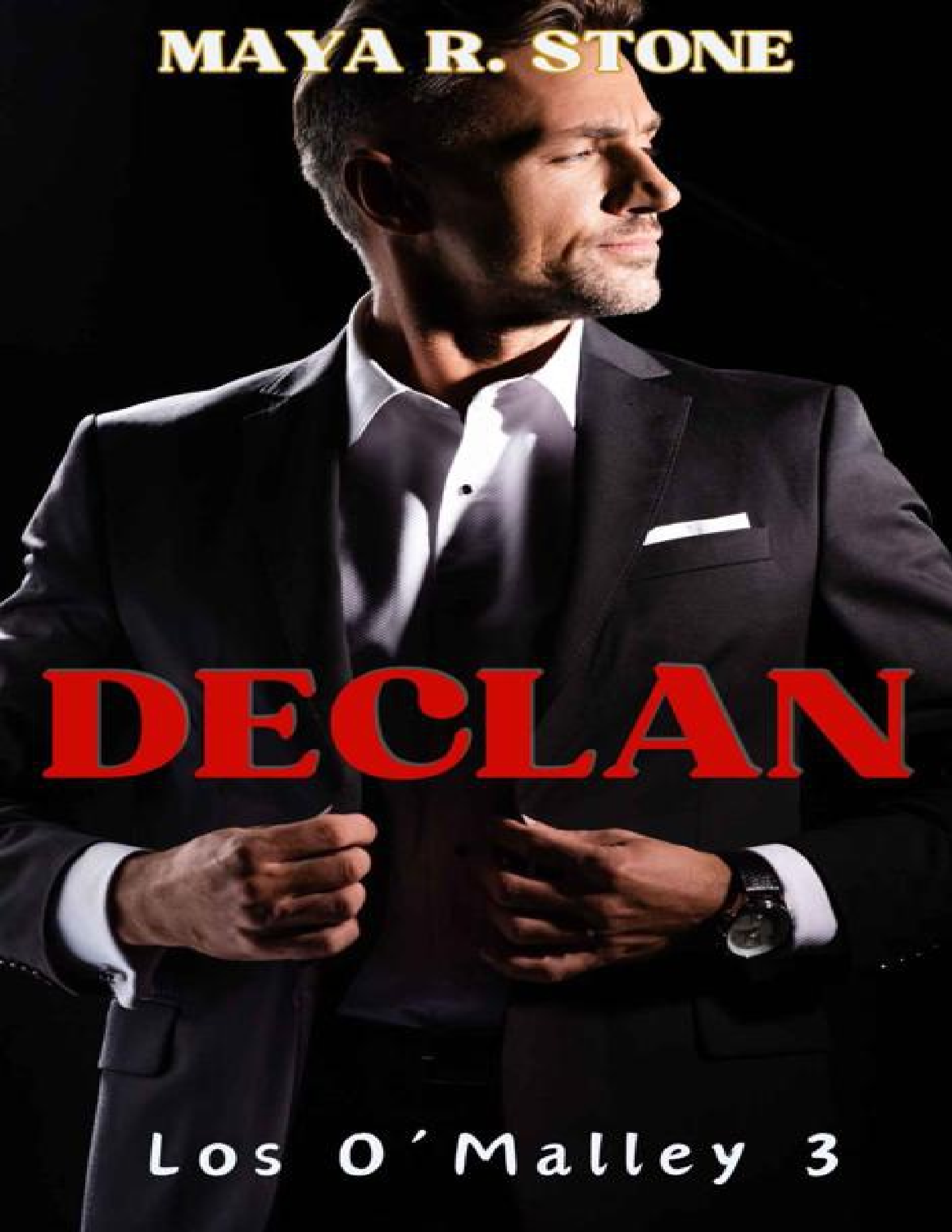




MAYA R. STONE

DECLAN

Los O'Malley 3

DECLAN

Los O'Malley 3

MAYA R. STONE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO.

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS.

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO.

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

DESENLACE

NOVEDADES: ¡ATENCIÓN, MIS QUERIDOS LECTORES!

UNO.

Declan O'Malley se hizo atrás en su asiento, su mirada fija en la ventana que miraba hacia la parte más bulliciosa de la ciudad. Los edificios que rodeaban la torre del conglomerado los O'Malley eran testigos mudos de su creciente ansiedad.

Su gesto de impaciencia casi perpetua parecía tatuado en su faz. Llevaba ya meses sintiendo que el tiempo se desplazaba lento y jugaba en su contra, como un enemigo silencioso que se interponía entre él y el control de su empresa, Davagh.

La niña de sus ojos, así la sentía, porque había construido la misma ladrillo a ladrillo y desde los cimientos, y si esto era figurado, no dejaba de ser cierto.

Cada escalón al éxito financiero estuvo impregnado de su ardua labor, de sudor y hasta sangre, porque no pocos golpes de su padre le costó. El tocar el cielo del éxito económico individual se lo debía a esta, y con ello había venido la posibilidad, que se hizo determinación, de alejarse de la sombra oscura de su familia.

Creer en la mafia no era sencillo, mas cuando se lo hacía a la vera de un narcisista violento como su padre, lo elevaba cien veces. Lo había logrado, empero, y ¡oh, paradoja! esto le costó perder el control de Davagh, arrastrada por la investigación que el FBI hacía sobre sus activos.

La promesa había sido que tan pronto el monitoreo contable y la investigación criminal se cerraran, le sería devuelta, pero los últimos dieciocho meses habían sido un infierno. Y ahora llegaba esta nueva citación a declarar. ¡Cómo si no lo hubiese hecho ya, joder!

Maldijo en voz baja, su mandíbula trabada y los puños apretados sobre los apoyabrazos. La luz del día comenzaba a desvanecerse, pero el resplandor de las pantallas de su oficina iluminaba su rostro endurecido.

Era una expresión que su hermano Brady, que había estado concentrado en la lectura de carpetas a unos metros, conocía demasiado bien.

—Declan, tienes que calmarte —le dijo, y se incorporó, viniendo a él con la serenidad de quien ha aprendido a contenerse en medio de la tormenta.

Declan parpadeó y pareció salir de un trance. En verdad, sumergirse dentro de sus agitados pensamientos era perderse en la rabia y la sensación de no controlar las cosas, lo que le ponía de peor humor, si cabía.

—¿Calmarme? —replicó, apenas logrando contener la irritación en su voz, aunque en su favor, tenía que decir que lo intentó para no incordiar a su hermano—. ¡Han pasado casi dieciocho meses, Brady! El FBI ha tenido tiempo más que suficiente para cerrar el caso, escudriñar Davagh con lupa y limpiar el nombre de mi empresa. Saben, comprobaron que fue el jodido Connor quien lo ensució todo.

—Sí, está bien preso y lo estará por años—afirmó Brady con voz neutra, pero sus ojos reflejaban que no había nada de contemplación para su medio hermano en él.

Ninguno de los dos lamentaba que los dos hijos menores de su padre se estuviesen pudriendo en prisión, alejados del lujo que tanto amaban. Era el resultado de ser vulgares criminales sin el mínimo apego a la familia. Al menos, no a ellos dos.

—El agente encargado del caso reconoció que tenían bien probado que fue él quien hizo esas transferencias a Colombia y las Caymán. Con nuestro dinero. Robándonos para financiar sus planes de ser un zar de la droga, jodido imbécil. Y, sin embargo, aquí estamos, atrapados en su maldita burocracia, que es como una telaraña que no tiene fin.

Resopló y se mesó el cabello, meneando su cabeza. ¿Qué más información y pruebas necesitaban, maldita sea?

Brady lo observó, su semblante tranquilo contrastando con la agitación de Declan. Muchos creían que Brady era una carga para su hermano mayor, un artista que solo tenía sesos para pensar en su próxima pintura y exposición, sin un lugar o papel a jugar en el despiadado mundo de los negocios.

Pero Declan sabía mejor que nadie cuán equivocados estaban. Brady era un O'Malley, y como tal, inteligente, versátil, astuto, y capaz de sumergirse por días en el flujo creativo que sus musas imponían, pero también era un agudo estratega financiero.

Su calma y su intuición eran el ancla que lo mantenía firme cuando el océano de su pasado amenazaba con ahogarlo, y esto se contagiaba a Declan.

Habían sido ellos dos contra el mundo desde que tenía memoria, y si Declan era el mayor y sus puños lo habían protegido del mundo impenitente desde que pudo elevar sus brazos, Brady era quien creaba la paz que les permitía pensar y planear.

Una simbiosis perfecta que todavía se mantenía entre ambos a pesar de que habían dejado atrás el mundo del crimen organizado.

—Es tal y como lo dices, Declan. Pero debes tener un poco más de paciencia—afirmó cuando Declan elevó sus brazos en gesto de frustración—. Falta menos. Connor ya está preso, y nosotros estamos libres. Solo falta que el Bureau lo confirme sin una sombra de duda, y entonces, nada podrá detenerte—intentó razonar Brady, pero Declan no parecía dispuesto a escuchar.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la oficina se abrió, y Louie entró con paso rápido y nervioso. El joven jefe del área digital de la corporación O'Malley era un hombre delgado, con una figura menuda que contrastaba con la eficiencia y determinación con la que realizaba su trabajo.

Era un experto en todo lo que tuviese que ver con la informática y las redes, un verdadero genio con un aire de constante nerviosismo, como si el peso del mundo estuviera sobre

sus hombros.

En ocasiones, y considerando el talante de sus jefes, los dos primos de Declan, y este mismo, Louie tenía que sentir que en realidad mucho dependía de él.

—Señor O'Malley —dijo Louie, sin mirarle directamente por más de unos segundos, su mirada yendo a Brady, que le sonrió alentador, y luego a su laptop, que parecía parte de su mano izquierda—, he hecho lo que me pidió, y créame que lo intenté, pero no he logrado romper los cortafuegos del FBI. Su seguridad es... impecable. Usted sabe que yo no soy un hacker de los más brillantes...—intentó disculparse, sonrojándose.

Brady se movió para colocarse al lado del joven, como si quisiese confortarlo y defenderlo de la obvia desilusión que drenó de los ojos de Declan. La expresión de Brady era una mezcla de incredulidad e indignación.

—¿Qué demonios, Declan? ¿Has intentado que Louie hackee al FBI? ¿Has perdido la cabeza, joder?—exclamó, su voz subiendo de tono y dejando fluir su preocupación y furia—. Esto puede traerle problemas a Louie, y a nuestros primos Brian y Cillian. ¡Es una locura, incluso para ti!

Declan se encogió de hombros, restando importancia al asunto, aunque la frustración no cedió. Había tenido una pequeña esperanza de que el muchacho pudiese darle noticias frescas, pero estaba visto que no.

—Nada de locuras, los hackers hacen esto todo el tiempo. No es que le puse un arma en el pecho—se quejó, y Brady resopló.

—Porque Louie intenta ayudar, incluso cuando no es conveniente. Te lo he dicho, no tienes que dejarte impresionar por Declan—su tono se atemperó cuando se dirigió al empleado.

—No es problema, señor Brady. No hice nada que me pusiese en riesgo.

—Te lo dije—indicó Declan, con suficiencia—. Joder, esto es imposible, necesito saber. No tener acceso a Davagh ya es malo, pero ni tener una aproximación a cuándo, o si me la devolverán...

Se estremeció, pero se rehízo de inmediato. Una de sus pesadillas era que los jodidos agentes le quitaban la empresa y los capitales de esta quedaban congelados por décadas.

Louie, aún nervioso, se aclaró la garganta.

—De todas formas, he podido recabar información usando la que sí es de acceso legal. Sobre la Unidad de Cibercrimen y la de Delitos económicos, en especial de esta última. Le estoy enviando esta ahora mismo—el joven se sentó en el sillón más lejano a Declan y tecleó con velocidad de vértigo—. Están los perfiles del jefe de la última, que es donde el expediente de Davagh ha estado por algunos meses...

—Incompetentes oficinistas, probablemente demasiado ocupados con su café como para entender las urgencias de los hombres como yo—gruñó Declan.

—... y también los de los dos forenses contables principales, uno de ellos es una mujer.

—¿Incluiste datos sobre ella, entonces?—interrumpió Declan, levantando la mirada de los papeles que había estado revisando.

Había algo en la idea de conocer a sus adversarios que le daba una sensación de control, aunque fuera mínima. *No son adversarios ni enemigos*, se dijo, pero su mente empecinada distinguía poco en este momento, y como obstáculos que eran, no gozaban de su respeto ni simpatía, punto.

Brady, sin embargo, no estaba dispuesto a ceder, como el porfiado idealista y jugador limpio que era. ¿Cómo era posible que tuviese esa veta de grises y vocación de justicia cuando venían de un mundo de blancos y negros?

—Declan, esto no es un juego, ni una instancia en la que debas intervenir. Tienes que dejar que el proceso siga su curso. Davagh es importante, lo sé, pero no puedes arriesgar todo por impaciencia. ¿Te das cuenta de que puedes ir a la cárcel por espionaje, por intento de manipulación de evidencia, ...?

—No quiero manipular nada, solo conocer. Saber es poder, y yo necesito algo de esto ahora mismo, o voy a implosionar, Brady. No me cruces, sabes que he soportado y sido paciente.

Declan cerró los ojos por un momento, intentando contener la frustración que lo consumía.

—Brady, Davagh no es solo una empresa. Es mi máspreciado logro. Nuestro, en realidad. Fue la que nos aseguró la independencia financiera, la que nos puso lejos de todo nuestro entorno, la que nos dio otro camino. Tengo que recuperarla, cueste lo que cueste. Pero no haré nada que nos ponga en peligro. Solo quiero... acelerar las cosas.

Brady lo miró, intentando leer entre las líneas de esas palabras, buscando una señal de que su hermano no cruzaría la barrera que tanto había luchado por trazar. Salir del mundo mafioso no había sido sencillo, pero lo lograron.

Si, con ayuda de sus primos, y con la benevolencia y amparo de la familia de su madre, que les habían dejado tomar el camino que deseaban, sin amenazar su vida ni dejarlos en el ostracismo.

Estaban en el mejor momento de sus vidas, y tenían el capital que necesitaban para comenzar otro sueño, otra empresa, se lo había dicho muchas veces.

Mas Declan era obsesivo. Siempre había sido celoso de sus juguetes, posesivo con sus cosas, con sus afectos. Y Davagh estaba entre estos. No cedería.

—Solo ten cuidado, Declan. Recuerda que hemos llegado hasta aquí juntos. No dejes que la desesperación nuble tu juicio, no hay necesidad. Te veo demasiado ansioso, y no tomas las mejores decisiones cuando estás así.

Declan asintió con lentitud, aunque su cabeza ya estaba rodando en el sentido que sus

instintos le marcaban. Sí, Brady tenía razón, por supuesto, pero él era incapaz de acallar la necesidad urgente de actuar.

El sonido frustrado de Brady y la puerta cerrándose detrás de los dos hombres fueron las indicaciones de que lo dejaban solo. Él ya estaba sentado en su escritorio y abriendo el correo que Louie le había hecho llegar.

Como le indicó, tenía archivos adjuntos. Examinó con cuidado cada uno. El jefe de la sección contable era un hombre de mediana edad con entradas en su cabeza y ojos pequeños, y a Declan le sentó mal de entrada.

Este era el culpable de que el expediente no avanzara. Aunque todo jefe dependía de sus empleados, y si estos no eran eficientes... Miró el expediente de los dos forenses contables que estaban segundos en la línea de jerarquía, y tuvo la impresión que el hombre debía ser el que lidiaba en forma directa con sus archivos.

Debía ser. Si fuera él, no le daría a esa mujercita con rostro amable y cabello desordenado un caso tan importante. *Pero tú eres un machista, te lo dijo Minerva, y varias mujeres más.* La dudosa adjetivación lo había molestado en su momento, pero a veces se encontraba razonando en esos términos, así que había terminado por darles razón, en su mente.

Era probable que se equivocara con ella, porque el puesto que tenía era importante. Sí, debía pagar poco, como todos los estatales, pero había una escalera que debía escalar, y nadie sin habilidades lo haría. Así que no le convenía olvidarlo.

Hay mujeres que son auténticas escaladoras sin pruritos, Declan, no te olvides de eso. ¿O el caso de tu media hermana Alona no es un ejemplo de una mujer sin prejuicios y astuta?

Como fuera, Declan leyó con cuidado el archivo que detallaba la información de Adele Lively y se prometió que encontraría la manera de saber qué pasaba con Davagh antes de que el Bureau se preocupara por informarle.

DOS.

El jet privado de Declan aterrizó en la pista del Aeropuerto Internacional Dulles de Washington. La puerta estuvo abierta apenas el avión dejó de moverse, permitiendo que descendiera con la rapidez y discreción que le eran garantizados a los pasajeros de su calibre.

Los trámites de migración y aduanas se realizaron con celeridad y eficiencia, y pronto estuvo caminando con su maleta por el aeropuerto como si fuera un escenario dispuesto solo para él.

Una limusina discreta lo esperaba a pocos metros de la salida, el chofer ya con la puerta abierta para que ascendiera sin demoras. Todo fluía, como debía ser, consideró mientras se acomodaba en el interior del vehículo, y el olor al cuero lo invadió. Se permitió disfrutar por un momento del silencio, que contrastaba con el bullicio del aeropuerto.

Luego, dio la orden de avanzar, y la limusina comenzó a transitar hacia la salida, y pronto estaba adentrándose en el corazón de la ciudad. Washington DC y sus edificios imponentes y monumentos históricos pasaron a través de las ventanas tintadas como un borrón, pero Declan no estaba para jugar al turista.

Su mente estaba ocupada en la reunión que le aguardaba en el cuartel general de la Agencia federal. El trayecto hasta el Four Seasons fue corto, pero cada minuto fue un recordatorio de la importancia del día. El hotel, conocido por su lujo sin ostentación, se erigía en uno de los rincones más elegantes de Georgetown.

La fachada de piedra clara y ventanas amplias daba paso a un lobby donde el mármol y el dorado se mezclaban en un ambiente de serenidad y exclusividad. A su llegada, el gerente del hotel en persona salió a recibirlo, un gesto reservado para los huéspedes más distinguidos.

—Bienvenido, señor O'Malley. Su suite está lista —le dijo, con una sonrisa profesional distendiendo su rostro mientras le entregaba la llave de la habitación.

Declan asintió, serio, distraído por sus pensamientos, buscando ordenarlos. Era imperioso que midiera cada palabra y sus gestos no trasuntaran la aguda molestia y ansiedad en que la agencia federal le tenía.

La suite presidencial era un espacio amplio, decorado con una paleta de colores neutros que invitaban a la calma. Las paredes estaban adornadas con obras de arte contemporáneo, y los muebles de diseño italiano ofrecían una combinación perfecta entre confort y estilo.

Una amplia sala de estar ofrecía vistas al río Potomac. El centro de la estancia era dominado por una mesa de comedor en madera oscura con espacio para ocho personas.

En el dormitorio, una cama que excedía el habitual King-size estaba tendida con sábanas de algodón egipcio, e invitaba al descanso y a actividades poco santas. Bien podría haber una orgía en el espacio.

El baño era un templo de mármol, con una ducha de efecto lluvia y una bañera profunda, perfecta para relajarse después de un día agitado. El lujo era algo en lo que Declan no reparó, empero, porque si algo había tenido siempre excesos era de este. En su casa siempre sobró ostentación y faltó amor, eso solía decir Brady.

Suspiró, cansado, y se despojó de su ropa con lentitud, disfrutando de la suavidad de la alfombra bajo sus pies. Estiró sus miembros y rodó sus hombros, su cabeza, sintiendo sonar sus cervicales. La constante agitación en que vivía se cobraba su precio en contracturas.

Entró en la ducha y maniobró con los controles, dejando que el agua caliente borrara el agotamiento del viaje y el estrés que se había acumulado en sus músculos. Cerró los ojos, dejando que su mente organizara las ideas que rondaban su cabeza.

Había llegado el momento de enfrentar al FBI, otra vez, pero en esta oportunidad no permitiría que lo distrajeran con preguntas sin sentido. Había declarado todo lo que tenía para decir desde el instante en que aceptó el trato para denunciar a su padre y sus actividades criminales.

No había escondido nada que no fuera necesario. Claro que había dejado por fuera su propia implicación en actividades delictivas previas, pero las suyas no habían implicado vínculos con las redes de la droga y la trata de blancas. Nunca.

Y no había denunciado las redes que su familia materna tenía con él y Brady, ni las que había tenido previamente con su padre. Eso estaba atrás. El Bureau le debía, tenía que cumplir la parte del trato, y su sangre hervía en furor ante la posibilidad de que se retractara.

Después de todo, su trato había sido con un agente puntual, un jefe, sí, pero... ¿Qué tribunal defendería su postura si se presentara para exigir que le dieran de vuelta lo que le pertenecía?

Torció su boca en desmayo y su decisión se hizo más firme. Tenía que recuperar Davagh, y no se detendría ante nada. La información de primera mano era esencial, y si tenía que hacer alguna maniobra para obtenerla, que así fuera.

Salió de la ducha y se envolvió en una toalla antes de dirigirse al armario. Con movimientos precisos, eligió su atuendo para la reunión. Un traje Tom Ford hecho a medida, de lana y seda en un profundo azul marino, que vestía perfectamente su figura atlética.

Los detalles, como las solapas de pico y los botones de madreperla, eran discretos pero denunciaban la alta costura. La gabardina Burberry, negra y con un forro de tartán que solo se asomaba con sutileza cuando se movía era una elección estratégica para el clima y la ocasión.

Sus zapatos Armani de cuero negro pulido completaron el conjunto, otorgándole un aire de autoridad y control. La moda le importaba nada, salvo para proyectar lo que debía: control.

Listo para enfrentar al FBI, Declan salió del hotel y se dirigió a la sede del Bureau en el corazón de Washington. El edificio J. Edgar Hoover se alzaba como un coloso gris contra el

cielo, una fortaleza que sin duda debía albergar secretos que muchos preferirían olvidar.

La seguridad en la entrada era estricta; cámaras, detectores de metales, y guardias armados revisaban cada detalle. Declan pasó por cada control con una mezcla de cortesía y firmeza, consciente de que todos los ojos estaban puestos en él, pero manteniendo una fachada de seriedad que no permitía que nadie adivinara sus pensamientos.

Le habían dicho que exudaba un tipo de sensualidad peligrosa, una presencia que atraía tanto como intimidaba. Era consciente de su poder, y lo usaba a su favor cuando era necesario.

No era algo de lo que se consideraba orgulloso, pero renegar de las cualidades que su genética y su crianza le habían legado era tonto, e innecesario.

Luego de que atravesó con éxito el último control, lo condujeron a una sala de reuniones austera, donde dos personas lo esperaban. El jefe de la unidad de investigación contable, o como cojones se llamara la oficina que tenía a Davagh prisionera, reconoció por la foto que Louie le había acercado.

El susodicho era un hombre mayor con cabello canoso y una mirada penetrante, a pesar de que eran pequeños. A su lado, uno de los contadores forenses principales, un hombre más joven que parecía demasiado absorto en sus papeles como para prestarle atención. La actitud de ambos le agravió, la primera porque le juzgaba, y la segunda porque no estaba habituado a la indiferencia.

—Señor O'Malley —comenzó el jefe con voz grave—, gracias por venir. Queremos hablar sobre Davagh y sus vínculos con ciertas actividades que podrían estar relacionadas con la mafia irlandesa.

Declan se mantuvo erguido, su rostro una máscara de compostura. Este no era un camino que pretendía recorrer, muchas gracias. No era el trato, y no tenía que ver con su empresa.

—Davagh siempre ha sido una corporación independiente. La creé con ese sentido. Para ser preciso, para alejarme de las actividades de mi familia. No tengo ningún vínculo con la mafia irlandesa, o con operaciones criminales de las que quiera hablar.

—Entendemos que ese es su posicionamiento —continuó el contador, levantando la vista—. Pero debemos preguntar sobre los capitales iniciales de la empresa. ¿De dónde provinieron?

Joder, qué incordio. A pesar de su honda molestia, empero, Declan no titubeó. No iba a ser un hombrecito dependiente del gobierno con un traje mal cortado y una actitud de profesor irritado el que le movería de su sitio. Estaba acostumbrado a lidiar con tiburones y mafiosos de alta escala, esto no era nada.

—De eso hace casi diez años, y no veo cómo podría tener que ver con nada, pero le diré, porque no escondo ni un dato cuando se trata de Davagh. Mi hermano y yo heredamos una gran

fortuna cuando mi abuela materna murió en Irlanda. Ese es un dinero legal y auditado, y consta en los registros legales de aquel país.

El hombrecito asintió, y el más joven a su lado lo hizo con más vehemencia, haciendo un tic en una lista. ¡Gilipollas que eran! Lo tenían todo averiguado, esto era un mero trámite. ¿O procuraban hacerle tropezar?

—Y respecto a su padre y hermanos, quienes actualmente están presos por actividades delictivas, ¿puede asegurarnos que no tienen ningún tipo de control o influencia sobre Davagh? —inquirió el jefe, su tono ahora más inquisitivo.

Declan sintió una punzada de irritación, pero la disimuló bajo una sonrisa fría.

—No tengo ataduras con ellos. Me engañaron y hackearon mi empresa, robándome dinero que luego transfirieron a cuentas en el extranjero. Ya he respondido a estas preguntas antes, y sigo esperando a que el FBI se ponga al día.

El jefe intercambió una mirada con su colega, antes de asentir con lentitud.

—Entendemos su frustración, señor O'Malley. Este proceso es meticuloso, pero falta poco para que esté completo. Espero que entienda que es nuestro deber, y es lento porque debemos cubrir cada cifra, cada operación, con cuidado. Este encuentro busca tener su lado de la historia, y si bien ha sido convocado más de una vez, era de formalidad que nuestra oficina también tuviese su palabra y versión. Hacemos las cosas apegados a los reglamentos y a la ley aquí.

El hombre le habló con solemnidad y no hubo altanería en él, pero Declan apretó los dientes, disimulando su furia bajo una expresión controlada. Hacerlo viajar hasta aquí solo por formalidades era una falta de respeto, una burla al esfuerzo que había invertido en limpiar su nombre.

—Aprecio su tiempo y comprendo que hay etapas en el proceso—dijo con voz tensa—. Mas espero que esto se resuelva pronto. Ya hace un año y medio que mi empresa está bajo la lupa y no opera, con los consecuentes prejuicios económicos. Esto sin agregar que no puedo usar el dinero que he ganado legítimamente, heredado en su mayoría. Espero me entienda usted también, Davagh es más que una inversión para mí.

Hubo algunas frases más, de fría cortesía, y Declan se despidió de ambos hombres con una última mirada firme y salió de la sala. Mientras caminaba por los pasillos del FBI, cada paso resonó en sus cabeza alentando su determinación.

Esto era basura. Pura burocracia envuelta en cháchara que no aceleraría lo que necesitaba. No le habían dado un dato firme, ni una perspectiva, más que humo. No se quedaría de brazos cruzados.

Estos dos eran los involucrados en forma directa, y probablemente algún contable más. Pero por la estructura que estudió de esta oficina, había otra persona que podía tener acceso si así

lo decidía. La mujer. La otra forense contable.

Hizo memoria y el nombre vino a su cabeza de inmediato. Adele Lively, así se llamaba. Tendría que recurrir a ella si iba a acelerar este proceso. Necesitaría su cooperación, lo que implicaba que necesitaba información más profunda sobre ella.

Haría lo que fuera necesario para ganarse su ayuda, incluso si eso significaba acudir a sus dotes de seductor. Debía proceder con cautela, no obstante. En principio, desempolvar dichas dotes, que de habitual no necesitaba. El dinero y el aura de poder eran afrodisíacos y atractivos poderosos, por lo que era normal que las mujeres bellas viniesen a él. Aburrido, pero suficiente para drenar su libido.

Como segundo aspecto, no podía ir al frente, como gustaba hacer cuando tenía un desafío. No, esto exigía rutas laterales, alternativas. Lamentaba tener que irrumpir así en la vida de esa mujercita, pero había cosas que tenían que hacerse.

TRES.

Adele tamborileó con suavidad sobre la mesa, el dedo índice de su otra mano dibujando el borde de su copa de vino. Su mirada barría el movimiento de la multitud de hombres y mujeres que iban y venían de las mesas y reservados al mostrador del club de Georgetown.

Las voces se cruzaban y por debajo de ellas el sonido de la música les envolvía. Era un lugar alegre y elegante, con una iluminación tenue que creaba un ambiente íntimo, perfecto para relajarse después de un largo día en la oficina.

Suspiró cortito. La jornada había parecido interminable hoy, y si su trabajo como contadora forense le gustaba, también le pesaba en algunas ocasiones. Su labor podía ser monótona porque debía ser meticulosa en extremo.

Sí, también era cierto que encontraba un extraño placer en desentrañar los secretos ocultos en números y transacciones financieras. Mas justo esta jornada esto no le había producido esa emoción.

Habían sido meras formalidades. Su jefe se aseguró de que así fuera, dejándola fuera de los casos más desafiantes para dárselos a Howard. Como de habitual.

Basta, deja de pensar en lo que te frustra. Deja atrás las tablas de Excel y los informes de auditoría, viniste aquí a relajarte. Así era. Para beber algo mientras se dejaba llevar por el murmullo alegre de las conversaciones a su alrededor, y para disfrutar de la compañía de sus colegas y de la charla inocua.

Sarah y Michael no lo hacían fácil, vamos, que ambos estaban enfrascados en una conversación sobre el último caso complicado que habían abordado. Adele los escuchaba a medias, su mente vagando hacia temas más ligeros.

La música del club la envolvía, y se permitió disfrutar del momento, tomando un sorbo de su trago, relajándose en la compañía de amigos. Era en estos pequeños espacios de normalidad donde encontraba equilibrio, lejos de las exigencias del trabajo y las expectativas de su familia.

No, esto era injusto, sus padres no eran sino contemplativos, y que su madre quisiese nietos no la hacía molesta. Solo le recordaba que no tenía con quién, y así parecía que continuaría. Su sequía amorosa era antológica.

Su atmósfera laxa se resquebrajó cuando vio que Martha avanzaba hacia ellos. Suspiró, fastidiada. Era su prima y vivían juntas, pero eso no hacía la vida entre ambas fácil, no para Adele. Claro que esto nacía del hecho de que se sentía invadida.

Martha había llegado un día hacía ocho meses a su casa, esperando ser atendida, alimentada, mantenida, vamos, y si Adele pensaba esto, no había hecho nada por demostrar su molestia.

No habría pasado nada si su prima fuese agradable y colaborara, o demostrara algo de agradecimiento. Más Martha era una fuerza natural de las negativas, a su juicio. De esas que tomaba y tomaba, y se esforzaba en no gustar, al menos con ella.

No pasaba día en que no le recordara que estaba sola, que su cabello era ingobernable, que su closet distaba de guardar prendas interesantes, o cualquier otra pequeñez más.

¿El problema con los pequeños desaires y dichos desagradables? Repetidos, se sumaban y hacían cadena, y agriaban el ánimo de Adele, que además se sentía una tonta por no poner límite a quien tomaba ventaja de ella sobre la base de ser familia.

La vio avanzar, e irrumpir entre ella y sus colegas. Su entrada solía ser así, inconfundible; Martha tenía un don para hacerse notar. Alta, rubia, y con un aire de suficiencia que a menudo rayaba en la arrogancia, era el centro de atención donde quiera que iba, y esta noche no era la excepción.

—¡Adele! —exclamó Martha, abrazándola con una mezcla de afecto y desdén—. Aquí estás, escondida en la esquina como siempre. ¿Cómo va tu noche?

Adele apenas esbozó una mueca, acostumbrada a los comentarios poco sutiles de su prima. Martha no tenía malas intenciones, tal vez, eso quería creer Adele, pero su actitud a menudo era agresiva.

—Todo va bien, Martha. Solo relajándome un poco—respondió, tratando de evitar que la noche tomara un giro incómodo.

Martha, sin embargo, no estaba allí para su tranquilidad, ni perdió tiempo escuchando su respuesta. Su mirada ya se había desviado luego de saludar con poco calor a Sarah y Michael.

—Cuando vi tu mensaje decidí venir a acompañarte. Dios sabe que necesitas ayuda para funcionar en este tipo de ambiente—rodó los ojos, y Adele miró a sus amigos, que evidenciaban fastidio.

—Adele *funciona* bien allí donde se lo proponga. Es brillante—intervino Sarah, siempre la mamá gallina, y Adele le sonrió, pero su frase no mereció ni una respuesta de Martha, ocupada como estaba mirando la barra.

Adele dirigió sus ojos hacia donde Martha estaba fija, curiosa por ver qué le había hecho silbar y frotarse las manos. Había un hombre solo en la barra, de espaldas a su grupo, y parecía desprender un aura de poder. Su espalda ancha y su altura eran llamativas, y desde aquí se podía distinguir su porte y elegancia.

—Mira, Adele —dijo Martha, sus ojos brillando con un interés que Adele conocía demasiado bien—. Ese hombre es un millonario. Observa: traje a medida, zapatos de diseñador, y ese reloj... Debe costar más que mi auto.

¿Cómo podía distinguir tantos detalles en segundos? Sí, Martha tenía un gusto más que obvio por la buena vida y los lujos, y nada que la sustentara, salvo una rotación de ligues que

tenían una característica en común: billetera muy grande.

No era algo que Adele le diría a su madre, empero, porque esto llegaría a oídos de su tía, y la buena mujer se preocupaba por su hija Martha.

—Apuesto a que puedo conquistarlo en menos de cinco minutos.

Adele rodó los ojos, un gesto que no pasó desapercibido para Sarah y Michael, quienes intercambiaron miradas cómplices.

—Ese hombre está fuera del alcance de cualquiera de nosotras—intervino Sarah—. Es obvio que no está acá para conquistar a nadie.

Él se había dado la vuelta y joder, era impresionante. Su traje le abrazaba, no había otra definición, y su rostro era tan guapo como el de un modelo. No, pensó luego, sus rasgos eran más cortantes, más agresivos.

Su mandíbula cuadrada, su nariz aguilina, sus ojos grises, que pasó por encima de ellos sin detenerse, eran rasgos poderosos que no deberían funcionar juntos, pero lo hacían. ¡Vaya si lo hacían!

—¿Crees que no puedo conquistar a alguien así? No me conoces. Les voy a mostrar.

—Martha, no creo que sea una buena idea —trató de disuadirla Adele, viendo cómo su prima ya se levantaba para avanzar hacia la barra—. Además, parece que has bebido un poco más de lo habitual.

Estaba claro que este no era el primer lugar donde bebía. Adele supuso que las botellas de su estantería habían sufrido un importante bajón. Ella no bebía más que un trago de tanto en tanto, pero le gustaba tener para agasajar a sus visitas. Martha se agasajaba a menudo, pero su estadía había excedido la de visita hacía largo tiempo.

Nada de lo que dijo detuvo a su prima, que con andar sexi sobre sus diez centímetros de tacón (Adele no sabía cómo podía caminar sobre ellos), se dirigió hacia el hombre, dejando a Adele con un nudo en el estómago.

Ella sabía que su prima podía ser encantadora, pero también temía el desenlace de su osadía. Su prima era buena en atraer la atención, pero rara vez pensaba en las consecuencias.

Los tres observaron desde la distancia cómo Martha se acercaba al hombre, iniciando una conversación con una sonrisa coqueta. Él la miró, en apariencia sorprendido por su llegada y la manera desinhibida en que su prima le puso una mano en el pecho.

Mas de inmediato recompuso su postura y extendió una sonrisa en su faz que hizo que el corazón de Adele se detuviera por un segundo. El hombre era increíblemente guapo, y el rostro anguloso de líneas marcadas y una barba incipiente cambiaba al sonreír.

El aire de madurez y sofisticación era innegable. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás de manera impecable, y sus ojos grises reflejaban una intensidad que Adele rara vez había visto.

A pesar de la aparente seriedad de su expresión, había algo en él que irradiaba una sensualidad contenida, como si cada gesto estuviera calculado para atraer.

Martha intercambió algunas palabras más con él, ambos riendo con suavidad y sensualidad, y cuando ambos miraron hacia ellos, para ansiedad de Adele, supo que le había invitado a ir a la mesa. Para restregarles la conquista, era obvio.

Mientras venían hacia ellos, Adele sintió que su corazón latía con fuerza en su pecho. La forma en que él se movía, su andar seguro y controlado, le decía que este hombre no era alguien común.

Y cuando se acercaron lo suficiente, Adele se encontró sin palabras ante su presencia. Él llevaba una chaqueta que acentuaba sus anchos hombros, y su postura proyectaba una confianza que no podía pasar desapercibida. Cada detalle de su apariencia sugería que estaba acostumbrado a manejar el control y la autoridad.

—Este es... —comenzó Martha, su sonrisa emulando la expresión del gato que se comió al canario, vanidosa, pavoneando el que consideraba un éxito seguro—. En realidad, no he preguntado su nombre aún. Alguien tan encantador ni siquiera necesita uno, ¿o sí?—abatió sus pestañas, y él sonrió, enigmático.

Adele pensó que lo que Martha dijo era la tontería más grande, y alguien como este hombre no podía sino considerarlo, también. O tal vez el hecho de que Martha fuese infartante hacía que esto no importase.

Era probable, pero le molestó considerar que este maromo fuese guiado por instintos básicos.

—Es encantador, ¿no crees, Adele?

Adele trató de recuperar la compostura, asintiendo ligeramente mientras extendía la mano.

—Hola, soy Adele —dijo, su voz apenas un susurro, sintiendo la calidez en su rostro.

El hombre tomó su mano con suavidad, pero con firmeza, y la sacudió con levedad, dejándola prendada de sus ojos.

—Deaglan—se presentó, su voz profunda y resonante—. Un placer conocerte, Adele.

Luego se dio la vuelta para saludar a sus amigos, y Adele sintió que el tiempo se detenía por un instante. La sonrisa de Deaglan era encantadora, y pronto estuvieron hablando con fluidez, a pesar de Martha, que abrazó su bíceps y pretendió llevarlo, sugiriendo ir a otro sitio.

Él pareció perder interés en ella tan pronto llegaron a la mesa, por lo que Adele estaba fascinada. No era de la ciudad, eso era obvio, y lo hizo saber, explicando que estaba aquí por negocios.

Ante su pregunta, Sarah y Michael le sugirieron lugares emblemáticos de Washington, y Adele indicó algunos, pero se mantuvo bastante lacónica, perdida las palabras.

Algo en él la atraía sin remedio, pero no era raro. Era un hombre guapísimo, y no sabía si era *su sentido arácnido*, como solía decir su madre, pero intuía que había más debajo de la superficie calma y amable.

Sí, intuía que bajo esa apariencia pulida y controlada había mucho más por descubrir. Que él la mirase sin ambages cada pocos segundos mientras Martha procuraba retomar el control que había perdido no la hizo sentir más tranquila.

¿Es que él estaba interesado en ella? No, seguramente no, aquí estaba ella otra vez con sus fantasías tontas. *Podrías tener fantasías menos agradables, y con menos*, se felicitó. Bajó su mirada y focalizó en su bebida, y cuando su voz llamó su atención, parpadeó.

—Adele, ¿tienes algo que hacer mañana? Me dice Sarah que conoces Georgetown como la palma de tu mano, y quisiera recorrer algunos museos.

Se atragantó, y enrojeció, y esto dio espacio a Martha para ofrecerse:

—Yo podría...

—No, tú no eres de aquí—dijo Michael, y Adele agradeció la intervención, consciente de que esta puso a su amigo en la lista negra de Martha, pero, ¿a quién le importaba?

El hombre más sexy que conoció en años le pedía ayuda, no era de buena gente negarse. Sí, iba a estar hecha un manojo de nervios en su casa cuando pensara qué vestir y qué decir que no fuera idiota, pero...

—Mañana de tarde no tengo inconveniente, sí.

Joder, ¡qué fuerte! Había venido aquí a disfrutar del happy hour, y su prima había traído a sus pies a un hombre espectacular. *No va a durar, Adele, no va a durar*, se dijo, pero por una vez, hizo caso omiso a la voz que se complacía en boicotear sus expectativas.

CUATRO.

Declan había llegado al club en persecución de la forense contable, a la que había estado esperando afuera del edificio de su trabajo, por segundo día consecutivo.

Louie había hecho un estupendo trabajo de recolección de datos en base a sus redes sociales, básicamente Instagram, que al parecer era la que usaba de manera más habitual.

Del análisis de esta info y fotos había concluido que había días de semana en que ella y sus amigos iban a algún club, y eso se le había antojado perfecto porque le hacía fácil el contactarla.

Mientras ellos buscaban donde estacionar, él se aproximó a los hombres que manejaban la seguridad y les mostró varios billetes, inquirendo dónde podía estacionar lo más cerca posible del local. Esto le garantizó un sitio entre los vehículos del personal, en una calle lateral.

Se encaminó luego al interior del club, y se alejó de la entrada, pretendiendo inspeccionar el sitio. Solo cuando el grupo de tres que incluía a su objetivo estuvo en el club y sentados en una mesa, se aproximó a la barra para quedar a unos diez metros.

Sentado de espaldas, con un espejo largo y angosto en la pared, tenía acceso a mirar a Adele Lively a gusto. Declan se había vestido con cuidado para emular a los ejecutivos que habían salido de la oficina para relajarse tras un día largo.

Por supuesto que uno de alto rango, algo que una persona interesada en las grifas y los accesorios era capaz de reconocer. No tenía idea de si esa mujer era de las que podían valorar ropa de diseñador, pero supuso que lo bien que le hacían ver agregaba interés. En su experiencia siempre era así.

La música envolvente era una mezcla suave de jazz contemporáneo y ritmos lounge, el tipo de ambiente que invitaba a conversaciones tranquilas y miradas cómplices entre sorbos de cócteles cuidadosamente elaborados.

A su alrededor, los grupos de profesionales reían, conversaban y brindaban, buscando desconectar de la agitación del día. El barman asintió cuando pidió el whiskey que le gustaba, para lo cual debió abrir una botella cuyo precio haría palidecer a cualquiera poco familiarizado con los gustos más refinados: un Macallan Fine & Rare, cosecha 1982.

Declan giró el vaso entre sus dedos, observando cómo las luces se reflejaban en el líquido ambarino. Llevó el vaso a los labios, disfrutando del sabor profundo y añejo mientras su mirada se posaba con cuidado, una y otra vez a través del espejo en la mujercita. Adele Lively.

La había reconocido apenas la vio salir del edificio el día anterior; su perfil no era difícil de recordar después de haber estudiado cada detalle del dossier que Louie le había enviado.

No se podría decir que ella destacara en la multitud de forma particular. Su traje sastre era prolijo y adecuado para su trabajo, suponía, pero común, y se animaba a decir que el color no

la favorecía.

Su cabello, abundante y rizado, parecía algo descuidado, como si no hubiera pensado mucho en su apariencia antes de salir de casa. Sí, era bonita, tenía facciones delicadas y no había visto su cuerpo por completo, pero parecía en forma y con curvas.

No destacaba en un sitio donde había mujeres muy bien vestidas, maquilladas y peinadas al detalle. Pero Declan entendía que esa mujer, al parecer deslucida, era la clave para resolver el rompecabezas que se le había presentado con el FBI. No necesitaba mucho para que esta cayera en su red; solo un empujón en la dirección correcta.

Con un aire distraído continuó saboreando su bebida, observando, esperando que el momento adecuado se presentara. Tenía decisiones por tomar. Fingir que chocaba con ella, si es que ella decidía incorporarse de su lugar. En algún momento debería ir al tocador.

O acercarse, lo que lo expondría más. En su mente, lo esencial era que fueran ella o su entorno quienes hicieran el primer contacto, para eliminar cualquier suspicacia.

La suerte estuvo a su favor, y no tardó en beneficiarlo. Su paciencia dio frutos cuando escuchó una voz femenina a su lado. Al girarse, reprimió una sonrisa predatoria.

La rubia exuberante que se había unido al trío había venido a él. No tenía idea quien era, pero poco importaba, lo llevaría a Adele. Reprimió el gesto de fastidio cuando ella colocó su mano en gesto posesivo sobre él, y extendió una sonrisa, que si la blonda tuviese un poquito de lectura de las emociones de los demás, vería que no llegó a los ojos.

Pero ella parecía inmune a nada que no fuese su propio interés.

—Te veo muy solo aquí, y es una pena —le dijo, sugiriendo con su tono más de lo que sus palabras dejaban entrever—. ¿Qué te parece si te invito a un trago?

Declan pensó que probablemente debería pedir un préstamo para pagarlo, pero se acicateó para parecer juguetón y cercano, levantando su vaso.

—Con este tengo suficiente. Me gusta darme gustos, pero soy medido. Además, soy yo quien debería hacer la oferta, como buen caballero—Que no era, y lo tenía claro, pero podía fingirlo si esto le llevaba adónde quería—. ¿Qué te gustaría?

Ella batió sus pestañas e hizo un mohín que pretendió sensual, y que a él le aburrió a más no poder. Estaba hasta los cojones de este tipo de mujeres.

—Un daiquiri—indicó, y Declan hizo un gesto al mozo para que tomara el pedido, que aceleró con un billete de cien dólares que desorbitó los ojos de la rubia.

Ella rio, regocijada, y dio un sorbo a su bebida, para luego embarcarse en el habitual ida y vuelta del primer encuentro, que Declan escuchó a medias, su mirada sobre la escena en la mesa.

Adele y sus amigos miraban serios, la primera con el ceño fruncido. La curiosidad le hizo preguntarse qué estaría pensando ella.

—Bueno, no todos los días uno se encuentra con un hombre de tan buen gusto, y eso es obvio en tu traje—dijo la rubia, inclinándose hacia él—. No me presenté, soy Martha.

—Hola, Martha, encantado.

Para nada, pero no importaba. No le dijo su nombre, pero ella no pareció apurada.

—¿Eres de Washington?

Declan hizo una pausa calculada, dejando que la pregunta colgara en el aire antes de responder.

—Estoy aquí por negocios. De paso, disfruto de una buena bebida después de un día largo.

Martha sonrió, juguetona, y pasó la punta de su lengua por el labio inferior en un gesto tan obvio que si Declan hubiese podido, hubiese rodado los ojos hasta la nuca. De verdad, la estampa de la obviedad. Buenos senos, empero.

—Te cuento un secreto: aposté que podía lograr que me invitaras un trago, aunque no es lo único que me trajo a ti—sonrió—. Mis amigos están allá —dijo, señalando con un movimiento de cabeza hacia la mesa donde estaban Adele y sus compañeros, y Declan pretendió darse la vuelta con curiosidad—. Si te acercas conmigo, habré ganado, y luego podemos ver dónde nos lleva la noche—prometió.

Lejos de ti, Martha, pensó Declan, pero sonrió y asintió, como si el plan fuese perfecto. En verdad, la primera parte lo era. Martha lo estaba llevando directo a su presa, ¿se podía pedir algo mejor?

Declan fingió considerar la propuesta, para luego asentir con lentitud.

—Vamos a ganar esa apuesta.

Martha se colgó de su brazo de manera molesta para llevarlo hasta el grupo, y Declan observó de arriba abajo a la mujer voluptuosa y descaradamente coqueta, pero no sintió más que un vago interés por su figura. Estaba aquí para algo más importante.

Estampó una sonrisa amigable ante el grupo mientras Martha se pavoneaba ante ellos.

—Muy bien, aquí estamos. Este es...—le miró con aturdimiento, recién entonces comprobando que no le había preguntado el nombre, y Declan moduló su tono para no parecer demasiado intrusivo pero lo suficientemente interesante como para captar la atención.

—Deaglan —dijo, presentándose con su nombre en gaélico, el que su bisabuela y abuela solían usar para nombrarle, y que llevaba en el corazón.

—Sarah—dijo la castaña a la izquierda, que miraba a Martha con seriedad, y le dirigió a él una sonrisa amable.

—Mathew—se presentó el hombre—. Somos los tres colegas.

—Y esta es mi prima Adele—dijo Martha, pasando por encima de la voz de la implicada, que parpadeó y no dijo más.

Sus ojos demostraron su molestia, pero su sonrisa de circunstancias no cambió. Martha era ruda, y al parecer su objetivo era fácil de acallar. La idea no le gustó, y esto agregó otro aspecto en desfavor de la rubia Martha.

—¿Descontracturándote luego de una jornada larga?—inquirió Sarah, rompiendo el momento de silencio.

—Estoy en la ciudad por negocios y me quedará una semana. Vengo de Boston.

—Oh, eso es un largo viaje. Debes tener intereses en las dos costas entonces—dijo Martha, que se resignó a quedarse cuando Declan aceptó el asiento que Mathew le ofreció.

—Pues sí, el conglomerado en que trabajo tiene inversiones por todo el país.

—Tu acento, no logro desentrañarlo—dijo Sarah.

—Nací en la costa Este, pero mis raíces son irlandesas.

El grupo fue acogedor y animado, a pesar de las intervenciones de la rubia, cuyo humor se fue agriando cuando se percató de que el interés individual de Declan se había perdido.

Incluso Adele, con su sonrisa amable, participó en la conversación, aunque se notaba su timidez. Le sugirió algunos sitios turísticos para visitar en Washington: el Lincoln Memorial, el Smithsonian National Air and Space Museum, la Biblioteca del Congreso y, por supuesto, un recorrido nocturno por los monumentos iluminados.

—Gracias, Adele —dijo, haciendo una pausa para dejar que su nombre resonara—. Tomaré tus sugerencias en serio.

—Adele conoce Washington de cabo a rabo, es casi local—dijo Sarah, y Martha resopló.

Mientras la noche avanzaba, Declan comenzó a ignorar con sutileza a Martha, enfocándose cada vez más en Adele. Observaba cómo ella se ruborizaba y bajaba la mirada cuando Martha intentaba mostrarse superior.

Entre otras cosas, esta dijo que Adele era de recluirse como una tortuga en un caparazón, y prefería leer a socializar. Su intento por denostarla era obvio, y eran los típicos comentarios que podría hacer que alguien se sintiera avergonzado.

No en presencia de Declan, no obstante. Este tenía un máster en defender a Brady de su padre y hermanastros justamente contra este tipo de acoso. Porque no podía calificarse de otro modo.

Sus amigos lo veían, y hacían lo posible para detener a la desagradable rubia, pero no bastaba.

—A veces, disfrutar de un buen libro y la tranquilidad es lo mejor —comentó, volviendo la conversación a Adele, con una sonrisa que hizo que ella se relajara y sonriera de vuelta—. De hecho, comparto ese gusto.

Adele le devolvió una sonrisa brillante, sus ojos grandes y expresivos centellando con

un toque de sorpresa y gratitud. Para Declan, esto confirmaba lo que ya sabía: ella sería su entrada, y no necesitaría más que un poco de atención y encanto para lograrlo. Todo iba saliendo a la perfección.

Cuando el grupo decidió que era hora de irse, Declan se levantó junto a ellos, ofreciéndose a acompañarlos hasta la salida. Martha, ya bastante achispada, se dejó llevar por los demás, dándole a Declan la oportunidad que había estado esperando. Se acercó a Adele, asegurándose de que su tono fuera suave y genuino.

—Adele —dijo, captando su atención—, espero que no te moleste si te pido tu teléfono. Me encantaría explorar Washington un poco más y creo que tú podrías ser la mejor guía.

La mujer parpadeó, sorprendida, pero intuyó que también halagada, y cuando asintió, la satisfacción lo llenó.

—Claro, no me molestaría en absoluto —dijo, sus palabras tranquilas pero teñidas de una emoción que no podía ocultar.

Declan guardó su número en su teléfono, agradeciéndole con una sonrisa que sabía que Adele recordaría. Mientras se alejaba del grupo supo que la primera fase de su plan había salido tal como lo había planeado.

CINCO.

Adele se sentía confundida mientras dejaban atrás el club de Georgetown. Sarah manejaba con cuidado, sorteando el tráfico, y el silencio entre los tres era cómodo, aunque interrumpido por Martha, que lanzaba risitas tontas aquí y allá, y colocaba su cabeza sobre el hombro de Adele, noqueada por el efecto de los tragos.

Al menos no está en condiciones de continuar mostrando su personalidad por la noche, consideró. Había tenido más que suficiente hoy, los comentarios desagradables y punzantes. La presencia de ese hombre los había potenciado, en particular cuando Martha sintió que perdía el interés de este.

Deaglan, pensó, y sus labios casi esbozaron el nombre. No lo había escuchado antes, pero de algún modo sentía que le sentaba bien. Sí que había tomado un giro inesperado la noche. Él había captado la atención de todos en la mesa, y en especial la suya.

Adele no había podido evitar el voltear la cabeza atrás varias veces al salir, mientras se alejaban del club, y cada vez que lo hacía, veía a Deaglan observándolas desde la puerta, su imponente figura destacándose bajo las luces tenues del lugar.

Su mirada era fija, pero no intimidante, como si estuviera asegurándose de que estuvieran bien. Cuando habían debido doblar la esquina para ir al estacionamiento, distante varias cuadras, Adele había sentido una extraña punzada de decepción al perderlo de vista.

Su mente, por otro lado, seguía dando vueltas a las imágenes del maromo espectacular con el que habían conversado y reído.

—Ve a acostarte y no te demores con Martha—le dijo Sarah cuando llegaron y su prima no reaccionó al comentario.

Adele asintió, decidida a dejarla en el sillón a que se arreglara. Era lo menos que merecía por ser tan arrogante y despectiva con ella. Dejó escapar un suspiro de alivio al ver la fachada de su casa a veinte metros.

En el corazón de Georgetown, su hogar era una típica construcción de la zona, una casa adosada de ladrillo rojo con un pequeño jardín delantero bien cuidado. Los arbustos estaban podados con esmero y las flores de temporada daban un toque de color que contrastaba con la sobriedad de la estructura.

Las ventanas, altas y estrechas, estaban decoradas con cortinas de encaje que Adele había elegido, y la puerta, de un azul profundo, les daba la bienvenida con un toque de elegancia clásica.

Por dentro, la casa se sentía como un reflejo del alma de Adele, y se había esmerado para que así fuera. A pesar de haber heredado muchos de los muebles y objetos de su abuela, había logrado darles su propio toque.

Los colores pastel dominaban la decoración, creando un ambiente cálido y relajante. El salón estaba presidido por un amplio sofá de dos cuerpos cubierto de mantas suaves, siempre listo para una tarde de lectura.

Alrededor, las plantas en macetas de cerámicas de colores se alineaban en estantes y rincones, aportando vida y frescura. Los libros estaban por todas partes, apilados en mesas, llenando estanterías, testigos mudos de su constante sed de conocer, entretenerse, emocionarse.

Las lámparas antiguas que habían sido predilectas de su abuela seguían en su lugar, lanzando una luz cálida que hacía que cada rincón se sintiera íntimo y seguro.

Adele se dejó caer en uno de los sofás de un cuerpo, cerrando los ojos por un momento y respirando hondo. Aquí estaba en casa, en su refugio.

Martha se había metido sin una palabra al baño, y supuso que demoraría, no dudando que incluso se durmiera allí. Joder, su prima era un desastre ambulante, a pesar de sus aires de superación y sofisticación.

Su mente la hizo a un lado sin más, volviendo a Deaglan. No había imaginado que un hombre como él, con esos ojos grises tan penetrantes, elegante, con un cuerpo que le encantaría visualizar sin ropa, podría estar interesado en ella.

Para el carro, Adele, ¿qué coño estás pensando? ¿Interés? Bueno, no había imaginado sus miradas, o la forma en que había atendido a cada palabra que ella decía, como si de verdad le importara lo que tenía que decir.

Mm. ¿Era eso posible? Un hombre como ese, tan imponente, con esa mandíbula cuadrada y ese pecho y espalda y muslos anchos, todo lo que señalaba potencia física, ¿podía estar interesado en ella?

No era algo habitual en su vida. Adele había tenido más que su cuota de citas fallidas, momentos incómodos que solo reforzaban la idea de que era mejor con los números que con las personas.

Tal vez Martha tuviera razón al criticarla, al decirle que debería salir más y socializar. Quizás. Pero para Adele, sus libros siempre habían sido una compañía más confiable. Hasta hoy, porque en este momento, no tenía una pizca de ganas de leer, nop.

Tenía una historia propia en desarrollo en su cabeza, y la protagonizaba. Sí, era probable que exagerara, que estuviera poniendo mucho color a gestos simples, pero una mujer podía tener fantasías.

Suspiró, y subió sus piernas desnudas al sillón, abrazándolas contra su pecho. Deaglan era impresionante. Mientras su mente repasaba sus rasgos, sus labios esbozaron una pequeña sonrisa sardónica.

¿Cómo podía estar interesado en ella? *Calma, Adele, se dijo, solo quiere que seas su guía por la ciudad. No te hagas ilusiones. Tal vez ya se olvidó de su pedido.*

El pensamiento la tranquilizó tanto como le puso el ánimo un poco bajo. Sí, tranquilizar, porque la idea de que alguien así la mirara con otra intención que no fuera pedirle cotización para una auditoria financiera o para pedirle que se corriera de sitio le era imposible de creer.

Por otro lado, una parte de ella no podía dejar de preguntarse qué habría pasado si Martha no hubiese estado allí, si hubiesen tenido la oportunidad de hablar a solas.

Nah, ella jamás se habría atrevido a acercarse. Así que punto para Martha, que les regaló una hora y media de contacto con un maromo regio. Era un consuelo pensar que el día, a pesar de todo, había terminado mejor de lo que había empezado.

La jornada en el trabajo había sido todo menos ideal. Adele estaba convencida de que su jefe consideraba a las mujeres de la oficina como asistentes personales y buenas para tareas básicas, pero no para darles libertad de acción.

Lo había demostrado hoy, de nuevo, al volver a relegarla a tareas monótonas, a pesar de su preparación y experiencia. Adele sabía que podría estar haciendo mucho más que analizar datos frente a una pantalla todo el día, pero él parecía disfrutar manteniéndola en un segundo plano.

Era frustrante y, aunque no lo admitiera en forma abierta frente a Sarah y Mathew, que hablaban de eso, lo veían, esta actitud de su superior afectaba su confianza.

Estaba segura de que podría ser excelente en el trabajo de campo, pero nunca le daban la oportunidad. Ni se la darían, como la de manejar algún caso de notoriedad.

Un sonido proveniente del baño la sacó de sus pensamientos. Martha estaba vomitando. Adele suspiró, el desaliento cubriéndola como una manta pesada. Su prima había llegado a su casa desde Kansas prometiendo que solo se quedaría unas semanas.

Pero esas semanas se habían convertido en meses, y durante todo ese tiempo, Martha había logrado hacerla sentir pequeña y desanimada. Ella era, en apariencias, todo lo que Adele no era: seductora, segura, una bomba sexy que acaparaba la atención de todos. Y Adele... bueno, Adele era solo ella.

Se levantó y fue hasta el baño, donde encontró a Martha inclinada sobre el inodoro. Sin decir nada, le alcanzó una toalla y esperó a que su prima se recompusiera.

Martha le dedicó una mirada somnolienta y murmuró algo ininteligible antes de volver a su habitación, tambaleándose. Adele la siguió con la mirada, su frustración creciendo.

¿Cuándo se iría? La molestaba saber que debía ponerse firme y demandarlo. Lo suyo no era la confrontación, y la posponía. Además, su madre le había pedido que fuera paciente con Martha, por el bien de la salud familiar.

¿Y mi bien?, pensó, aunque luego se dijo que si tanto le preocupaba, debía tomar acción. Algo que no haría de inmediato, por lo que razonaba en círculos.

De regreso en su habitación, se miró en el espejo con una mezcla de resignación y

autocrítica. Sus ojos grandes reflejados le devolvieron la mirada, pero no encontró en ellos la mitad de la intensidad de los grises que la habían incendiado en el club.

Continuó evaluando su cuerpo. Sus senos eran pequeños, su cintura era breve, “de avispa” solía decir su abuela, y ella reía con la descripción, y sus caderas eran anchas.

Su cabello rizado se rebelaba contra cualquier intento de controlarlo, enmarcando su rostro de una manera que ella consideraba desordenada. *¿El epítome de la mujer gris?*, se preguntó, no sin amargura.

Pero algo había sido diferente esta noche. Su corazón había latido con una alegría inusitada, una emoción que hacía mucho no sentía.

Se preguntó si Deaglan la llamaría, como le indicó. Probablemente no, concluyó con una mezcla de realismo y tristeza. No se necesitaba más que caminar y preguntar para encontrar los lugares dignos de ser visitados. Lo más factible es que hubiese estado matando tiempo esta noche.

Se metió en la cama, apagó la luz y cerró los ojos, tratando de calmar la tormenta de pensamientos que la asaltaba. ¿Por qué tenía que cuestionarse tanto? La enojaba su falta de aprecio propio, la manera en que dejaba que las palabras de Martha le volvieran pequeña.

El sueño que de habitual llegaba a ella veloz, la esquivaba hoy, y no había que ser muy lúcida para entender que había quedado excitada y con demasiadas ideas tontas en la cabeza.

Se abocó a respirar con calma, y se dejó permear por las fantasías, que la envolvieron como un traje a medida. En estas, Adele era osada, y valiente, capaz de ir al frente y mostrarse interesante, seductora, vestirse con gusto y llamar la atención de hombres como Deaglan.

En el mundo que se creaba, los escenarios en los que se movía eran distintos, y no había cosas que no pudiese hacer. En estos no se arredraba ante su jefe y Martha era un insecto al que no daba entidad. Vestía sin timideces, buscaba satisfacer sus necesidades y deseos.

Siempre había tenido una imaginación exuberante, y de grande entendió que compensaba las falencias de la realidad, pero ¿qué más daba? La hacían sentir bien. ¿Qué importaba que no fuese algo probable o factible?

Las fantasías existían para algo. Y aunque sabía que eran improbables, por primera vez en mucho tiempo, las de esta noche la hicieron sentir muy bien, y giraron todas en torno a un hombre.

SEIS.

Declan se despertó antes del amanecer, con la disciplina que los años de entrenamiento físico y mental le habían inculcado. Su cuerpo, una máquina bien engrasada, exigía movimiento, y él siempre le respondía.

Bajó al gimnasio del Four Seasons, donde los ventanales mostraban una vista inigualable del Potomac mientras la ciudad aún dormía. El ambiente olía a limpio, con una ligera fragancia de eucalipto que emanaba del sistema de ventilación.

Los aparatos de última tecnología brillaban bajo las luces suaves, reflejando el compromiso con la excelencia que el hotel ofrecía. No es que esperase menos que perfección por lo que estaba pagando, pero era agradable sentirse rodeado de confort.

Su rutina comenzó con pesas. Los músculos de sus brazos y espalda se tensaron mientras levantaba las mancuernas, sintiendo cómo cada repetición lo acercaba un poco más a su objetivo: ser invulnerable, tanto física como mentalmente. Su fuerza era evidente en cada movimiento fluido, su cuerpo una perfecta conjunción de poder y control.

No dejó que ningún pensamiento intrusivo le quitara este momento para él. Si permitía que su mente ganara la partida, estaría haciendo los ejercicios a medias y sin encontrarles gusto. Había algo sanador en el dejar que su cuerpo se agotara.

Después de un tiempo considerable dedicado a la fuerza, Declan se dirigió a un área despejada del gimnasio, donde practicó Krav Magá. Había aprendido el arte israelí de la defensa personal en Irlanda y merced a un tío, y no dejaba de agradecerle por ello.

Estos ejercicios le permitían afinar sus reflejos, destilar su agresividad en algo manejable y canalizar sus pensamientos oscuros en movimientos precisos. Los golpes rápidos, los bloqueos y las llaves lo sumergieron en un estado de concentración absoluta.

Cada golpe que lanzaba, cada patada que conectaba con el saco pesado, lo acercaba más a la calma que solo el agotamiento físico podía brindarle.

Tras una hora y media, su camiseta estaba empapada de sudor, y su respiración, aunque controlada, era profunda. Se dirigió a las duchas, permitiendo que el agua caliente aliviara la tensión de sus músculos mientras dejaba que su mente, ahora sí, tomara control, y lo preparara para el día que tenía por delante.

En el restaurante del hotel, Declan optó por desayunar unos huevos Benedict sobre crabcakes, acompañados de un café negro bien cargado. El plato era una mezcla de tradición y modernidad, reflejando la esencia de la ciudad, así le dijo un locuaz chef que estaba supervisando las mesas del buffet.

Mientras degustaba el sabor delicado del cangrejo fresco, tomó su teléfono y marcó el número de Louie.

—¿Qué tienes? —preguntó sin preámbulos cuando el joven le atendió.

Louie se había transformado en alguien de su más estrecha confianza, debía admitirlo, y era tiempo de reconocerlo con una mejora salarial.

De hecho, si pudiese contar con su trabajo en Davagh si... *cuando* estuviese en sus manos... Eso sería perfecto, aunque no sabía si sus primos lo considerarían un paso desleal. Debería preguntar previamente.

—Buenas tardes, señor. No tengo nada nuevo, lo lamento—Louie no se anduvo con rodeos, pero Declan ya sabía que era poco probable que pudiese avanzar en la Internet sin una ayuda de su parte—. Con respecto a lo que me dijo sobre la clave de acceso de Adele Lively, le confirmo que sus credenciales de acceso a la red del FBI es lo que necesitamos. Sería la forma ideal de ingresar sin que nos detecten.

Declan frunció el ceño, dejando su tenedor a un lado. Era como imaginaba, y por ello había procedido con el plan. Acercarse a la contadora le daría la posibilidad de acceder a la información que tanto necesitaba.

—Bien, estoy trabajando para obtenerla.

Hubo una pausa en la línea antes de que Louie hablara de nuevo, con un tono algo más suave.

—Señor Declan, esa mujer...—carraspeó, y Declan supo que estaba nervioso e intentaría hacerle cambiar de plan. El joven carecía de la callosidad de hombres como él, por supuesto—. Ella parece muy dulce. En sus redes sociales solo veo fotos de ella con libros, caminatas por los parques... No creo que acepte involucrarse en lo que podría poner en jaque su trabajo y su reputación.

Declan apretó la mandíbula, su tono volviéndose huraño. Claro que no lo aceptaría, era obvio que Adele era honesta y cumplidora de su tarea y rol, de esas que no se desprendían de las reglas. Él, por el contrario, había caminado por las cornisas legales no pocas veces.

—No te preocupes, Louie. No voy a hacer nada en su contra, no quiero más que acceso a la información. Esto también va para ti, y tu tranquilidad de espíritu. No pretendo más que saber qué esperar del FBI.

Louie no respondió de forma inmediata, lo cual dejó claro a Declan que su subordinado no estaba convencido. Pero eso poco importaba. Haría lo que debía para salvaguardar lo que le pertenecía.

Él no era un villano, claro que no, pero sí era un bastardo, uno dispuesto a manipular a esa mujercita frágil para conseguir lo que necesitaba.

Su mirada se endureció mientras bebía otro sorbo de café. Por supuesto que no iba a dañarla. No estaba en él lastimar a una mujer, y menos a una inocente como esta. Solo necesitaba acceso a la investigación, para saber si el FBI estaba en las últimas fases de estas, o si lo estaban

engañando.

La paranoia no había sino aumentado desde que estuvo en las oficinas del Bureau y respondió a las preguntas capciosas de ese hombre, el jefe de Adele. Había algo que no le convencía, tal vez se equivocaba, y atribuía intenciones nefastas a un hombre que era, llano y simple, uno cansado y acostumbrado a lidiar con criminales.

Lo que le carcomía era que se negaba a aceptar como una posibilidad cierta que cuando finalmente le entregaran el control de Davagh, ya no hubiese chances de levantarla de sus cenizas.

No podía darse el lujo de esperar años por un imposible. Además, necesitaba acceso a sus fondos, los declarados y oficiales, que estaban congelados. Por supuesto que no había sido tan tonto como para no tener reservas, y sus cuentas en Suiza habían sido mantenidas fuera de su alcance de la investigación.

Pero quería de vuelta lo que era suyo, y bien habido, porque se había roto el lomo por años para ganarlo, durmiendo poco y trabajando más que nadie. La furia hervía dentro de él al pensar en la falta de control sobre su propia vida.

Estaba cansado de estar a merced de otros. Había sido así desde que tenía memoria. Tiempo de proceder, sin más dilaciones, se instó. Tomó su móvil y, con decisión, tipeó para enviar un mensaje a Adele.

DEAGLAN: *Hola, Adele. Soy Deaglan, del club, anoche. ¿Te acuerdas de mí, espero?*

Vio cómo el doble tic se volvió azul casi al instante, pero pasaron largos minutos antes de que las palabras comenzaran a aparecer en la pantalla.

ADELE: *Hola, Deaglan. Claro que lo recuerdo. No bebí tanto como para no hacerlo.*



DEAGLAN: *Esperaba que mantengas tu ofrecimiento de guiarme por tu ciudad. Mis reuniones terminan temprano hoy, y tengo la tarde libre, lo cual es bueno, siempre y cuando pueda aprovecharlo con alguien que me dirija con acierto por la capital.*

ADELE: *Estoy en el trabajo este momento, pero tengo la tarde libre. Me encantará guiarte por algunos lugares de Georgetown.*

Declan sonrió al leer la respuesta. Sus dedos se movieron con rapidez mientras le contestaba:

DEAGLAN: *Perfecto. Gracias, de verdad. Puedo pasar por tu casa y partimos desde allí, si lo deseas.*

Hubo unos minutos de espera antes de que el mensaje de respuesta apareciera:

ADELE: *Preferiría que nos encontremos en el primer sitio. ¿Qué te parece en la National Gallery of Art? No tienes cómo perderte para llegar allí.*

Declan asintió, complacido. Adele tenía una saludable desconfianza, lo cual la hacía aún

más interesante. Sería una tonta si le mostrara su domicilio a un desconocido como era él. Domicilio que él ya conocía, por supuesto.

DEAGLAN: *Muy bien. Nos vemos allí a las 3 p.m.*

Con el plan en marcha, Declan se dedicó a su trabajo, que no podía descuidar. Sus primos le habían dado el control de un área muy importante de su conglomerado, y les pagaba con dedicación extrema.

No olvidaba ni por un instante la deuda que había generado con ellos. Habían estado para él y Brady en los momentos más aciagos, exponiendo a los suyos al peligro, dando cuenta del tipo de hombres que eran.

Sus suspicacias primarias, nacida en la niñez y adolescencia y fruto del desprecio que su padre sentía por Aidan, Brian y Cillian, se habían desintegrado. Cuando nadie más estuvo, ellos sí, tendiéndole una mano, su casa, su protección, su capital, y el trabajo al que hoy se dedicaba.

Las reuniones virtuales que tenía pactadas se desarrollaron sin inconvenientes, y luego se conectó con Brian, que dirigía la parte financiera de las operaciones, y con Cillian, que se ocupaba del marketing y seguridad. Ambos eran cautelosos, algo que había aprendido a valorar.

Después de discutir algunos detalles, Brian preguntó si había alguna novedad sobre el acceso a sus fondos.

—Estoy trabajando en eso, —respondió Declan con un tono que no admitía más preguntas.

Luego, hizo una llamada rápida a Brady, para informarle sobre su reciente encuentro con el FBI. Había demorado en darle detalles porque había estado pendiente de lo que quería hacer, de su plan con Adele, pero ya este estaba en marcha.

Le habló sobre la reunión, las preguntas y comentarios del jefe contable, sus impresiones, y Brady le escuchó en sumo silencio.

—¿Y qué estás haciendo ahora?—preguntó Brady en forma directa, conociendo bien la naturaleza esquiva de su hermano, y que le estaba ocultando información.

—Afilando mis uñas, Brady. Necesito saber más de lo que se me dijo. Estoy abocado a ver cuándo nos devolverán lo que nos pertenece.

Brady suspiró al otro lado de la línea.

—Odio cuando te pones así, tan terco. Prométeme que no vas a dañar a nadie, y no, ya sé que no vas a lastimar físicamente a nadie. Pero los sentimientos de los demás cuentan, gilipollas, y también se hieren.

Lo sabía. Que tuviera los suyos apretados y guardados bajo llave no significaba que no fuera empático. Oh, lo era, pero... A veces, sus intereses se hacían demasiado intensos como para dejarlos de lado.

Vería de compensar lo que rompía, se prometió, mirando por la ventana del hotel,

contemplando el brillo del sol reflejado en los cristales de edificios cercanos.

—No voy a dañar a nadie, Brady. Te lo prometo.

En su mente el que comenzaba no era más que un juego de ajedrez, y Adele Lively era una pieza que pensaba mover con la mayor eficiencia para su beneficio. No tenía intención de prometerle nada que no estuviera dispuesto a cumplir, y no podía ser acusado de mentirle.

Todo lo que necesitaba era acceso a su mundo laboral, nada más, se dijo, por enésima vez. ¿Sonaba frío? Sí, lo era. Pero un pasado de pérdidas, violencia y lucha constante por lo que deseaba le había moldeado así.

Nadie le iba a regalar nada, y actuar con determinación era la única forma en que lograría la estabilidad financiera y el futuro que tanto anhelaba, sin volver a caer en las garras del mundo mafioso.

Decidido y con su mente enfocada en el plan, Declan se preparó para el encuentro con Adele, sabiendo que cada movimiento contaba y que, en este juego, él no podía permitirse fallar.

SIETE.

Adele apenas podía contener su excitación, y le provocaba bailar, aunque no pudiese hacerlo aquí. La ocasión lo merecía. ¡Deaglan se había comunicado y quería que se encontraran! Esto era maravilloso.

Sus dedos temblaron levemente mientras sostenía el teléfono, releendo el mensaje que le había enviado. Nerviosa, se dirigió al baño de la oficina, necesitando un momento para procesar lo que acababa de suceder.

Frente al espejo, se miró con detenimiento. Sus mejillas estaban del color de la grana, y sus ojos brillaban con una mezcla de nerviosismo y anticipación. Inhaló con profundidad, y dejó que el agua corriera, lavando su cara, tratando de calmarse mientras intentaba domar su cabello rizado.

Los rizos, como siempre, se negaron a cooperar, revelando su naturaleza indomable. Suspiró y dejó caer las manos a los costados, resignada. No es como si pudiese modificar su apariencia de la noche a la mañana.

Deaglan no la había visto peinada a la perfección la noche anterior y aun así había mostrado interés. O algo así. *No te adelantes, no le pongas combustible a las posibilidades ni las dinamites. Deja que esto fluya, Adele, tú puedes actuar con moderación.*

Su mente, de habitual preocupándose sin necesidad, vagó hacia su prima, Martha. ¿Qué diría esta cuando se enterara? Era probable que se enfureciera y la acusara de robarle a Deaglan, considerando que había sido ella la que se lo presentó.

Él se introdujo solo, porque Martha ni el nombre sabía, y fue decisión del hombre el sentarse con ellos y conversar largo y tendido. Y pedir su número de teléfono, así como escribirle hoy para pedirle que fuese su compañía por la ciudad.

No tienes por qué decirle, y en el caso de que se entere, tampoco ameritan explicaciones. Son adultas. Por otro lado, con lo achispada que estaba su prima anoche, debía recordar el reloj y el traje más que al hombre en sí. Así de liviana era, la conocía.

Decidida a dejar de lado esta preocupación, Adele se concentró en planear qué lugares mostrarle a Deaglan. Mientras tecleaba en su ordenador, y menos concentrada de lo que debería, su mente trabajaba en paralelo, repasando posibles opciones.

Georgetown era conocido por su rica historia y cultura, así que mostrarle dos de los íconos más representativos de la ciudad era más que necesario. La National Gallery of Art y el Kennedy Center for the Performing Arts no solo eran magníficos, sino que también le permitirían a Deaglan experimentar lo mejor de la cultura de la capital política de los Estados Unidos.

La elección le pareció acertada, pero mientras sus pensamientos vagaban, sus ojos

seguían atentos a la puerta de su oficina, temiendo que su jefe apareciera intempestivamente con un montón de carpetas y le extendiera la labor unas horas.

No le sorprendería que algo así ocurriera, ya que a menudo le asignaba trabajos de última hora. Suspiró, y repasó con brevedad su traje oscuro, un conjunto de pantalón y chaqueta que había elegido esa mañana sin imaginar que terminaría en una cita. *No es una cita, joder, Adele, espabila, que si no luego te desanimas.*

El atuendo le parecía insuficiente. Desteñido. Sí, ella usaba este y el que había vestido ayer como comodines, cómodos y prácticos, pero... ¿Cómo iba a competir con la ropa lujosa que seguro Deaglan vestiría? No lo veía embutido en jeans casuales o una camisa estándar.

Este pensamiento la hizo dudar de sí misma, y por un instante consideró cancelar el encuentro. Pero, justo cuando la inseguridad amenazaba con paralizarla, se aferró a su decisión.

Deaglan la intrigaba, la atraía de una manera que no podía explicar. Luego de un segundo de análisis, determinó que probablemente era pura lujuria, y se reprendió por ello.

Se obligó a sumergirse en su rutina de trabajo, otra vez, a enfocarse en los números y en las investigaciones de fraude que tanto disfrutaba. Su capacidad para prestar atención al detalle y su meticulosidad eran las cualidades que la hacían destacarse en su labor.

Sin embargo, a pesar de su competencia, las mejores oportunidades siempre se destinaban a otros, aquellos que tenían una relación más estrecha con la autoridad. Y eran hombres, agregó su mente.

El tiempo pasó sin que se diera cuenta, y cuando levantó la vista, se dio cuenta de que había trabajado más allá de la hora del almuerzo. Su estómago gruñó en protesta justo cuando miró el reloj. Apenas tenía tiempo para llegar a su cita.

Tomó una barra de cereales de su escritorio y la devoró mientras bajaba en el ascensor. Salió de la oficina y tomó un auto hacia el lugar acordado, una mezcla de emoción y ansiedad creciendo en su interior.

Cuando llegó al National Gallery of Art lo vio. Deaglan estaba sentado en un banco, de perfil, observando algo en la distancia. Su apariencia era... magnífica. No se le ocurrió otra palabra. Parecía una de esas estatuas que los antiguos griegos esculpían a la perfección.

Como había anticipado, vestía de forma lujosa: unos pantalones beige que le sentaban estupendos, una camisa de lino azul celeste abierta en el cuello, y unas gafas de sol de diseñador que sostenía en una mano.

Cada detalle de su atuendo gritaba elegancia y riqueza. No eran meras apariencias, el hombre no hacía evidente que tenía dinero, pero eso se *exudaba*, en palabras de Sarah.

Adele tragó saliva, sintiéndose aún más consciente de su traje oscuro. ¿Qué hacía este hombre, tan impresionante, interesado en alguien como ella?

No te boicotees, se dijo mientras avanzaba, tratando de ignorar las palabras críticas de

Martha que resonaban en su cabeza. Él se comunicó, así que debe haber algún interés genuino.

Sin embargo, una punzada de inseguridad la atravesó al preguntarse si quizás Deaglan era gay. ¿Podría ser esa la razón por la que mostraba interés en el arte, en hacer turismo con una persona que conociera la ciudad?

La idea la angustió, pero se obligó a respirar hondo y seguir adelante. Estaba pensando tonterías absolutas, y además, cayendo en clichés. ¿Por qué un hombre no estaría interesado en el arte, joder? Era oficial, los nervios le estaban achicharrando el cerebro.

—¡Adele! —La voz de Deaglan la sacó de sus pensamientos.

Él se incorporó, sonriendo con una calidez que la desarmó por completo. Sus ojos grises eran aún más intensos a la luz del día. Todo él lo era.

—Gracias por venir —le dijo, y su voz baja y segura la envolvió.

Adele intentó responder con la misma calma, pero solo logró balbucear algo incoherente mientras su rostro se coloreaba de nuevo.

—No es nada —logró decir al final, sintiéndose ridícula—. Me encanta venir aquí, y verlo a través de los ojos de un visitante es interesante.

Para evitar incómodos silencios, se lanzó a compartir algunos datos sobre el lugar, asumiendo el rol de guía. Le explicó la importancia de la National Gallery of Art, destacando algunas de las obras maestras que albergaba.

Sin embargo, y para su vergüenza, justo en medio de una explicación sobre la influencia del Renacimiento italiano, su estómago gruñó nuevamente, esta vez más fuerte, haciendo que se detuviera. Saltearse el almuerzo no había sido inteligente, recién comenzaban el recorrido.

Deaglan soltó una carcajada suave que hizo que Adele se sintiera más avergonzada.

—Tal parece que debo alimentarte —le dijo, y ella negó con vehemencia.

—Estoy bien, es solo que ...

—De ningún modo, no puedo permitir que mi guía esté hambrienta, ¿cómo me contará los secretos de la ciudad? —dijo él, sacando su teléfono y scroleando—. Veamos, un lugar cercano con buenas recomendaciones para comer. Invito yo, por supuesto.

Adele intentó protestar, pero él no le hizo más caso, decidido, y cuando encontró lo que quería, le mostró la pantalla. Adele tragó saliva y le indicó la dirección, muerta de ansiedad. Él había seleccionado un restaurante con varias estrellas Michelin en su haber.

—A mí me encanta la comida básica, no es necesario ir ahí.

—Algo me dice que quieres evitarme gastos, y créeme, no lo permitiré —le dijo él, con una sonrisa, y la miró con ¿curiosidad y sorpresa? No sabía.

El lugar era elegante y sofisticado, con manteles blancos impecables y un ambiente que indicaba que no era un sitio común. Adele se sintió fuera de lugar, pero Deaglan procedió como si esto fuese su pan diario, y no dudó de que fuera así.

—¿Te gusta la comida italiana? —le preguntó con naturalidad, y Adele asintió.

Deaglan pidió por ambos, sin dudar, y Adele agradeció, porque el italiano se le daba terrible, y en la boca masculina brotó natural. Su elección fue un risotto de trufa negra para ella y un whiskey escocés para sí mismo.

La atención y el cuidado con los que había tomado la decisión la hicieron sentir algo más cómoda. Aunque estaba acostumbrada a hacer todo por sí misma, fue un alivio ceder un poco de control, porque no estaba en su elemento.

Mientras Adele comía, tratando de no sentirse demasiado intimidada por el entorno lujoso, Deaglan sorbía su whiskey y la observaba con una mirada penetrante.

—Cuéntame de ti, Adele —dijo, sus ojos grises fijos de una manera que la hizo sentir como si pudiera ver a través de ella—. ¿Dónde están tus raíces?

Adele parpadeó, sorprendida por la pregunta tan personal. Sin embargo, respondió con sinceridad, hablándole de su familia, de su vida en Kansas antes de mudarse a Washington. Cuando iba a hacer la misma pregunta, él volvió a interrogar, esta vez apuntando a que le hablara de lo que hacía en su tiempo libre.

Ella se explayó sobre su amor por los libros y las caminatas al aire libre. La manera en que Deaglan la escuchaba, atento y concentrado, la hizo sentir valorada, apreciada.

—¿Qué hay de ti, Deaglan?

—Tengo un hermano, Brady —le contó—. Se dedica al arte, la mayor parte del tiempo. Trabajo en un conglomerado familiar en Boston, con mis primos. Es un negocio muy grande, y siempre hay mucho que aprender y manejar.

Adele no podía evitar sentir que había un fondo en sus palabras, algo que no estaba diciendo, pero no se atrevió a preguntar. Sus respuestas eran vagas, consideró, pero luego se reprochó. No era más de lo que ella había dejado traslucir.

Se enfocó en la conversación, disfrutando de su compañía de una manera que no había anticipado. No obstante, cuando masticaba el último bocada de la exquisita comida, una pregunta surgió en su mente, inesperada y desconcertante. *No te enrolles, Adele, que fluya*, se dijo, limpiando su boca con la servilleta bordada.

—¿Qué haces aquí conmigo, Deaglan?—soltó, la pregunta escapándose de sus labios antes de que pudiera detenerse.

Deaglan la miró, su expresión impenetrable, y por un instante, Adele pensó que había cometido un error. Pero entonces, él sonrió, una sonrisa que no alcanzó a sus ojos grises.

—Porque eres interesante, Adele —respondió, su voz suave pero firme—. Y quiero conocer más de ti. Adoro la gente con carácter, que tiene algo para decir, que es entusiasta con lo que ama.

Ella no se definiría como interesante per se, no cuando el nivel de conocimiento que

tenían uno del otro era limitado. Sí tenía mucho por hablar y decir, tenía entusiasmos variados, pero no de los que hubiese esperado que gustaran a un hombre sofisticado y acostumbrado a disfrutar de lo mejor de la vida.

Al parecer, se había equivocado.

OCHO.

Declan había anticipado que compartir la tarde con la contadora implicaría paciencia y mantener su máscara con dificultad. Era un hombre de naturaleza impaciente y poco dado a tolerar tonterías, y prescindente de los normales ritos de la socialización.

Para su extrañeza, no obstante, el tiempo con Adele transcurrió de manera fluida y hasta... agradable. Él era el primero sorprendido, con franqueza, pero eso no cambiaba nada, y aunque su respuesta a la pregunta de la mujer sobre por qué estaba con ella fue "*porque eres interesante*", esa no era la razón principal.

No es como si pudiese verbalizar esta, porque la realidad era calculadora, fría, e incluso alguien tan desapegado como él lo entendía. Lo que no había previsto era que pasar tiempo con Adele lo hiciese cuestionarse un pelín, lo que, por otro lado, desestimó cada segundo que la idea apareció en su mente.

Necesitaba el acceso a la red del FBI que ella podía proveerle, esto era esencial para su plan. Sí, no podía negar que Adele lo intrigaba. Ella era colorida y diferente, y esto no era visible a simple vista y quedaría debajo de su traje de chaqueta y pantalón oscuro si no hubiesen caminado y conversado por horas.

Adele Lively se fue abriendo como una flor sencilla en su exterior pero exótica en su despliegue, una rareza para Declan, que estaba acostumbrado a mujeres calculadoras y ambiciosas con poco original para decir.

Hubiera sido lo esperable en particular en un lugar como Washington D.C. donde la política y la lucha por el poder lo impregnaban todo. No a ella, al parecer.

Lo había comprobado desde el minuto uno, mientras caminaban hacia la National Gallery of Art, en que la observó con cuidado, escuchando su entusiasta descripción del sitio y su arte, imbuida en su rol de guía improvisada.

La curiosidad y el desconcierto habían sido sus dos primeras reacciones. Había esperado que al trabajar en el FBI, Adele fuera de esas mujeres acostumbradas a pisar cabezas para llegar a la cima, pero se convenció de que ese no era el caso.

La forma en que se ruborizaba a menudo, cómo había dejado que su prima le dijera barbaridades la noche anterior sin defenderse, y su pregunta incrédula de por qué él estaba con ella... Todo hablaba de inseguridades profundas, de una autoestima baja.

Por momentos su conciencia le había gritado que debía alejarse antes de que pudiera lastimarla, pero su mente estaba demasiado enfocada en su objetivo. No tenía intención de dañarla, repitió cada vez, como un mantra.

Nadie moría por un crush no correspondido o una desilusión, se dijo. De hecho, esas experiencias construían carácter, y si había algo que Adele necesitaba, era una buena dosis de

confianza en sí misma.

Que ella se sentía atraída era obvio, era mala disimulando, las miradas de soslayo y los ojitos aquilatándole con interés. Por momentos Declan se sintió como la serpiente que tenía bajo su influencia al conejillo de Indias, y si su cabeza le dijo que el animal le sentaba, porque estaba siendo rastrero, lo desestimó.

Ella le agradaba, de una manera extraña. Él, que siempre había sido ansioso e impaciente con las personas tímidas y apocadas, encontraba que Adele despertaba una especie de deseo de protegerla, de asegurarse de que estuviera bien.

Eso quedó claro cuando se ocupó y aseguró de que comiera al comprobar que su estómago rugía, sin hacer caso a sus protestas avergonzadas. Ella no parecía cuidarse demasiado, o quizá su trabajo la absorbía tanto que se olvidaba de hacerlo.

En determinado momento le dijo que subsistía en virtud de barras de cereales durante el día, y él había arrugado el entrecejo y expresado que eso no podía ser. ¿En qué universo a él tenía que importarle, joder?

Mientras paseaban por las exposiciones, él le habló de trivialidades y le inquirió mucho, y Adele respondió con seguridad cada vez, a la par que con un entusiasmo genuino. Le contó que solía visitar este lugar porque era uno de sus sitios preferidos en la ciudad.

Declan se mostró adecuadamente impresionado, aunque, en realidad, el arte no era lo suyo. Él apoya a Brady mil por ciento, pero era un asunto de familia. Si tocase el clarinete o volase en parapente, daba igual.

Aun así, sonrió más en esa tarde de lo que lo había hecho en un año, y no le molestó, no como imaginó. No le resultó pesado caminar junto a esta mujer que, en su elemento, se mostraba chispeante y verborrágica.

Sus comentarios eran acertados y reflejaban una inteligencia que no había esperado, una que se desnudó sin esfuerzo frente a él.

También notó cuán nerviosa se notaba cuando invadía su espacio personal, lo que hizo más de una vez. Ella parpadeaba rápido y tragaba saliva. Era tan poco experimentada que casi sintió pena.

Seducir a alguien tan genuino, tan abiertamente honesto y sin dobleces era como robarle un chupete a un bebé, había pensado con un toque de sarcasmo que no le sentó bien, porque hablaba mal de él y de su moral.

Tenía que reconocer que si alguna vez pensara en sentar cabeza, en establecerse, le gustaría una mujer sin un pasado complicado, una que no atrajera problemas, como parecía ser el caso de Adele.

¿Machista? Tal vez, pero era su forma de expresar su desprecio por las que llamaba mujeres cuervo, esas que rondaban a los millonarios como él. Había visto suficiente codicia y

promiscuidad entre las mujeres que rodeaban a su padre y a los hombres de este, y quería algo diferente.

Adele era eso, y en otra vida, él... Podría haber tenido interés en explorar esta calma y agradable sensación de cercanía y de encajar. *Deja las gilipolleces, Declan, estás dejando que la culpa te agobie, y eso no te conduce a nada.*

Cuando había notado que ella comenzó a cansarse, decidió que era hora de llevarla a casa. Ella accedió sin mayores dramas, lo que le hizo ver que se había ganado su confianza, y no le preocupaba que supiera dónde vivía.

Al llegar, Declan le agradeció con calor y fue cauto al despedirse con un beso en la mejilla, un gesto inesperadamente tierno, a pesar de que había calculado que a ella no le hubiese importado que le rozara los labios.

Las señales estaban ahí: él había tomado sus pequeñas y suaves manos entre las suyas, que casi las engullían. Notó cómo se tensaba, riendo bajito, y él se aseguró de mirarla a los ojos con una expresión cálida, dejando claro que había disfrutado de la salida.

—La pasé muy bien, Adele —le dijo, con una sonrisa que esperaba alcanzara a ocultar lo que su calculadora mente procesaba—. Me gustaría repetirlo, si tú también lo disfrutaste. Voy a estar un poco más de lo previsto, al parecer.

Adele asintió, sonriente, aunque nerviosa. Podía leer lo interesada que estaba, pero no quería dar pasos en falso.

—Estoy disponible el fin de semana, si lo deseas podríamos vernos.

Declan asintió, pero antes de que pudiera responder, la puerta de la casa se había abierto de golpe, sobresaltando a ambos. Martha, la prima de Adele, apareció en el umbral, con una expresión de incredulidad, y Declan estuvo seguro de que frases muy desagradables se venían, porque ella parecía atorada y disgustada.

No se equivocó.

—Vaya, esto es inesperado, lo confieso. Probablemente estás en las nubes, ¿no es así? Esto jamás te ha ocurrido—indicó, y se dio la vuelta para mirarlo a él, como si le conociera y tuviese el derecho de dirigirle la palabra en forma de responso—. No puedo creer que un hombre como tú esté saliendo con una mujercita tan... Tan sin gracia —espetó, con veneno en la voz.

Adele se puso roja y no dijo nada, y Declan sintió una chispa de ira encenderse en su interior. Su tono se volvió gélido al responder.

—¿Un hombre como yo? Tú no tienes idea de cómo soy, y no te incumbe. Por otro lado, esas expresiones son indignas de una mujer a otra, pero se vuelven cien veces peor cuando vienen de alguien que es familia—le dijo, su voz baja pero con un filo de acero—. Y disiento, no hay nadie más lejos de la falta de gracia que Adele. Lo que no es gracioso ni sexi ni aceptable es la envidia vomitada.

Martha lo miró con los ojos abiertos de par en par, sorprendida por la intensidad en su voz. Él mismo lo estaba, con honestidad, pero esta mujercita lo había dejado lívido. Adele, por su parte, parecía demasiado impactada para hablar.

La tensión en el aire era palpable, y decidió que había dicho suficiente. No sabía la interna familiar, ni su dinámica, y Adele no era su novia o amante como para ponerse así de su lado. Evitar los dramas era fundamental.

Dando la espalda a la atónita Martha, Declan dedicó una última mirada a Adele, llena de una calidez que ni él mismo comprendía, pero allí estaba, drenando para ella.

Sus pensamientos posteriores habían sido que de algún modo igualó a Adele con los peores momentos entre Brady y sus hermanos y padre.

—Nos vemos el fin de semana, entonces—le había dicho al final, inclinándose para darle un último beso en la mejilla antes de irse, dejándola en la puerta de su casa, confusa y nerviosa.

En su trayecto de vuelta, que decidió hacer a pie para dejar fluir su energía en exceso, había buscado dar explicaciones clínicas y racionales a su comportamiento, que excedía por lejos a su habitual indiferencia por nada o nadie que no fuesen sus asuntos o los de su hermano, y en menor medida, los de sus primos.

Era natural que sus instintos florecieran ante la emergencia de un predador rondando a la que había seleccionado como presa, y Declan estaba convencido de que la tal Martha era una acosadora que volcaba en su prima sus frustraciones y se beneficiaba de que Adele era una mujercita encantadora, además de contenedora.

Iba a tener que darle algunos consejos sobre cómo lidiar con ese tipo de personas. Tal vez esa podía ser su contribución o pago inesperado por tomar de Adele lo que necesitaba. Espabilarla un pelín, vamos.

Salpicar sus diálogos con referencias a cómo ese tipo de actitudes de Martha no mejorarían con el tiempo si no se confrontaba a la acosadora con su comportamiento y se le hacía entender que no se le permitiría continuar molestando, incordiando, eso no era difícil.

Por lo que él entendía, de acuerdo con lo que Louie le hizo saber, la casa era propiedad de Adele, y el trabajo para sostener servicios y expensas era suyo.

No eres el héroe de la historia, Declan, cuidado con lo que haces y dices. Te propusiste algo, y torcer tus pasos porque encuentras agradable e interesante a tu objetivo no dará los frutos que quieres. Focaliza, cabrón, que Davagh está en riesgo.

NUEVE.

Adele ignoró las palabras rudas de Martha que, por una vez, pareció percatarse de algo de su entorno y al no recibir respuesta o atención, se adentró en la casa como una tromba, y el portazo que escuchó segundos más tardes trajo el alivio de que se hubiese encerrado en su habitación.

Mi habitación, pensó, pero dio un manotazo mental a la idea y se movió lento para adentrarse en la casa, dejando que su mente flotara en una nube de sensaciones.

Cerró la puerta detrás de sí, apoyó la espalda contra la madera y dejó escapar un suspiro largo, de esos en los que se iban cien emociones.

La tarde vivida con Declan había sido hermosa, y la convicción de que no había compartido tiempo así con nadie, al menos un hombre que le gustara, la alcanzó y sentimientos agradables danzaron en su pecho.

Se sentía reconfortada, vista, agasajada, y su corazón pulsó rápido y envió más calor a su piel, que se erizó. ¡Joder, qué sexi era la forma en que él había intervenido frente a las palabras agrias de Martha! Había salido en su defensa, saltando al ruedo de la disputa verbal como si fuese su adalid.

Se permitió saborear ese recuerdo, como un caramelo dulce que se disolvía lento en su mente. Ella había necesitado esto, se dio cuenta, había necesitado ver que los caballeros no eran solo del papel o la pantalla. Toda la tarde había sido un despliegue de gestos, pero el último... ¡Tan romántico!

Bueno, pensó entonces, al escuchar ruidos desde la habitación de Martha, no romántico per se, porque había sido una confrontación, pero fue por ella. Mmm. Ahora que estaba sola, el sinsabor comenzó a retornar.

La voz cruel de Martha resonó en su cabeza, y con ella, el habitual remolino de dudas comenzó a girar con lentitud. ¡Uff, que incordio! Era agotador. ¿Por qué permitía que su prima le dijera esas cosas?

Martha se aprovechaba de su bondad, de su casa, de sus comestibles y el acceso gratuito a sus servicios de streaming, bajo el pretexto de que estaba a la busca de un empleo digno de sus habilidades. Alas, ninguna, eso Adele lo sabía.

Y, sin embargo, Martha no tenía la decencia de ser agradecida o al menos considerada, ni un ápice de empatía en su trato. *La culpa no es del chanco, sino de quien le rasca el lomo*, recordó la frase de su padre, que detestaba. Pero era descriptiva, debía reconocerlo. No poner límites era lo que la tenía prisionera en su propio hogar.

—Es una mujer muy agresiva e intolerante, además de vaga e irresponsable. La típica Karen dentro de mi hogar, y dedicada ciento por ciento a hacerme sentir minúscula—dijo muy

bajito, verbalizando lo que sentía y sus amigos le habían dicho en más de una ocasión.

Y ella había dejado que su instinto la llevara a defender a su prima, excusar su comportamiento. De normal, inexcusable, pero hoy, hacía minutos, Martha se había excedido con largura.

Había cruzado una línea, y Adele se reprochó su aversión a la confrontación y esa imposibilidad casi patológica de decir que no. Probablemente esto era algo para terapia, pensó con un toque de amargura. *Tengo que ser firme*, se dijo, con determinación. La próxima vez...

¿Habría otra con Declan? Deseaba con fervor que así fuera, y él lo había expresado al partir. Se quitó de la puerta y se instó a distenderse, a dejar ir el malestar y reenfocar su mente en algo más agradable que su prima.

Se dirigió a su dormitorio y se cambió de ropa, optando por un atuendo de entrecasa que le proporcionaba una sensación inmediata de confort: un suéter over-size en tonos brillantes de amarillo y fucsia, combinado con unos pantalones holgados de algodón estampados en un patrón casi caótico de flores y formas geométricas.

El conjunto era un poco disparatado, un reflejo de su personalidad más relajada y despreocupada, esa que aparecía cuando estaba a sus anchas, en un sitio seguro. Se sintió mejor al instante, abrazada por la suavidad y el color.

Tomó el mando del televisor y se recostó al mar de almohadas y almohadones de su lecho, y buscó una película en el catálogo de streaming. Algo ligero, que no demandara demasiado de su atención, eso quería.

Pero apenas comenzada la película, su mente comenzó a divagar, arrastrándola de vuelta a los momentos de su encuentro con Deaglan. La clave del placer vivenciado estaba en los detalles.

En cómo él había atendido a sus explicaciones con un interés genuino, y eso lo comprobó porque sus preguntas curiosas habían mantenido viva la conversación sin esfuerzo.

Rememoró su galantería al entrar y salir de los lugares, la forma en que se preocupó por asegurarse de que estuviera hidratada durante su caminata, y el café compartido al final de su recorrido.

Cada pequeño gesto parecía impregnado de una consideración que ella no había esperado. La película quedó relegada y se convirtió en fondo mientras se perdía en la memoria del hombre altísimo y guapo que comandaba cada espacio en el que entraba.

Deaglan. El nombre era fuerte, sexi, diferente, Tal y como él. ¡Qué seguridad en sí mismo exudaba! No era para menos, convocando miradas de admiración y deseo en cada lugar donde entraron.

Era tan factible que las personas que los habían visto juntos lo habrían tomado por un hombre de negocios acompañado de su asistente personal; ella una de esas figuras que pasaban

desapercibidas y junto a él deslucían.

Su apariencia era poco pulida y su vestir barato en comparación con la clientela de alto nivel que los había rodeado en el restaurante, donde no había que ser muy versado en grifas para notar los Gucci, Versace, Louboutin, Hermès, Chanel.

No obstante, Deaglan no la hizo sentir inadecuada en ningún momento. En el restaurante, donde el lujo rezumaba de cada rincón y los comensales almorzaban como si estuvieran en una pasarela de moda, él se mostró atento y amable, protegiéndola de la incomodidad que podría haber sentido. Eso la relajó y evitó que su ansiedad la volviera un torpe manojo de nervios.

Adele se dio cuenta de que su corazón latía más rápido mientras recordaba cómo él había ordenado por ella con esa voz grave, profunda y segura. Cómo había sostenido el vaso de whiskey, sus labios rozando el cristal mientras el líquido descendía por su garganta. La nuez de Adán moviéndose al tragar, los poderosos tendones de su cuello tensándose.

Luego, su mente vagó hacia la imagen de los antebrazos firmes, músculos, que se tensaban bajo la tela de su camisa y las piernas largas y bien definidas que sus pantalones presionaban con ligereza, revelando la fuerza contenida.

Joder. Las imágenes la comenzaron a acalorar. Era tan guapo, tan deseable. Deaglan era la personificación misma de la masculinidad, la elegancia y el poderío físico y económico, y cualquier mujer en su sano juicio lo consideraría un sueño hecho realidad.

Es mi sueño, susurró, mi fantasía personal. Si lo veía un poco más, se convertiría en su más anhelada obsesión, y percatarse de esto no la tranquilizó. Él estaba de paso.

—No, no caigas en la trampa de generar expectativas sin fundamento, Adele —se reprendió en voz alta, tratando de poner un alto a sus pensamientos—. No se te ocurra imaginarte al largo plazo.

No te enamores. Resopló. Lo había visto dos veces, por todo lo que era sagrado, no podía caer en la idiotez. Sin embargo, aquí estaba, esperando recibir un mensaje que la llevara a él, otra vez, y tener una nueva oportunidad para mirarlo, para disfrutar de su compañía.

Con un suspiro, apagó la televisión, porque estaba visto que la película en su cabeza era más interesante que la de la pantalla, y se deslizó entre sus sábanas, abrazada a una almohada.

Con la oscuridad y la tibieza, la fantasía rotó hacia escenas más jugadas y sexuales. En la seguridad de su lecho, Adele se convirtió en la mujer sensual y osada que deseaba tocarlo, sentirlo.

Sus dedos encontraron el torso firme, casi pudo sentirlo en las yemas, que su imaginación deslizó por sus pectorales, y desabotonando la camisa, encontraron firmeza y suavidad, y se enredó en los vellos que cubrían el tórax.

Luego, sus manos se elevaron y acariciaron su cuello y lo atrajeron hacia ella, y lo besó

sin dudas, con necesidad de devorarlo. Su cuerpo se pegó a él y se restregó, como una mujer posea, y a medida que las imágenes creadas pusieron a Deaglan bajo su influjo, la excitación de Adele creció y creció.

Con rapidez bajó sus pijamas, que se enredaron en sus piernas, pero que no fueron obstáculo para la determinada necesidad de masturbarse mientras lo soñaba. Dos dedos de su mano derecha se hicieron dueños de su coño, y fue consciente de la humedad creciente allí, el calor que su ávida imaginación creaba.

La yema de su dedo mayor encontró su clítoris, facilitada por el trabajo del índice y anular, que abrieron sus labios vaginales, y a partir de allí lo que hubo fueron sensaciones trepando por su pelvis.

Su otra mano se negó a ser testigo y se deslizó por debajo de su camisola hasta encontrar uno de sus senos, que acarició con levedad, y cuando se hizo dueño de su pezón, lo pellizcó muy suave y redondeó su pico uno y otra vez, emulando sus movimientos sobre el nudito de nervios que coronaba su coño.

Se tensó y arqueó en la medida que se llevaba con determinación al punto de no retorno, imaginando que Deaglan le decía que la deseaba, que quería hacerla suya, y que su polla la llenaría hasta la garganta. En su cabeza resonaron fantásticas palabras que él pronunciaría, como *mía, te voy a penetrar y hacerte sentir mi polla por días, no he conocido otra como tú, córrete para mí.*

Estas la empujaron a ir por más, y pronto se encontró elevada por sus talones y vuelta un arco hacia arriba, corriéndose con su imagen y las fantasías de su posesivo follar.

Contenida de no gritar, pero sin poder evitar gemidos y susurrar su nombre como sonido final, Adele inauguró su temporada personal de sexo individual con Deaglan en su cabeza, y los estertores finales de su clímax se alargaron.

Cuando la calma volvió a su cuerpo y pudo pensar claro, no se reprochó. Ella tenía una saludable pulsión sexual, y si no había tenido más encuentros que con su mano y su dildo, no era por pacatería, sino por falta de oportunidad e interés.

Vaya con ese maromo, pensó, ordenando el edredón y acomodándose en posición fetal. Había llegado como una tromba y con la misma velocidad se internó en su cabeza y estaba tocando sus botones.

Si lo que él quería era sexo, no tenía inconvenientes en proveerlo, pensó, y lanzó una risita. Inconvenientes, ¡qué palabra! Estaría extasiada, con franqueza.

Sexo no es romance, Adele, recuerda, que tú de inmediato quieres más y luego te desilusionas. Te desilusionan, se dijo. En su experiencia, no había habido un gran amor u hombres que la hubiesen marcado, pero sí había comenzado las tres relaciones de su pasado con expectativas de que fueran a más.

Ninguna prosperó, y en todas fue la mujer a la que dejaron. Ignoró la intrusiva idea que se quiso colar en el cerebro que se apagaba. No, no daría lugar a la idea de que era olvidable.

Eso de no boicotearse era algo en lo que trabajaba con firmeza, y no arruinaría momentos bonitos y probablemente efímeros con Deaglan.

DIEZ.

Declan había trazado su plan con precisión quirúrgica. Sabía lo que quería con exactitud y había determinado el tiempo para conseguirlo. Dos semanas. Ese era el plazo impuesto, y cada día en Washington y con Adele contaba.

La clave del éxito de la planificación residía en que ella lo viera como el hombre que podía hacer sus deseos realidad, los que estos fueran, y estaba en proceso de averiguarlo.

Los físicos eran obvios: Adele Lively se sentía muy atraída por él. Mas no sería suficiente. Para ganarla de verdad, necesitaba crear confianza entre ambos. Con esta lograda, vendría la convicción de que no había amenaza en él, y lo vería como alguien cercano, protector, en quien podría confiar.

La entrega y apertura de su hogar estarían entonces allanados, y con esto, el acceso a sus claves. Creía haber avanzado en esto ayer, mas lo que hoy pasara sería fundamental para construir esos lazos.

Esperaba hacerlo sin comprometer partes de sí mismo, y con la llegada de la mañana, Declan se decía que era natural sentirse a gusto y dejarse llevar por la personalidad agradable y empática de Adele.

Ella era una mujer sin dobleces, así que era normal que le generase remordimiento el engañarla. No era un psicópata o alguien que se regodeaba en fingir, y vería de compensarla, de algún modo.

Para dar un salto cualitativo y acelerar las cosas había usado uno de sus contactos, a través de quien había contratado a un tipo, al que envió la mitad del dinero como anticipo e instrucciones claras sobre lo que debía hacer.

No podía dejar nada al azar, la clave para lograr los objetivos eran la planificación y la acción. Eso había sido lo que le guio siempre, y no consideraba que esta situación con Adele y Davagh fuese diferente.

Así que aquí estaban, ambos caminando por el corazón de la ciudad, Adele a su lado, detallando aspectos sobre la arquitectura de los edificios que los rodeaban. Era elocuente y apasionada en sus expresiones, que acompañaba con gestos y manos, y Declan se encontró asintiendo y aprendiendo, además de disfrutando.

Ni siquiera su estricto yo, que lo llamaba al orden y a no perderse en disquisiciones, lo frenó. No se alteró, y aceptó que ella le hacía el día llevadero, con lo que la misión era más sencilla y agradable.

Se aseguró de no estar más que a veinte centímetros de ella. Cerca, lo suficiente para que Adele sintiera su presencia, se viera envuelta en esta, pero sin parecer opresivo ni imponerse.

Le sonrió con adecuada calidez cada vez que lo miraba, potenciando el ambiente de

cercanía. En un momento que la notó menos conversadora y para salvar la situación, porque lo suyo no era la expresividad lingüística, la invitó a un café.

Había determinado que el evento debía suceder en un punto concreto de la tarde, y como un reloj suizo, esto aconteció. Normal, estaba pagando una pequeña fortuna para que el acto tuviese lugar.

Frente a sus ojos, un hombre con una gorra de beisbol y lentes apareció con velocidad y dio un empujón a Adele, tomando su bolso y tironeando para robarle. Con más violencia de la necesaria, pensó, molesto, mientras reaccionaba de acuerdo con lo establecido, dando la vuelta para seguir al pretendido ladrón.

Se movió con agilidad y le alcanzó con rapidez, aunque esto estaba en el libreto, y le arrebató el bolso, dejando que el hombre se escurriera. Satisfecho, regresó junto a Adele y le entregó el bolso.

Ella temblaba un poco y estaba pálida, por completo conmovida por lo que acababa de suceder, y notó que se sobaba el hombro, el afectado por el golpe y el tironeo del ladrón.

A pesar de que esto estaba orquestado y lo había pago, una ola de furia lo recorrió, inexplicable. *Ese maldito idiota la lastimó*, pensó, y esto lo obnubiló por unos segundos y le provocó ir por el imbécil para caerle a puñetazos.

Entonces, se dijo que el responsable era él, y se sintió como un bastardo por orquestar aquello que la había sacudido y afectado así. La ira se le mezclaba con el deseo de protegerla. Lo confundía, y esto no era bueno.

Tomó el brazo femenino con suavidad y lo inspeccionó, ofreciéndose a llevarla a una guardia médica, pero ella se negó, tratando de minimizar el golpe y el susto, y poniendo foco en él, nada menos.

Adele estaba agradecida, pero también muy preocupada, y le hizo ver lo imprudente de ir tras ese hombre, que podía haber estado armado y haberle hecho daño.

Declan negó, asegurándole que sabía cómo defenderse, que no tenía de qué preocuparse, alelado de que ella fuese tan desprendida como para dejarse en segundo plano y focalizar en él.

Esto no ayudaba, no ayudaba para nada, pensó, su ánimo un poco más negro. Esto le hacía ver oscuro y cruel. Ella era luz y empatía, y él... *Un jodido bastardo, vamos, pero eso ya está establecido, ¿o no?*

Habían estado rumbo al Dubliner Restaurant and Pub cuando sucedió todo, así que retomaron camino allí, decidido a distraerla de la experiencia. El Dubliner era un auténtico pub al estilo irlandés, eso había leído, y miró alrededor con aprobación al entrar.

Las paredes eran de madera oscura, las luces cálidas y la atmósfera evocaban las tierras verdes de Irlanda. Lo que comenzó con un café al mejor estilo de la tierra de sus ancestros, se convirtió en menú completo, porque el tiempo transcurrió rápido aderezado por la conversación,

que por fortuna se despegó del episodio del ladrón y se hizo más íntima.

Declan la invitó a cenar, y le sugirió lo que a su juicio no podía dejar de probar: el estofado irlandés con cordero, acompañado de soda bread y mantequilla, y para beber, una pinta de Guinness para él y una sidra irlandesa para ella.

Mientras comían, Declan aderezó la conversación con historias sobre sus ancestros, hablando de la magia de Irlanda, las leyendas que habían pasado de generación en generación, y los prados que parecían no tener fin.

No fingió la ensoñación que impregnaba cada palabra, porque de verdad echaba de menos Irlanda. Había pasado allá momentos felices y de los otros, pero los primeros excedieron con creces a los segundos, y estar lejos de su padre había sido un agregado que les liberó y les hizo más liviana la adolescencia. Eso a pesar de que habían estado penando por la muerte de su madre.

Adele lo escuchaba con fascinación, interpretando correctamente la mezcla de nostalgia y orgullo en su voz. Lo que más le agradó fue ver cómo ella dejaba atrás el suceso con el fingido ladrón, y se abocaba a disfrutar el momento. Su resiliencia le parecía tanto admirable como entrañable.

Pasaron dos horas entre charla, comida y música tradicional irlandesa, con Declan haciendo lo que estaba a su alcance para que olvidara el mal momento, y también que se sintiera especial. Haber disfrutado de igual manera era un plus, no le iba a buscar la quinta pata al gato.

Cuando la noche se abatía sobre la ciudad, ofreció acompañarla a su casa, y ella aceptó. La condujo al Uber con la mano en el bajo de su espalda, y ella no renegó del gesto. Se dijo que tenía que rentar un auto, y anotó la tarea en su cabeza para más tarde.

Cuando estuvieron en su puerta, Declan esperó con paciencia, decidido a no forzar las cosas. Este era el tercer día, no pretendería que ella le hiciera entrar. Adele titubeó un momento, pero luego, vino la invitación, y Declan estuvo seguro que la satisfacción se debió leer en su cara, porque ella desplegó la encantadora sonrisa que la transformaba.

Una que debía ser ilegal, consideró, pensamiento que le llevó a burlarse de su bobería. Con adecuada contención, indicó que le gustaría, aunque inquirió por la presencia de la prima, que vino a su cabeza.

—Ella no está. Debió viajar a Kansas por un asunto personal —le dijo Adele, y Declan vio el alivio de su faz.

Era tan obvio que esa mujer le hacía la vida más amarga. Le molestó la idea, con franqueza, pero la espantó de su mente mientras entraba. Estaba aquí para resolver sus asuntos, no los de Adele, y no, no iba a caer en la tentación de hacerlo. No tenía cómo, ni por qué.

Ya en el interior de la casa, ella se movió con la seguridad y comodidad del que está en su entorno favorito, y le ofreció café, disculpándose por lo femenino del ambiente. Declan, sin

embargo, se sintió cómodo al instante.

El lugar era cálido, envolvente, tenía personalidad y vida. Era mucho más de lo que tenía su pent-house allá en Boston, a pesar del lujo y el confort que proveía. Le faltaba lo que a la casa de Adele le sobraba, consideró.

Mientras preparaba el café, Adele le habló de su abuela, y el amor se derramó en sus palabras.

—Ella trabajó en Washington desde de que tengo memoria. Yo venía todos los años a visitarla cuando las vacaciones llegaban, y la pasábamos de maravilla. Teníamos tanto en común a pesar de la diferencia de edad. Supongo que siempre fui más adulta de lo que mi edad suponía. Ella me contó lo que me escuchaste describirte estos días.

—Debe haber sido maravilloso tenerla en tu vida—indicó.

Ella asintió, pensativa, y hubo lágrimas sin derramar que se esforzó en contener, por fortuna, porque consolar no era uno de sus talentos.

—Era divertida y me hizo querer estudiar aquí. Cuando falleció, fue una sorpresa para mí el que me hubiese legado la casa, pero a la vez un golpe de suerte considerando el costo de vida en esta ciudad.

—Puedo imaginarlo.

—¿De verdad?—ella torció un poco su cabeza y le miró con atención, trayendo el café a la mesita frente al sofá—. No me parece que sea algo que a ti te preocupe—agregó, pero luego se sonrojó al darse cuenta de lo que había dicho—. Lo lamento, fue un comentario tonto.

Declan sonrió, notando su incomodidad, y se apuró a sacarla de la situación.

—Mi situación hoy es muy buena, sí, pero estoy seguro de que tú eres rica en cosas que yo no. Exceptuando a tu prima, me parece que tu familia está presente en tu vida.

—Sí, así es—asintió.

Estaban sentados muy juntos en el sofá, tan cerca que sus muslos se tocaban. La conversación fluía, pero había una tensión en el aire, una corriente eléctrica que los rodeaba.

Declan observaba cada gesto de Adele sin bajar la mirada, haciéndola consciente de que le interesaba y las miradas nerviosas que ella le dirigía le dijeron que estaba teniendo éxito. Sintió cómo el momento que pretendía se construía, la intimidad entre ellos volviéndose palpable.

Finalmente, decidió romper el silencio.

—Me gustas, Adele —le dijo, su voz suave pero firme.

Adele lo miró con sorpresa, como si no pudiera comprender, o tal vez creer, lo que acababa de escuchar.

—No lo entiendo... —susurró, su inseguridad aflorando, y esto lo rebeló.

Joder, qué número estaba haciendo en ella. Cómo le afectaría cuando se esfumara y...

No puedes detenerte en este momento, vas a darle mucho más de lo que cualquier mujer ha recibido de ti. Atención, consideración, caballerosidad.

El razonamiento le pareció calloso y llano, pero no podía caer en disquisiciones morales, estaba más allá de ellas. Acercó su mano a su barbilla, tomándola con delicadeza.

—Tienes poca fe en ti misma, pero yo veo más. Eres una mujer increíblemente interesante, y no sé por qué tú no lo ves.

Lo creía, oh, claro que sí, y por eso se lo dijo mirándola a los ojos, procurando convencerla. Con suavidad, la atrajo hacia él, su mirada fija en los ojos de Adele, buscando cualquier señal de duda.

Pero lo único que encontró fue la vulnerabilidad de alguien que anhelaba ser vista, ser apreciada. El beso fue íntimo, cálido e intenso, un encuentro de labios que parecieron encajar a la perfección.

Los labios femeninos eran pulposos, tibios, y sabían a peras y cherries, el postre que habían compartido. La notó temblar con ligereza entre sus brazos, sus ojos muy abiertos y su rostro enrojecido, pero ella no se apartó.

¿Había sentido antes este calor y el deseo de dejarse ir y no parar de besar? No, estaba seguro de que no. No desaprovechó la sensación, ahondando el contacto, succionando con levedad los labios, su lengua apenas entrando a jugar.

Cuando se separaron, ambos reacios, Declan le dio un beso en la frente, un gesto protector que le nació inesperado. Otra novedad.

—El café y el beso estuvieron ricos, mucho. Me encantaría que me invites a cenar aquí alguna vez —le dijo con una sonrisa.

Adele asintió, casi como si hubiese perdido la capacidad de hablar. Declan notó su confusión, que no iba a negar lo llenaba un pelín también. Pero entonces la satisfacción de haber logrado lo que se proponía lo envolvió.

Al salir de la casa, sin embargo, un pensamiento le cruzó la mente: *¿Qué demonios me está pasando?* Se sentía afectado, como si el momento hubiera erosionado parte de su racionalidad.

Tonterías, razonó, y alejó la inquietud con una palabra. Hacía tiempo que no tenía intimidad y extrañaba las caricias y el juego de besos que el sexo entrañaba. Era solo eso. Nada más.

ONCE.

Adele había experimentado muchas emociones a lo largo de su vida, pero ninguna de ellas se comparaba con las que había sentido durante ese beso con Deaglan. Ah, estas la desbordaban ahora, la tenían al borde de la ebullición.

Si pudiese guardar ese beso en una cápsula, encerrarlo para mantenerlo vivo, lo haría sin dudar. Si pudiera, lo conservaría en un pequeño y adornado frasco con la etiqueta *Fabuloso*, y lo tomaría en pequeñas dosis cada día, para prolongar la dulzura y el calor que le había dejado.

No había sido un beso largo ni uno de esos que parecen sacados de una película romántica, pero había tenido su propia magia. Para ella, el primero que le había hecho fundir el cerebro, como si este estuviese en su boca.

Lo que le pasaba a una cuando el hombre perfecto le hacía sentir su presencia física. Parecía real eso de que uno podía volverse polvo. Sus labios se habían buscado y se rozaron, como en una exploración temprana de un lugar que uno no conocía, y hubo el ligero tocar de la punta de su lengua.

La intensidad del momento se le quedó grabada como un sello, su piel celosa de lo que sus labios tuvieron, y esto había encendido una chispa dentro. No había forma de que pudiese olvidar esto, y la volvía codiciosa. *Más, más, más*, gritaban sus impulsos, su cuerpo.

Sí, también a riesgo de que su razón la catalogara como la reina de los clichés, le pareció que el mundo se había detenido en aquel breve momento, dejándola suspendida en un estado de embriaguez que le resultaba adictivo.

Se había perdido en ese beso como si hubiese bebido un elixir embriagador. Las manos de Declan, firmes pero gentiles en su cintura, la habían estremecido, enviando oleadas de calor por su cuerpo.

Podía sentir la energía que fluía entre ellos, una corriente silenciosa pero poderosa que la hacía desear más. La forma en que sus dedos se aferraban a su talle, como si quisiera mantenerla cerca pero con una delicadeza que sugería que temía romper el hechizo, la había dejado sin aliento.

Era consciente de que probablemente para él este no había sido más que un simple beso, pasajero y sin mayor significado. Mas para Adele, con su escasa experiencia, ese momento lo era todo.

En el pasado sus relaciones no habían pasado a estados de seriedad, habían sido intrascendentes. Sí, dolió cuando quedaron atrás, pero porque en la adolescencia y primera juventud todo era drama.

Nunca había sentido esto abrumador que había experimentado con Declan. Era como si una parte dentro de ella hubiera despertado, y no se contentaba con probar. Anhelaba más,

aunque al mismo tiempo, la llenaba de un miedo casi paralizante.

¿Cómo podía un beso tan breve tener tanto poder? La respuesta la asustaba, pero también la fascinaba. Se encontraba en un umbral desconocido, donde el deseo y la incertidumbre se mezclaban en un cóctel que la mareaba y la excitaba al mismo tiempo.

Mientras revivía ese beso por enésima vez en lo que iba de la mañana, su teléfono sonó, arrancándola de su ensoñación. Era Martha. Resopló, poco dada a romper el hechizo con la voz de la bruja.

El pensamiento la divirtió, y decidió que tenía que ser adulta. Lo que no evitó que hubiera cautela en su respuesta, porque, ¿qué cojones podría querer Martha sino incordiarla?

Punto para ella, porque no falló. Martha se apuró a preguntar qué había estado haciendo, y cuando Adele mencionó que había tenido una cita, la respuesta fue un puñal envuelto en sarcasmo.

—¿Y con quién, si se puede saber? —preguntó Martha, con ese tono abrasivo que siempre usaba cuando quería hacerla sentir inferior—. No creo que el maromo del otro día haya resistido el peso de tu aburrimiento.

Adele se mordió el labio para contener el exabrupto, o el deseo malévolo de contarle que el millonario seguía interesado y habían compartido un beso abrasador. O el inicio de uno.

No tenía sentido. No cambiaría el esquema de las cosas, y mantendría a Martha en el teléfono. También, y esto se lo dijo su lado no amable, sería confrontar, y ella era cobarde.

—¿Cómo está Kansas? ¿La tía está bien?—inquirió, esperando que Martha dejara el tema.

—Veo que cambias el tópico, así que debo tener razón—hubo un tono alegre en su voz, y Adele pensó, no por primera vez, que algo no podía estar bien con su prima.

Su tía era una mujer agradable, y también las hermanas de Martha. De dónde heredó o por qué desarrolló Martha esa animosidad era un misterio que no tenía interés en resolver.

—Me imaginé que pasaría, te lo dije. Uno no puede pretender ser lo que no es, y un millonario está muy por encima de tus posibilidades, prima. En fin, mamá está bien y estoy resolviendo mi asuntillo aquí.

Las palabras de Martha le dolieron más de lo que quería admitir. Sabía que su prima tenía un temperamento difícil, pero eso no hacía que sus comentarios fueran menos hirientes.

Cada palabra de Martha era como una aguja que perforaba lentamente la burbuja de felicidad en la que Adele había estado envuelta desde la noche anterior.

De pronto, era como si el beso con Deaglan hubiera sido solo un sueño, y ahora, con la realidad acomodándose a su alrededor, ese momento tan precioso se escapaba de su alcance.

Adele terminó la conversación lo más rápido que pudo, sintiéndose agotada y triste. Su mente volvía una y otra vez al beso como un consuelo, pero era un escape de la realidad que

Martha le acababa de recordar con cruel claridad.

No quería, no quería que las palabras de su prima empañaran el recuerdo de ese beso, mas era difícil luchar contra las dudas que la asaltaban. ¿Y si Martha tenía razón? ¿Y si había leído demasiado en ese beso, queriendo que significara más de lo que en realidad fue?

El hecho de que Deaglan le enviara un mensaje breve haciendo alusión a que no podría verla hoy porque tenía reuniones largas y hasta la noche, no contribuyó a hacerla sentir segura. ¿Y si esto era él evitándola? ¿Si estaba arrepentido y creía que habían ido lejos?

Esa noche, tardó en dormirse. Su mente estaba sumida en una maraña de pensamientos, mezclando la dulzura del recuerdo con la amargura de las palabras de Martha. Se encontró dándole vueltas a cada detalle, analizándolo hasta la saciedad.

¿Había sido su imaginación la que había magnificado el beso? ¿O realmente había algo más, algo que Deaglan no había querido o no había sabido expresar? Cuando el sueño la venció, su noche fue agitada, llena de ensoñaciones confusas que la hicieron despertar más desorientada y confusa.

El sol ya estaba alto cuando emergió de la cama, sintiéndose un pelín aturdida por la falta de sueño profundo. Mientras desayunaba, su teléfono vibró con un mensaje. Era de Deaglan.

DEAGLAN: *Buenos días. La pasé muy bien el otro día.*

EL mensaje, simple pero cargado de una calidez, hizo que su corazón latiera un poco más rápido, y su complemento la alivió más.

DEAGLAN: *No tuve ocasión de contártelo ayer, pues fue un día caótico. Confieso que te eché de menos, ¿está mal? Parece que nos conociéramos de hace más tiempo.*

Adele sonrió, sintiendo una mezcla de alegría y nerviosismo. Le respondió con cautela, queriendo asegurarse de no parecer demasiado entusiasta.

ADELE: *Pues si está mal, somos dos.*

Tienes que mostrarte tranquila, no parecer una desesperada. Fácil decirlo, pero por dentro, su corazón latía con fuerza, ansioso por ver qué más le diría él, cómo seguían.

DEAGLAN: *¿Cómo estás? ¿Tu hombro o brazo te han molestado?*

Adele se quedó mirando la pantalla por un momento, sorprendida por su consideración. Ella había remitido a un tercer plano el intento de robo, que no ranqueaba frente al beso que compartieron. Pero no le iba a decir esto, no.

ADELE: *Estoy bien, de verdad. Gracias por preocuparte.*

DEAGLAN: *Me alegra oírlo. ¿Te gustaría almorzar hoy? Puedo pasar por ti.*

Trompetas en su cabeza anunciaron que estaba feliz, y la faz se le iluminó. El sueño continuaba, que Martha y sus anuncios agoreros se fueran a tomar por culo y abandonaran su cabeza.

ADELE: *Me encantaría.*

Calma, recuerda que él no está aquí para quedarse. Está en la ciudad por negocios. De los cuales sabía poco, salvo lo que le había contado sobre su trabajo, y esto no le daba muchas pistas sobre su vida.

Se dio cuenta de que en realidad sabía muy poquito sobre él, y ese pensamiento la inquietó. Desechó esto, porque no era como si no pudiese averiguarlo. ¡Lo vería otra vez! No pudo evitar la emoción que la invadió.

Era como si se estuviera entregando a un cuento de hadas, a sabiendas de que el final podría no ser el que esperaba, pero sin poder resistir la atracción de la historia que estaba viviendo.

Era como estar en la bifurcación de dos caminos. Su cabeza y temperamento timoratos le aconsejaban tomar la senda segura: dejarle ir, esgrimir trabajo, encuentros con amigos, lo que fuera, y no verle más, porque ¿para qué hacerse ilusiones destinadas a colapsar?

Su lado más arriesgado y lo mucho que él le gustaba, no obstante, la empujaban por el camino que aseguraba emociones, sensaciones, y casi de seguro, sexo maravilloso. Sí, descontado, también expectativas que superarían la realidad, y tristeza, eventualmente.

¿Qué es la vida sin riesgo? Pálida, chata, sin color. Anímate. A ti te gustan los colores, y todo riesgo que se asume con consideración de consecuencias, vale la pena.

Deaglan valía la pena, así que se instó a dar el siguiente paso, abrazando la inseguridad, incapaz de retroceder, como la mosca hacia la llama. La promesa de más momentos como el del día anterior era demasiado tentadora.

DOCE.

Declan no tuvo inconvenientes en conciliar el sueño las noches anteriores, pero no fue porque su mente estuviera en calma; era más bien la resignación que llega después de la tormenta.

Se encontraba en medio de un juego peligroso, uno que no había jugado antes. Lo distinto era lo que le tenía confundido, tal vez. Se sentía más incómodo de lo que estaba dispuesto a admitir.

Había logrado sumergirse en el sueño con la tranquilidad de alguien que había cumplido con su deber, y sin embargo, al despertar, sintió que algo en su interior había cambiado. Había necesitado el día anterior para centrarse, aunque lo disfrazó de pretender que ella se pusiera ansiosa y estuviera a la espera de su retorno.

El aire a su alrededor se sentía denso, cargado con los vestigios de la otra noche. No debería ser así, pensó. No, no era sensato, pero no parecía poder controlar esto del todo.

Ella y su dulzura que desarmaban y su vulnerabilidad palpable se estaban convirtiendo en el punto débil en su plan, uno trazado con meticulosidad. Era frustrante. Adele no era más lista o astuta que otras mujeres con las que había lidiado.

Ese es el punto, ¿o no? Ella era precisamente lo contrario. Su naturaleza confiada y transparente lo desafiaban en formas que no esperaba, haciéndole sentir una cercanía que no había experimentado en años.

Sí, Adele era fascinante, pero tal vez porque era manipulable. Esa era la excusa que se repetía, como un mantra, para silenciar las dudas que comenzaban a surgir en su mente. Había *algo* en ella que lo hacía olvidar, aunque fuera por momentos, que estaba allí por una misión.

Cada vez que sus pensamientos volvían al beso, sentía una inquietud que no podía sacudirse. El contacto, sus labios en ella, saborearla... Había sido más que un simple movimiento en su tablero de juego.

Había sido un desliz, una vulnerabilidad que se había permitido a sí mismo, y eso lo enfurecía. Una vida rodeado de gente peligrosa, seres capaces de oler la debilidad como tiburones olfateando sangre en el agua, lo habían endurecido.

Se había construido una coraza impenetrable, una barrera que protegía su humanidad y lo mantenía enfocado en sus objetivos, pero esa barrera mostraba fisuras en presencia de la más inocente de sus... La palabra rival era tan idiota. Bastaba ver a la frágil mujer enfrente para concluir que no había nada peligroso en ella.

El beso de la noche anterior lo había tomado por sorpresa, no porque no lo hubiera planeado, sino por la forma en que lo había afectado. Había sido un impulso, una parte de su estrategia para acercarse a ella, pero el momento se había alargado más de lo que pretendía.

La forma en que había sentido la suavidad de sus labios contra los suyos, cómo había disfrutado el temblor sutil de su cuerpo cuando la tomó de la cintura... Aquel contacto lo perturbó, lo hizo anhelar, y eso era peligroso. No podía permitirse debilidades.

Declan respiró hondo, tratando de alejar esos pensamientos, pero las imágenes seguían repitiéndose en su mente. Sus necesidades físicas, su deseo, siempre habían sido saciados de manera directa, con mujeres que entendían el trato: pasión sin compromiso, intensidad sin promesas. No necesitaba más.

Adele... Ella era diferente. Su misión requería delicadeza, un juego de seducción que debía jugar hasta el final. Sin embargo, mientras más tiempo pasaba con ella, más consciente se volvía de su propia vulnerabilidad.

Sabía que podía completar su misión sin necesidad de destrozarla en el proceso. Tenía que hacerlo, mas no sabía cómo. Adele llevaba su corazón en las manos, visible y delicado, y por alguna razón que no comprendía, eso despertaba en él una cierta consideración.

No que esto significara que fuera a abandonar su plan, pero al menos podría asegurarse de que no saliera herida, o más de lo necesario. Y esa simple concesión ya era un riesgo.

¿Qué te pasa, Declan? Dos días con una mujer común y corriente y ya estás volviéndote timorato. No, esto era más que ser apocado. Era la lucha interna que lo hacía cuestionar si valía la pena destrozar a alguien como Adele, solo para alcanzar una meta personal.

Le envió un mensaje a Louie instándolo a que averiguara más sobre el jefe de Adele. Algo en la conversación de Adele la otra noche le había hecho ver que este hombre era un problema para ella.

Necesitaba más información, no solo para proteger su plan, sino porque, en el fondo, comenzaba a sentir una necesidad inexplicable de protegerla también a ella. Y eso lo ponía de malhumor. No era un protector, jolines, era un estratega, un hombre que cumplía con su deber sin dejarse llevar por sentimentalismos.

Después de enviar el mensaje, Declan dejó su teléfono a un lado y se enfocó en la preparación del día. Luego de lidiar con emergentes y contactar clientes y proveedores, se alistó para la cita.

Con paso decidido bajó y se dirigió hacia el auto de lujo que lo esperaba en la entrada de su residencia temporal. Era un Aston Martin DB11, un símbolo de poder y control, algo que siempre había necesitado para mantener su vida en equilibrio. Sintió una satisfacción particular al tocar el volante.

La velocidad siempre había sido su escape, y había desarrollado este interés cuando participó en carreras ilegales en Irlanda. Luego, había hecho lo mismo en la costa Este de los Estados Unidos, aunque a medida que las responsabilidades pesaron sobre sus hombros, se alejó de las carreras.

Era un adicto a la adrenalina, y manejar ese auto le daba el tipo de alivio que solo podía encontrar en esos momentos de pura velocidad y riesgo. Mientras aceleró por las calles, bordeando la ilegalidad en más de un momento, no dejó de pensar en ella, en cómo su presencia lo había sacudido de formas que no podía entender.

Cuando llegó a la casa de Adele, se bajó del auto con una calma aparente, pero en su interior, la adrenalina seguía corriendo. Ella lo esperaba en la puerta, luciendo un vestido verde que ondeaba ligeramente con la brisa.

Sus rizos también se agitaban, y él llenó sus ojos con la visión, porque, ¿cómo evitar notar lo bien que se veía, tan distinta de las mujeres con las que solía relacionarse? Sonrió al verla, un reflejo casi pavloviano a estas alturas, porque era mirarla y sus labios se distendían.

Abrió la puerta del auto para ella, disfrutando del momento en que se deslizó en el asiento de cuero. Mientras ella se acomodaba, notó el brillo en sus ojos, una mezcla de emoción y nerviosismo que lo hizo sentir una punzada de culpabilidad.

Manejó con mayor cuidado esta vez, atendiendo a las indicaciones del GPS, para llegar a un restaurante en el Corredor de la Calle U, uno especializado en cocina caribeña.

El ambiente rebozaba de la energía vibrante del Caribe, con música suave en el fondo y aromas picantes llenando el aire. Al sentarse a la mesa, notó cómo Adele se relajaba, aunque aún estaba un poco ruborizada.

Tenía que eliminar cualquier rareza que el beso pudiese haber impuesto entre ellos, por lo que le tomó y le apretó la mano sobre la mesa, y con una voz suave, se disculpó.

—Espero no haberme sobrepasado la otra noche, Adele.

Sus palabras eran sinceras, aunque calculadas. Estaba acostumbrado a manipular las emociones de los demás, pero con ella, esa manipulación tenía un sabor amargo que no podía evitar, aunque detestaba.

Adele le sonrió, su rubor intensificándose.

—No lo hiciste, y sabemos que no me negué—respondió, su voz apenas un susurro.

Sus palabras decían una cosa, procuraban mostrar sofisticación, pero sus ojos, grandes y llenos de emociones, decían otra. Declan notó la vulnerabilidad en su mirada, y por un instante, se sintió tentado a protegerla, a evitar que el mundo la endureciera como lo había hecho con él.

No podía permitirse ese lujo. Declan sonrió, pero cambió de tema, hablando de sus negocios, de sus reuniones, y desarrolló estas, porque ella se mostró interesada y le inquirió. No se escondió, pero tampoco dio más información de la necesaria.

Habló de su trabajo como alto ejecutivo y mencionó a sus primos, dejando claro que eran su apoyo en todo. Si alguna vez salía a la luz quién era él realmente, no quería que Adele pudiera decir que la había engañado.

No le mintió, pero tampoco le reveló lo más importante. La mención del apellido no

llamó la atención de ella, haciendo evidente que no había estado cerca de su caso, por fortuna. No sabía si podría actuar con absoluta displicencia si hubiese sido lo contrario.

El suyo era un juego de equilibrios, y cada palabra lo balanceaba más y más en la cuerda floja en que caminaba y sobre la que se esforzaba para no perder el control.

Después de una comida deliciosa, lleno de sabores intensos y conversación agradable, salieron del restaurante y caminaron, disfrutando de la noche y el ambiente creado por las luces, el ir y venir de gente y vehículos.

Con un suave tirón la colocó a su lado y fueron hasta un vendedor de flores, al que compró una rosa, que entregó a Adele con un gesto galante, disfrutando de la sonrisa que ella le regaló a cambio.

Ignoró mientras lo hacía el grito de su cabeza, que le contaba que estaba yendo demasiado lejos, cruzando una línea que no debería. El sexo lo llevaría a su casa y a sus claves, ¿para qué complicarlo? Era un gilipollas.

—Es hermosa, gracias —dijo ella, su voz llena de una ternura que él no esperaba.

Esa ternura lo desarmaba, lo hacía sentir lo que no quería. Por un instante, Declan se encontró prendado de esa sonrisa, aunque pronto desvió la atención hacia el siguiente paso de su plan.

La llevó a dar un paseo, dejándose impregnar por dos sensaciones poderosas: la de la velocidad, de cómo el motor respondía con precisión a cada comando, con ella a su lado. Podía ver que a Adele le gustaba esto. El viento en su rostro, que sacó apenas por la ventanilla, y la rapidez del coche la hacían feliz.

Y eso, de alguna manera, dio a Declan un retorcido sentido de satisfacción. Le gustaba verla feliz. Sería temporal, y esto entre ambos no estaba destinado a un final agradable, pero podían disfrutar de los momentos.

Cuando detuvo el coche en su acera y la acompañó a la puerta, Declan se inclinó hacia ella, tomándose un momento para observar cómo el viento agitaba sus rizos y su falda verde.

La besó de nuevo, esta vez con más lentitud, un poco más profundo, sintiendo que el mundo se detenía. Absurdo, de verdad, joder. Cuando se separaron, le sonrió y le dijo:

—Esta vez esperaré tu llamado.

Adele, con los ojos brillantes y el aliento un poco entrecortado, solo pudo asentir. La dejó allí, parpadeando y un poco agitada, poderosa en su debilidad, porque...

En verdad tuvo que arrancarse de su lado, porque su interior, sus instintos, su libido, sus ganas gritaban que querían más, más. Al alejarse, Declan dejó que la tensión lo ganara.

No podía dejar que nada nublara su juicio. No era más que lujuria. *Es un juego, uno que debo apurar y ganar.* Ella era una mujer que se metía debajo de la piel segundo a segundo.

TRECE.

Adele se quedó mirando el teléfono en sus manos, sintiendo el cosquilleo de la excitación mezclado con una inquietud latente. ¿Invitarle aquí o no? Él había dicho que esperaba a que le invitara. Y no era como si ella pudiese llevarle a uno de esos restaurantes lujosos que él acostumbraba, eso no estaba en su presupuesto.

El pensamiento se instaló en su mente, persistente y molesto, mientras observaba las paredes de su sala de estar. ¿Querría él de verdad pasar tiempo con ella en la intimidad de su espacio?

Sí, este era acogedor y tenía un carácter único para ella, pero su casa no tenía nada que ver con los lugares de lujo que eran el pan diario de Deaglan.

La comparación la abrumaba, y el contraste parecía una grieta insalvable en su recién forjada *¿relación?* Espantó el pensamiento, atribulada. Las palabras tenían poder, no podía usarlas al azar.

¿Por qué no?, susurró su mente. También uno puede manifestar con las palabras, se recordó. Soñar no era malo, tener expectativas era el camino para avanzar en la vida.

Aunque una cosa eran las esperanzas fundadas, otra era forjar utopías. *Anda, Adele, que las utopías sirven para caminar, dan un horizonte, lo escuchaste en algún lado.*

Adele siempre había sentido un orgullo especial por su hogar. Era un refugio, un lugar que había decorado con sus propias manos, lleno de detalles que hablaban de su vida, de sus gustos, de su historia.

Solo que hoy, esa misma singularidad que antes la había reconfortado, comenzaba a parecerle una desventaja. No es lo suficientemente elegante, ni moderna, se decía, imaginando a Deaglan recorriendo con la mirada cada rincón, comparándolo, tal vez de manera inconsciente, con los estándares a los que estaba acostumbrado.

El peso de las inseguridades no era nuevo. Adele había aprendido a vivir con ellas, a disimularlas. Entendía que eran un peso, y en su día a día lidiaba con ellas. Pero con Deaglan en su vida se hacían más presentes que nunca.

Él era todo lo que ella no: sofisticado, seguro, poderoso. El lugar donde se hospedaba, el auto que conducía, los gastos en los restaurantes representaban fortunas que no podía imaginar.

Pues, *sin embargo, ha venido aquí, te ha llamado a diario, mostrándote una atención inusitada.* Sí, parece increíble, pero la realidad no puede negarse. ¿Por qué yo? se preguntaba una y otra vez, buscando un defecto en sí misma que justificara lo inexplicable.

Al mismo tiempo, una voz queda en su interior la animaba a dejar de lado esas dudas, a aceptar que merecía ser feliz, aunque fuera por un breve momento.

Deaglan era todo lo que pensaba, pero más. Diferente a sus preconceptos sobre los

hombres poderosos que arrasaban con los que se ponían en su camino, y capaz de encontrar placer en pequeñas cosas.

Tú eres un gusto adquirido, Adele, ¿recuerdas cómo tu padre siempre te lo decía cuando te quejabas de lo sosa que te veías? Su madre solía amonestarle por eso, pero no sonaba tan mal.

Tal vez él comenzó esto por aburrimiento de su vida en las alturas, pero encontró confort en su intercambio. Adele no estaba en contra a ser el gusto adquirido de Deaglan, para nada. Esa idea era reconfortante. Debía sostenerla como un mantra y repetirla cada vez que la incertidumbre amenazaba con abrumarla.

Y también era bueno que recordara cómo Deaglan la había mirado, cómo la había besado, con una intensidad que parecía genuina. No se trataba solo de seducción, quería creer que había más en sus gestos. Más que un simple juego de conquista.

Entonces, dadas las pruebas a favor del interés de Deaglan en ella, ¿por qué se sentía tan vulnerable? Giró la base de la copa de vino, observando cómo el color rubí reflejaba la luz tenue de la lámpara.

Si todo esto es un juego, ¿por qué se siente tan real? Esa pregunta la perseguía, y aunque intentaba convencerse de que solo estaba disfrutando del momento, sabía que se estaba involucrando más de lo que quería admitir.

Dejó escapar un suspiro y se llevó la copa a los labios, buscando en el vino un consuelo que no encontraba en sus pensamientos. El sabor era familiar, pero no tenía efecto calmante.

Su mente volvía una y otra vez al mismo punto: ¿y si esto termina mal? La posibilidad de salir herida la asustaba, pero la perspectiva de no arriesgarse y perder la oportunidad de vivir algo único le parecía aún peor.

¿Cuándo fue la última vez que te sentiste así? La pregunta resonaba en su cabeza, y la respuesta llegó con rapidez: nunca. Porque nunca un hombre como Deaglan había mostrado interés en ella, nunca había sentido que alguien la miraba de la forma en que él lo hacía.

Como si en verdad ella fuera especial. Su clase de especial. La idea de perder eso, de que resultara ser una ilusión, era... Triste. Entonces recordó sus pensamientos, apenas unos días atrás, cuando había decidido, por una vez, arriesgarse.

Deaglan había entrado en su vida con una fuerza que no podía ignorar, y aunque las dudas la atormentaban, también sentía una esperanza que se negaba a apagar.

Si esto va a ser una llama que se apaga rápidamente, entonces quiero disfrutar del fuego mientras dure. Esa decisión, aunque nacida de una mezcla de miedo y deseo, le dio un poco de paz.

Inseguridades, a tomar por culo, instó. No dejaré que me dominen. No hay nada seguro en esta vida, y la felicidad es esquiva y burlona. Dejó la copa de vino sobre la mesa y volvió a

tomar su móvil.

ADELE: *Hola, ¿cómo estás? Dijiste que me tocaba a mí, y tengo una invitación, tú decidirás si es buena o no. Mi casa, esta noche. Soy buena cocinera, eso dicen.*

Mientras esperaba la respuesta, se abocó a dar un vistazo a su despensa, considerando qué podría cocinar, si es que él aceptaba. El mensaje llegó cuando estaba sobre una silla, observando el interior del mueble aéreo, clasificando comestibles.

DEAGLAN: *Hola, Adele. Me encanta tu invitación. No puedo esperar a verte con tu delantal. Seguro que te ves encantadora, y me precio de ser buen juez de comidas. El vino y el postre van conmigo.*

Pensar que quería otro tipo de postre le secó la boca, y sonrió, feliz. Luego, restregó sus manos. Tenía un menú que planear, y si había algo en lo que confiaba, era en su habilidad para cocinar.

No importaba cuán modesta fuera su casa, no importaba que Deaglan viniera de un mundo tan distinto al suyo. Esta noche sería especial. Ella se aseguraría de que lo fuera, bajo sus términos.

Una sonrisa suave apareció en sus labios. Deaglan podría ser lo que ella no, pero esa noche, estaría en su terreno, probando lo que solo ella podía ofrecer. Y eso, por primera vez en mucho tiempo, la hizo sentir poderosa.

++++

Declan estaba expectante mientras conducía hacia la casa de Adele. La invitación a cenar había sido más que bien recibida; de hecho, lo había esperado con impaciencia.

Entrar en su hogar por un buen rato significaba acceder a su intimidad, a sus dispositivos, y con ello, la posibilidad de acercarse a la información que necesitaba.

Louie le había dado instrucciones claras sobre cómo acceder a estos en cuanto tuviera la oportunidad. Para lograrlo debía relajarla, llevarla a un estado en el que el sexo o la inconsciencia le permitirían actuar sin que se percatara.

El alcohol y un somnífero cuidadosamente dosificado eran las herramientas en su arsenal. Sentía que este le quemaba el bolsillo interior de su chaqueta. Había tenido una lucha consigo mismo en la noche de ayer y durante el día, y esto se hizo más serio cuando la invitación llegó.

La frialdad primó en su mente. Lo haría hoy, sí o sí. No podía posponer y complicar más las cosas en su cabeza. Los pasos estaban trazados. No podía quedar ningún rastro de su incursión.

Louie se aseguraría de esto gracias a su contacto con Minerva, la maravillosa hacker de

la Agencia Turner. Si jugaba bien sus cartas, ni siquiera Adele sabría lo que había sucedido, y él podría retirarse de su vida tan rápido como había entrado.

Pero antes, necesitaba las claves de acceso al sistema del FBI para que Louie pudiera rastrear los archivos relacionados con Davagh. Este ardiente deseo de saber no desconocía que ella podría estar en problemas si se rastreaba la intromisión, de ahí su recomendación a Louie de contactar a Minerva, un genio en el área.

No estaba dispuesto a dejar que alguien en la agencia se percatara de la incursión. Nadie debía adjudicar responsabilidad a Adele, y él obtendría la información sobre el estado de la investigación, las conclusiones y recomendaciones que le eran cruciales. Declan necesitaba saberlo todo, y su paciencia, de habitual escasa, estaba a punto de agotarse.

Se preparó con meticulosidad, consciente de que era la última vez que la vería. Eligió un par de jeans negros Saint Laurent, sencillos a simple vista, pero cómodos, y una camisa a cuadros de Burberry en tonos azul marino y gris, que realzaba el gris intenso de sus ojos.

Sobre la camisa, se enfundó en una chaqueta de cuero de Tom Ford, una pieza que proyectaba su estilo calculado para seducir. Dejó que la fragancia sutil de Creed Aventus lo envolviera, y en su muñeca su favorito, el Rolex Daytona de oro blanco.

Al mirarse al espejo, no era ego lo que lo impulsaba, sino la certeza de que sabía cómo lucía y cómo usar esa apariencia a su favor. Y quería que ella lo encontrara irresistible, tanto, que bajara la guardia.

Mientras condujo hacia ella, su mente divagó hacia su familia. Extrañaba a Brady, y los mensajes de su hermano le indicaban que este estaba preocupado por lo escueto de sus respuestas y la poca información que compartía.

Sus primos, Cillian y Brian, también le habían escrito y llamado, en parte para discutir temas de trabajo, pero Declan sabía que también se preocupaban por él. Habían sido ellos quienes lo habían protegido durante la guerra con su padre y sus medio hermanos, dándole una posición de privilegio cuando todo lo demás parecía desmoronarse.

Sin embargo, él no estaba dispuesto a abandonar lo que le pertenecía sin luchar. Necesitaba recuperar lo suyo, aunque eso significara que tenía que usar a esa mujercita encantadora que lo invitaba a su casa con la ingenuidad de alguien ignorante de las oscuridades del mundo.

Al llegar, tomó la botella de vino y el postre que había elegido y descendió con decisión. Cuando Adele abrió la puerta, su mente casi quedó en blanco. Ella lucía encantadora en unos jeans que se ajustaban a sus curvas a la perfección, y una blusa en colores alegres que hacía resaltar sus rizos danzantes y esa boca tentadora que atraía su mirada de manera casi magnética.

Sonrió con liviandad, pero esta vez no fue la sonrisa controlada y calculada que solía mostrar a sus clientes o contactos. Adele tenía la capacidad de desarmarlo al momento. Se

recompuso y reforzó su postura interna. Esta noche era crucial, y debía mantener el control.

—Hola, Deaglan—dijo Adele con una sonrisa cálida mientras lo invitaba a entrar—. Pasa, por favor.

—Hola, Adele—se inclinó y le dio un beso suave en la mejilla, tras lo cual le entregó el vino y le mostró el postre—. Un poco de frío no le vendrá mal.

—Ay, ¡delicioso! El chocolate blanco es mi debilidad.

Lo sabía, se lo había comentado, y por ello lo eligió. Avanzó y volvió a apreciar lo colorida y acogedora de la estancia. Si acaso, ahora fue consciente de la enorme biblioteca en la sala, repleta de libros de todos los géneros, y plantas que aportaban un toque de frescura al ambiente.

—¿Has leído todos estos ejemplares?—inquirió, mientras la seguía a la cocina, y ella rio y negó.

—No, pero sí la mayoría. Bien, espero que disfrutes la cena. Le he puesto mucha dedicación.

Esa mirada, esos labios, esa piel, joder. Sacudió sus emociones y se endureció, algo que no se apreció en lo externo, porque sonrió.

—Seguro que lo haré. El olor ya es tentador.

Declan la observó mientras ella se movía por la cocina, mostrándole lo que había preparado. Se acercó para probar un bocado de lo que estaba cocinando, y ella le golpeó la mano, juguetona.

Sonrió, pero lo doméstico de la escena le supo raro. No en un mal sentido, pero si en contradicción con lo que buscaba aquí.

—Mm, sabores ricos y equilibrados, ya con esa probadita puedo darte una calificación de excelente y felicitado—bromeó.

Adele sonrió aún más. Declan ayudó a poner la mesa, moviéndose con naturalidad en el espacio que Adele llamaba hogar. En poco tiempo estuvieron sentados y disfrutando, y a él cada plato que probó le pareció superior al anterior.

A medida que la noche avanzó, el ambiente se hizo más liviano. Ella se distendía, riendo y charlando con más libertad. Declan rellenó su copa de vino varias veces, asegurándose de que siempre tuviera un trago a mano.

La conversación fluyó con facilidad, los temas triviales danzando, pero la conexión no podía negarse. Esto lo puso más y más ansioso. Antes de servir el postre, le pidió ir al baño. Allí, frente al espejo, se debatió en un mar de dudas.

Por un instante, se sintió culpable por lo que estaba a punto de hacer. ¿Cómo podía traicionar a alguien que, claramente, confiaba en él? Respiró hondo, recordando que tenía una misión, un objetivo que cumplir.

Se recompuso, salió del baño y se dirigió hacia su chaqueta, fingiendo revisar su móvil. Con manos rápidas y discretas, sacó la pequeña cápsula de somnífero y la deslizó en la copa de Adele mientras ella terminaba de porcionar el postre.

De vuelta en el cuarto de estar, se acomodaron en el sofá con los platos y una última copa de vino. A poco de terminar sus postres, Declan notó que Adele comenzaba a parpadear, sus bonitos ojos cerrándose de manera involuntaria.

En cuestión de minutos, quedó dormida, su respiración suave y regular. Declan la recostó con gentileza, asegurándose de que su cabeza estuviera bien apoyada y la cubrió con una manta que estaba a mano.

Tiempo de hacer aquello que lo había traído aquí. Lo primero que hizo fue tomar su móvil. Acceder a él fue sencillo, le bastó sostenerlo frente al rostro de Adele para desbloquearlo.

Buscó con calma entre sus archivos, y después de solo cinco minutos, encontró lo que necesitaba: contraseñas y nombres de acceso, guardados con descuido.

Hizo una mueca de incredulidad ante la facilidad del hallazgo. Luego, se dirigió a la laptop de Adele, pero no encontró en ella nada de interés. Era evidente que ella no trabajaba desde casa.

Sin embargo, al revisar su correo electrónico, encontró algunos mensajes que le hicieron crujir los dientes. El jefe se comunicaba con sus empleados por correo electrónico y no le gustó un ápice que el tenor de las comunicaciones denunciara que era un cretino, enviándole órdenes de manera grosera y negándole permisos en varias ocasiones.

Dejó cada cosa en su sitio, y envió la información a Louie. Su tarea aquí estaba hecha. Por qué demoró en irse, escribiendo una nota agradeciéndole por la cena y diciendo que había pasado una noche maravillosa, era algo que no analizaría.

Tampoco que la había llevado en brazos a su cama, quitándole los zapatos con cuidado, y cubriéndola con el edredón. Ella se sentiría muy confundida por la mañana, pero él se encargaría de comunicarse pronto y tranquilizarla, atribuyendo todo al vino. Se lo debía, no podía ser un monstruo.

Además, Louie necesitaría tiempo para realizar la búsqueda, y Declan no tenía intención de irse de Washington sin ver a Adele alguna vez más. Sí, había pensado que este era el encuentro final, pero...

Eso sería raro, levantaría sospechas. Louie podría necesitar algún otro dato. Y tenía que comprobar con sus ojos que el somnífero no le había sentado mal.

Excusas, excusas.

CATORCE.

Adele despertó lento, sus párpados sintiéndose pesados, y la desorientación como la sensación más acuciante. Le costó abrir sus ojos, confusa, y la luz que entraba oblicua por las cortinas corridas la hería.

Su cabeza palpitaba con un dolor sordo, como si algo estuviera oprimiendo sus pensamientos, impidiéndole enfocarse. Intentó hacer memoria, pero las imágenes de la noche anterior se mezclaban de manera confusa.

Se sentó en la cama, lento, y luego de dos intentos fallidos. Con alivio comprobó que estaba vestida, y nada fuera de su cabeza dolía. Eso alejó el primitivo terror que se había instalado en su mente cuando despertó.

El recordar historias de mujeres de las que se abusaba cuando se exponían, o cuando el agresor encontraba una oportunidad, era algo inevitable. ¿Qué le había pasado, joder?

¿Por qué estaba en su cama, y claramente lo había estado por horas? Lo último que recordaba era cortar el postre. Y Deaglan, su rostro. Había tomado mucho vino, sí, eso... Eso lo recordaba, y la vergüenza se le vino encima.

Carajo, ¿cómo había sido tan irresponsable? Una oleada de mortificación la recorrió. Parpadeó, haciendo foco en las cosas, y entonces vio una nota sobre la mesita de noche. La tomó con manos temblorosas y leyó:

Adele, anoche te quedaste dormida en el sofá, apenas terminaste el postre. No quise despertarte, así que te llevé a la cama, para que pudieses descansar mejor. La cena estuvo deliciosa, y fue una velada encantadora. Gracias por invitarme. Espero que tengas un buen día, Deaglan.

La nota era simple, pero su turbación creció. ¿Qué pensaría él? Se tapó los ojos con las manos, sintiendo que la tierra se abría bajo sus pies. ¿Cómo no se había detenido? Era de mal beber, había habido ejemplos de ello en el pasado. No como esto, no.

¡Vaya manera de arruinar una velada perfecta! Arrugó el entrecejo, acariciando sus sienes. Entonces, el sonido de su teléfono reverberó. Se inclinó para buscarlo, y notó que estaba enchufado.

Él había tenido el detalle de dejarlo cargando. Suspiró, y meneó su cabeza. Si no se hubiese dormido... Mm, esa carrera ya se había corrido, y no podía perder el tiempo en lamentaciones.

El mensaje era de Deaglan, así que respiró hondo y se preparó para lo que pudiese decirle. No debió haber sido una ebria feliz, estaba segura.

DEAGLAN: *Buenos días, Adele. Espero que te sientas mejor esta mañana. La cena estuvo increíble. Por cierto, eres adorable cuando duermes la mona, aunque un pelín gruñona si*

te mueven. Me pareció que estarías más cómoda en tu lecho. No tienes nada de qué preocuparte. Todo está bien. No puedo esperar para verte de nuevo.

Adele suspiró y se dejó caer sobre las almohadas, cubriéndose la cara con las manos. Quería que la tierra la tragara, pero, al mismo tiempo, no podía evitar pensar en lo dulce y caballeroso que había sido Deaglan.

Podría haber tomado ventaja de la situación, pero no lo hizo. Sí, hubiera sido horrible que lo hiciera. Otra vez recordó la de veces había leído sobre mujeres solas que caían en manos de depredadores sexuales. La idea la estremeció. Sin embargo, Deaglan había demostrado ser digno de confianza.

Se encontró sumida de inmediato en una ensoñación, pensando en lo guapo y atento que era. Su mente viajó a la noche anterior, que comenzó a recordar en detalle. Su voz grave y rasposa, cálida, desgranando datos, respondiendo a sus preguntas.

La manera en que su mirada gris se volvía más intensa cuando observaba su boca... e incluso su escote. Sí, era probable que Adele se hubiese sentido osada y la V de su vestido fuese un poco más abajo de lo habitual.

Quería gustarle, encenderlo. Había tenido planes bastante traviosos en su mente, pero estaba visto que la seducción no era lo suyo. O sí, que mientras estuvo despierta, él no dejó de apreciarla, y no fue discreto, al respecto, pero tampoco vulgar.

Ella había intentado sonsacarle sus planes, en especial, cuándo pensaba irse de Washington. Declan había sido vago al respecto, pero sus respuestas fueron intrigantes:

No lo tengo claro aún, depende.

Estoy evaluando opciones. He encontrado intereses nuevos aquí.

Cada frase le había parecido una promesa, una sugerencia.

Se colocó de costado, una mano sosteniendo su cabeza, y se perdió en potenciales. *¿Y si Deaglan considerara que le gusto lo suficiente como para explorar una relación? ¿Esto sería viable?* En su cabeza los dos eran perfectos, encastrando como piezas.

Nada de objetividad en su reflexión, pensó, sintiéndose un pelín ridícula. Apenas se conocían... Pero habían compartido tiempo, información bastante íntima, se habían tomado de las manos, y se habían besado un par de veces, y el interés estaba allí. Más que eso, del lado de ella.

La pregunta del millón que no tenía respuesta era si Deaglan podría querer algo a largo plazo con ella. *En verdad, tendrías que volar más bajo*, se dijo. *¿Quiere él algo contigo? ¿A corto plazo?*

Pff. Era tonto esta compulsión suya a reducir las cosas, con esa visión romanticona de novela donde el personaje buscaba a aquel que lo completaba. ¡Qué tontería! Ella se completaba sola, pero...

Eso de sumergirse en viajes de fantasía romántica le estaba cobrando precio. *No seas tonta. Razona. Sé moderna*, se reprendió.

Luego de un rato, se conminó a levantarse a pesar de que su cabeza seguía pulsando. Se dio una ducha larga y muy caliente que le hizo bien, y se puso sus pijamas favoritas con motivos de flores.

La vincha a juego sujetaba su cabello mientras se hacía su rutina de skincare, y luego fue por café. Una sonrisa sorprendida se dibujó en su rostro cuando se dio cuenta de que Declan había programado la máquina para que tuviera café listo en la mañana.

Nadie me ha tratado así jamás, consideró, sintiendo la calidez inesperada envolverla. Incluso sus padres, siempre alentándola a ser autónoma, no habían hecho algo tan simple y significativo desde que pudo manejarse sola. Por eso la tibieza del gesto la conmovió profundamente.

El resto de la mañana pasó en una rutina familiar: la colada, limpiar la casa. Pero no importaba lo que hiciera, la imagen de Deaglan no la abandonaba. Picoteó algo de lo que había quedado de la cena, y se acomodó en el sillón para leer.

Las páginas de un libro de romance de mafia la succionaron, la trama seductora y plena de suspenso. El timbre la hizo saltar, y parpadeó, mirando el reloj. Era media tarde ya. Dejó el libro a un lado y fue a abrir la puerta. Encontrar a Deaglan del otro lado hizo que su corazón latiera más rápido.

—Buenas tardes, Adele—dijo, y las bragas debieron soportar la humedad que la voz sexi provocó, o tal vez fue su mirada que la recorrió, o las posibilidades que su cabeza no paraba de explorar.

Como fuera, el estado de calor de su cuerpo era... inesperado.

—Hola—dijo, cortada, intentando domar su lujuria.

¿Sería un efecto remanente del exceso de vino?

—¿Cómo te sientes?

—Bien, estoy bien... —Adele tartamudeó, apartando la mirada, y luego se enfocó en él. Guapo, como ya era hábito. Tan alto, tan ancho, tan sexi—. Lo siento, anoche... Fui una anfitriona terrible. No se me da muy bien la bebida.

Deaglan sonrió, encogiéndose de hombros con una elegancia despreocupada.

—No tienes nada de qué disculparte. Todo estuvo perfecto.

Su sonrisa desarmaba. Se hizo a un lado, y él ingresó. Solo entonces se percató de que portaba una caja en las manos.

—Pensé que un dulce podría ayudar. Apenas si disfrutaste del postre anoche—dijo, mostrando el membrete de una de las pastelerías más exclusivas de la ciudad.

Se le hizo la boca agua, pero no solo las exquisitas pastas que estaban a su vista fueron

las responsables. Fue por servilletas y sendos platitos mientras él se acomodaba en el sillón.

—¿Té o café?

—Café, gracias.

En unos minutos estaban disfrutando de la dulzura de las jaleas y del hojaldre, que el café ayudó a deglutir. Adele lo observó morder uno de los pastelillos con una gula que hizo que un calor agradable se extendiera por su pecho.

¡Cómo le gustaría sentir esos labios en los suyos, una vez más! Se reprimió y sorbió su bebida. Deaglan se limpió con cuidado y entonces tomó el libro que ella había dejado a un lado.

—¿Qué lees? —preguntó, con una curiosidad que no parecía afectada por el título del libro o la imagen obvia de la portada.

—Oh, solo una novela... Para pasar el tiempo—respondió Adele, sintiéndose un poco cohibida.

Declan asintió, interesado.

—Mi lectura favorita son los thrillers —dijo, sin juzgar—. Me gustan las historias que atrapan y en las que nada es lo que parece.

En ese momento sonó el móvil de Deaglan. Su expresión se tornó seria al contestar la llamada. Adele lo observó, notando el cambio en su actitud; de repente, parecía más compuesto, críptico incluso.

Cuando terminó la llamada, volvió a sonreír, aunque la preocupación aún asomaba en sus ojos grises.

—Una situación con el trabajo —explicó—. Como ves, incluso en un domingo uno no se puede desenganchar.

—Debe ser terrible —comentó Adele—. No poder desconectar de tu labor ni siquiera en tus días libres. Que los debes necesitar, sé que esos puestos gerenciales son estresantes.

—Es parte de la tarea. Normalmente lidio con ello sin dificultad, pero... No es común que haya algo que me interese más, como es este caso—respondió él con una sonrisa.

++++

Guau. *Joder, qué fuerte*, pensó Adele, y sonrió. No supo contestar, así que un breve silencio, nada incómodo, les envolvió. Al contrario, se sintió natural, como si ambos estuvieran en sintonía.

De repente, Deaglan tomó la mano de Adele entre las suyas, y sin más palabras, se inclinó para besarla. El beso se prolongó, profundo y lleno de promesas no dichas, mientras el mundo alrededor de ellos parecía detenerse.

Ella se aferró a su cuello como si de un salvavidas se tratase, y trató de pegarse como

una lapa a ese cuerpo duro, musculoso, de planos duros, con el que había alimentado sus fantasías por días.

Había esperado que anoche fuera la ocasión en que gozaba de la realidad y lograba contrastarla con los altos estándares de sus sueños, pero esta tarde era tan buena, y tal vez mejor.

Sin la influencia del vino o la noche, que siempre aflojaba los límites, ambos podían disfrutarse.

El beso se tornó largo y sofocante, como una tempestad que envolvió sus labios y se dirigió hacia su cabeza, derritiéndola, y a sus miembros y zonas más sensibles, y hasta los dedos de sus pies, arrollados, dieron cuenta de la excitación.

—¡Joder, cómo me pones!—murmuró él, y sus labios entreabiertos dibujaron la mandíbula, el cuello y la clavícula, y Adele tembló, sin soltarle—. ¿Puedo seguir, preciosa? Dime que no y al instante paro.

—¡No, no!—protestó, y él rio bajito, empujándola para que quedara sobre su espalda, y besó la comisura de sus labios mientras su mano se colaba por debajo de la remera y se deslizaba por su estómago, bordeando su ombligo, y luego ascendía para posarse en uno de los senos.

Le dejó hacer, su piel cantando bajo sus yemas, y suspiró de placer cuando el aleteo de dedos hizo círculos sin presión sobre sus aureolas, que estaban tan duras que dolían.

No había célula de su cuerpo que no entonara su nombre como un cántico, sedienta de ser tocada.

Su mano grande fue a la espalda y la elevó un pelín, con facilidad, para aflojar la presión del sostén y dar oportunidad a los dedos de la otra de tocar sus senos sin la molesta intermediación del encaje.

Se sintió perfecto, y Adele gimió, sus ojos aleteando, sus dientes clavándose en el labio inferior.

—Tu piel... Suave, tan suave—susurró Deaglan, y sus movimientos se tornaron más frenéticos, las pupilas comiéndose parte del gris, observándola con inequívoca lujuria.

La incorporó más, su mano en la espalda operando como los hilos de una marioneta, y Adele le dejó hacer, lista para tener todo de él, y darle lo mismo. Deaglan removiό su remera y la liberó del sostén que colgaba, y se precipitó sobre su torso con hambre.

Sus manos no parecían poder detenerse, recorriendo las curvas con cadencia, entibiándola toda, mientras su lengua trazaba la línea de su escote y encerraba sus senos en círculos de humedad, para luego dibujar sendas hasta sus pezones, que succionó con gula, alternándolos.

—Deaglan... Ohh, joder...

—Delicioso... Estas curvas... Podría perderme en ellas por horas—dijo muy quedo—. Levanta las caderas, hermosa—ordenó, y ella obedeció sin pensar, dejando que él arrastrara sus

jeans y bragas, dejándola desnuda.

No tuvo tiempo que perder en cortedades porque él se incorporó y la miró con un deseo que casi provocó su combustión, y procedió a desnudarse con movimientos eficientes. Y, ¡oh, bendito sea, era espectacular!

Su pecho ancho, sus bíceps y los abdominales marcados sin excesos, las dos líneas que bajaban por la línea de los huesos de las caderas coincidiendo con la de vello desde su ombligo, que dirigían la mirada, inevitable, al miembro duro y elevado que parecía apuntarla. Joder... y esos muslos gruesos, de músculos marcados. Era perfecto, su sueño.

—Eres... tan guapo—murmuró, parpadeando, y él sonrió, sus gestos los de un predador.

—Tú eres hermosa, jodidamente sensual, y voy a disfrutarte como al plato más fino, Adele.

La frase dio inicio al ataque, y este fue mutuo. Él la tomó por los brazos y la movió para ponerla sobre su hombro, con un gesto fluido, mas Adele deslizó sus manos por la espalda más ancha del mundo y tocó el inicio de sus glúteos que parecían mármol.

Él hizo lo mismo con una mano, y el suave mordisco en el costado de uno de sus glúteos hizo lanzar un gritito a Adele.

Él rio y aceleró el paso, ingresando al dormitorio, y se agachó para dejarla en el piso, y la miró con intensa pasión, para luego colocar su mano en el hombro y presionar hacia abajo, movimiento que Adele no resistió.

Se encontró de rodillas ante él, y la imagen de poderío le quitó aire.

—Abre, Adele. Quiero que lo humedezcas para que esté listo para follarte como mereces, hermosa. Abre esa boca fabulosa y hazle saber a mi polla cuánto deseas ser penetrada.

Ella tragó saliva, tan ida de deseo que no dudó un segundo en obedecer el comando. Entreabrió sus labios y su lengua, tentativa, se encontró degustando la humedad de su glándula, y luego comió la mitad de la polla con suavidad, sintiendo la textura venosa y suave en su boca.

Él hizo unos movimientos cortos de envión y ella se encontró haciendo sexo oral, algo que no prefería. *Antes*, pensó, antes no quería. Con él, con este hombre quería todo.

Luego de unos segundos, él retiró su polla con un graznido, y Adele parpadeó, casi mareada, porque se había concentrado en la tarea de ponerlo a mil, y le satisfizo notar que así era. Ese hombre estaba igual de apasionada que ella, un subidón brutal.

La ayudó a incorporarse y la dio vuelta para luego empujarla sobre el lecho, y ella cayó sin dejar de mirarlo. Con felina agilidad él estuvo sobre ella, apoyado sobre sus antebrazos, y restregó su polla por los pliegues de su intimidad, que estaba empapada.

—Por favor...—susurró, transida de excitada necesidad.

—Me encanta que ruegues por mi polla, Adele. ¿La quieres muy adentro? ¿Quieres estrangularla con tu apretado coñito?

—Sí, sí—contestó, sin preocuparse por falsas modestias.

Lo deseaba a morir, ahora mismo, en ella. Envolvió sus piernas en las caderas del provocador, como una consumada contorsionista, e hizo fuerza para aproximarlos más, ganándose su risa.

Lo atrajo también con sus manos, buscando su boca, que estuvo en ella al instante, robándole la vida en un beso brutal, arrebatador. El estado de elevación que sentía, de estar casi fuera de su piel de tanto que esta quemaba no lo había experimentado antes.

Toda ella era urgencia, y sus caderas se elevaron más, pugnando por encontrar el falo y colocarlo donde debía estar. Cuando la punta dura y suave a la vez se posicionó en la entrada de su coño, este comandó ser llenado, pero él la detuvo, hablando sobre su boca:

—Espera, preciosa. Necesito colocarme la protección.

—Rápido—lo urgió, y le vio rodar para alcanzar su pantalón, del que extrajo el condón, que colocó con una velocidad propia de un atleta profesional. Si lo era en estas lides, se lamentaría luego. Ahora no podía pensar más que en ser llenada.

La forma en que él entró en ella a continuación le quitó el aliento. Sin dudas, con precisión, deslizándose por su interior rozando las paredes de su vagina, que hacía años que no conocía más que juegos con su consolador.

La realidad de su polla era mil veces mejor. Latía en ella, apretada y caliente, y cuando se movió para pujar en movimientos largos y espasmódicos, Adele sintió que alcanzaba alturas impensadas.

Que un dedo se agregara a la fiesta para no dejar sin invitación a su clítoris, y su boca festejara con sus pezones, con sus labios y la zona detrás de su oreja y el cuello, fueron condimentos para la explosión inminente.

—Mira que eres hermosa en la pasión que te descubre, Adele... Tan perfecta... Podría follarte por días... Quisiera...—él suspiró y desvió la vista un momento, y sus ojos parecieron perder brillo, pero ella sonrió y el gesto se contagió.

—No pares... Por favor, no pares.

—No... Quiero disfrutar esto... Quiero... grabarlo...—gruñó, y sus empujes arreciaron, castigadores en su fuerza, pero benditos en lo que lograban.

Encenderla. Volarle cualquier pensamiento o razón para dejarla pendiendo de hilos de cordura atados con placer.

El clímax se adornó de suspiros, de gemidos y grititos, de gruñidos y sonidos de la piel contra la piel. Se construyó en equipo, se demoró porque no había miembro que no quisiese participar de la fiesta.

Las bocas besaron, los dedos acariciaron, los miembros envolvieron, y los sexos fueron yin y yang, hasta que la explosión primitiva los proyectó al cielo, y entonces solo hubo blanco, y

placer. Tanto placer.

Volver de tan alto era agotador, y Adele se arrebujó en él para descansar. Perfecto, el sexo con Deaglan era como lo soñó. Perfecto.

QUINCE.

Declan no pudo definir con exactitud sus sentimientos cuando cerró la puerta del apartamento de Adele tras el beso final. El eco de sus pasos resonó en la acera, y había una animada conversación, música y risas altas emanando de una de las casas contiguas, pero su mente estaba demasiado ocupada para registrar el sonido.

Mientras se dirigía a su automóvil, una mezcla abrumadora de emociones lo envolvía, un torbellino que no podía ni quería disipar. Era una confusión entre el deseo, la culpa y una desconcertante y amarga sensación, muy similar a la tristeza.

Para nada el alivio que esperó sentir al dar por terminada su tarea. Joder, la palabra era desagradable, y no describía lo que él y Adele... Sacudió su cabeza, molesto consigo mismo.

El eco del apasionado sexo que acababa de disfrutar lo sentía en la piel, en los labios, resonaba en su cabeza como un alerta punzante que le advertía que acababa de experimentar una conexión auténtica, mágica, y quizás, irrepetible.

Ella se había derretido entre sus brazos, arcilla dócil que había moldeado con sus yemas, con su lengua, con sus labios, y en el ardor del contacto y las caricias él se había vuelto madera seca que ardió y ardió, exultante.

Si los dedos guardaban la memoria de lo más suave y divino que habían tocado, no olvidarían la cremosa piel de Adele. Se estremeció sin poderlo evitar al pensar en cómo su boca había aprisionado los picos de sus pequeños senos y los había vuelto esclavos de su lengua.

Subió al auto y encendió el motor, pero no se alejó de inmediato. Se quedó ahí, sentado en la penumbra, con la cabeza apoyada en el volante, intentando ordenar el caos que había tomado control de su mente.

Los fogonazos que la memoria traía sobre su reciente intimidad se negaban a irse, y no los forzó, porque el recuerdo era dulce como la miel. Su figura sobre el lecho, frágil y poderosa a la vez, un yunque para sus ojos, que no habían podido desprenderse de las curvas sinuosas que lo llamaron como sirenas a un navegante que se creía eximio, y comprobaba que naufragar era dulce.

Se había rendido a ella, susurrando sandeces que en su vida vertió en oídos femeninos. Los sonidos que esa garganta trémula podía soltar, joder. Gemidos, jadeos, ronroneos, suspiros. Los había devorado con besos ardientes que lo dejaban sin resuello.

Las luces del tablero iluminaban su rostro, pero sus ojos estaban perdidos en la oscuridad de la noche. Cerró los ojos, evocando la imagen de Adele, de cómo había respondido a sus caricias, de la forma en que su cuerpo había encajado perfectamente con el suyo.

La pasión que habían compartido era innegable, cruda y potente, pero había algo más que lo perturbaba, una emoción que él mismo había sellado bajo capas de frialdad y cálculo.

Esta fue la última vez que la veo. La convicción se aferró a él con la fuerza de una verdad inmutable. Adele, esa mujer que se había entregado a él sin reservas, le había dado el sexo más emocional y vibrante de su vida.

No había existido nada previo comparable a lo que acababa de vivir. Pero también sabía que no debía volver. Eso no debía molestar tanto como para que le ardiera la garganta y se le volviera agrio el humor.

La idea de no cruzarla otra vez, de perderse su genuina persona y dejar ir a la que era tan pura en sus intereses y tan honesta en sus convicciones, lo golpeó. Mas era por el bien de Adele, y en esto tenía que mostrarse como un hombre más digno.

No lo había sido hasta aquí. La verdad era amarga. *La usé*, se recordó a sí mismo, la culpa comenzando a pesar en su pecho y lo hundía en el pesimismo con la velocidad de la piedra pesada arrojada en un lago tranquilo.

Había llegado a ella con un propósito claro, y para cumplirlo, había manipulado sus sentimientos y su confianza. La había seducido, y si no hubo declaraciones ni promesas de su parte, ni siquiera implícitas, de una relación, en los ojos femeninos él había leído que caía rápido por él.

Y como el bastardo insensible que le habían enseñado a ser, había jugado con sus emociones para conseguir lo que quería. ¿Por qué cojones no se marchó y la dejó en paz cuando obtuvo lo que necesitaba?

El eco de la llamada de Louie aún retumbaba en sus oídos, confirmando que había obtenido lo que necesitaba: acceso total a los archivos gracias a la clave de Adele. Todo estaba listo.

La ruta de acceso que ella le había proporcionado sin saberlo le había permitido a Louie crear una puerta trasera para seguir accediendo a la información de ser necesario. Adele ya no era útil, ya no era una pieza en su tablero. Y él había vuelto.

Había sido porque quiso esto. La había deseado de una manera feroz, y se había contenido por días. Su cabeza y su cuerpo habían pasado de registrarla como una mujer simple y de escaso interés a la que lo movía y excitaba. Y no había podido resistir la tentación de tenerla.

¡Vaya si la tuvo! *No lo suficiente*, ronroneó una voz en su cabeza, que retrocedió cobarde cuando su sentido común la abofeteó con hechos. *Esto terminó aquí.*

Entonces, ¿por qué se sentía vacío? Encendió el auto y aceleró por las calles en dirección al hotel, pero su mente era un caos. La lógica le decía que debía estar satisfecho, que había logrado su objetivo con precisión, pero su corazón, ese órgano que había aprendido a ignorar, palpitaba con una extraña mezcla de remordimiento y arrepentimiento.

Se dio cuenta de que, aunque había seguido cada paso de su plan, algo había salido mal. Él no era el mismo hombre que había comenzado este juego. Había permitido que Adele se

colara en su vida de una manera que no había previsto.

La ciudad desfiló frente a él, una serie de luces y sombras que no registró. Su mente estaba atrapada en una lucha interna, una colisión violenta de emociones que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Había cumplido su misión, y eso debería haber sido suficiente. Sin embargo, la imagen de Adele, su sonrisa franca, sus ojos llenos de esperanza, seguían apareciendo, atormentándolo. La sensación de haber traicionado a alguien tan inocente le corroía las entrañas. *¿Cómo podía haber caído tan bajo?*

Llegó al hotel y empacó con rapidez, eficiente en cada movimiento, tratando de alejarse físicamente de lo que acababa de hacer, como si la distancia pudiera aliviar su conciencia. No había tiempo que perder; el piloto lo esperaba, y cuanto antes dejara Washington, mejor.

Hizo el registro de salida sin titubeos, y en cuestión de una hora se acomodaba en el lujoso asiento del avión que había estado esperando por él. El interior era un reflejo de su vida: elegante, exclusivo y diseñado para el confort.

Los asientos de cuero negro contrastaban con la fina madera de las mesas, y las ventanas panorámicas dejaban entrar la luz, iluminando el espacio con un cálido resplandor dorado. Era un entorno que debería haberle brindado la paz que buscaba, pero en su lugar, solo le ofrecía un espejo que reflejaba sus contradicciones.

Se sirvió un trago de whiskey, esperando que el alcohol silenciara las voces en su cabeza.

Mientras el avión despegaba, Declan tomó su Tablet y comenzó a revisar la información que Louie había enviado. La impaciencia y la ansiedad lo dominaban, sus dedos pasaban veloz por los documentos, buscando las respuestas a las preguntas que le habían traído a la ciudad.

Necesitaba distracción, recuperar la sensación de control que tanto valoraba. Finalmente, encontró lo que estaba buscando: los resultados de las pericias contables.

Estas detallaban cada entrada y salida de dinero de Davagh, y lo que vio le provocó un alivio inmediato. Todo estaba limpio, excepto por las transacciones ilícitas que su hermano había manejado.

Leyó con atención el análisis de las pruebas; cada palabra afirmaba su inocencia, y el alivio fue tangible. Las conclusiones eran claras: las declaraciones de Declan, en las que afirmaba desconocer las operaciones de su hermano, habían sido corroboradas.

Sintió un peso tremendo levantarse de sus hombros al leer las recomendaciones del jefe del área de investigaciones de actividades mafiosas. Se proponía exonerar a Declan y su empresa, dadas sus contribuciones a la investigación que llevó a la liquidación de la célula mafiosa que su padre y hermanos lideraban.

Luego, encontró el documento final, proveniente del jefe de Adele. Su recomendación

era también exonerar a Davagh, habilitar su funcionamiento, y descongelar los fondos. Declan no pudo evitar sonreír, un gesto que le llenó el rostro mientras aflojaba la corbata y se dejaba caer contra el respaldo del asiento.

Rio, una risa cargada de alivio, y luego se quedó en silencio, dejando que la calma se asentara en su interior. Faltaban sellos, firmas, la aprobación final de la autoridad máxima del Bureau, pero eso era burocracia. El resultado estaba asegurado. Por fin, podía recuperar el control y preparar el relanzamiento de Davagh.

Si solo pudiese acelerar esto, pensó, pero luego se detuvo. Ya había hecho mucho. Se había arriesgado demasiado al acercarse a Adele. Puso en riesgo su trabajo, su vida... y eso no le gustaba. Pero más aún, la había puesto en riesgo a ella.

A pesar de sus esfuerzos por convencerse de que todo estaba justificado, sabía que había cruzado una línea. *Tengo que asegurarme de que esté bien*, murmuró, como si el decirlo en voz alta pudiera hacer que sus pensamientos se volvieran más reales.

Pondría a Louie a monitorear la situación de Adele en el Bureau y para asegurarse de que nada la perjudicara. Sentía la necesidad de respaldarla, aunque ella nunca lo supiera, aunque lo maldijera cuando se diera cuenta de que todo fue una mentira.

¿Lo fue?, se preguntó, esbozando una duda que lo golpeó con la fuerza de un puñetazo. Adele había sido más que un simple objetivo, eso era innegable. Con ella, había experimentado emociones que pensaba que ya no existían dentro de él: ternura, piedad, alegría, incluso un interés genuino por otra persona.

La pantalla de la Tablet parpadeó frente a él, pero su mente estaba en otro lugar, perdida en el recuerdo de una mujer que, sin saberlo, había despertado en él algo que creía muerto.

Se inclinó hacia la ventana, observando cómo el paisaje se desvanecía bajo las alas del avión, un reflejo de lo que él mismo intentaba hacer con sus sentimientos.

Resopló. Por mucho que volara lejos, no podría escapar de la verdad: Adele había dejado una marca en él, una que ni el tiempo ni la distancia podrían borrar. *Esto se acabó, debe quedar atrás*.

Su vida estaba en la costa Este, y debía prepararse para reactivar Davagh. Adele, por más que hubiese despertado mucho de lo dormido en él, no tenía cabida en su futuro.

DIECISÉIS.

Adele se recostó contra el mostrador en la pequeña cocina de su trabajo, sosteniendo una taza entre las manos. El aroma del café recién hecho llenaba el reducido espacio, pero el líquido caliente ofrecía poco consuelo mientras lo sorbía con lentitud.

Su mirada estaba fija en la pared frente a ella, perdida en un punto indeterminado, y sus pensamientos volaban muy lejos de la sala, llevándola a un lugar oscuro donde el pesar y la incertidumbre convivían en un tenso equilibrio.

A su alrededor, sus compañeros de oficina hablaban en voz baja, susurrando sobre algún nuevo chisme de colegas. Las risas apagadas y los comentarios mordaces eran ecos vacíos que llegaban a sus oídos, sin penetrar en su conciencia.

De vez en cuando, sentía sus miradas desviarse hacia ella, como si esperaran que en algún momento se uniera a la conversación, pero Adele permanecía en silencio, con los dedos crispados alrededor de la taza.

Su postura denotaba una rigidez inusual, como si sostenerse en pie en ese lugar fuera un esfuerzo monumental. *¿Cómo pudo Deaglan desaparecer así?*, pensó, el dolor creciendo en su pecho, punzando con cada minuto que pasaba.

Él había llegado y se había ido como una sombra, pero llevándose algo esencial de ella. Justo después de seducirla, se había esfumado. *Sexo, eso era todo lo que quería de mí.*

La amargura creció como una marea implacable arrastrando consigo las pocas certezas que aún le quedaban. Podría haberse ahorrado el esfuerzo de mimarla, de pagarle cenas caras y organizar salidas extravagantes. Eso solo dio alas a sus expectativas, y si se advirtió de esto, no se hizo caso.

La figura masculina se materializaba en su mente con claridad, sus ojos grises mirándola con una intensidad que había hecho que su corazón latiera más rápido. Sus labios se curvaban en esa sonrisa apenas perceptible, enigmática como para mantenerla intrigada, pero lo bastante cálida para derretir sus defensas.

Había resultado un buen actor, ocultando sus verdaderas intenciones tras ese velo de cortesía y cuidado. O ella una audiencia cautiva desde el minuto uno. Le torturaba la convicción de que había sido tan ingenua, de haber caído en sus redes con los ojos abiertos.

Una parte de ella había previsto esto, pero se negó a admitirlo. ¿Habría aceptado acostarse con él sin tanto preparativo y cortejo de parte de Deaglan? La respuesta, aunque dolorosa, era clara. Probablemente no.

Conservadora y romántica como era necesitaba más que simple deseo para entregarse. Y eso fue lo que él le dio: un torbellino de atención, de gestos cuidadosos y palabras dulces que la hicieron caer de lleno.

La decepción se sentía en su pecho como punzadas que iban y venían, como un marea que subía y bajaba, una mezcla de melancolía y desengaño que no terminaba de resolverse. Sin embargo, también había algo más.

Lo extrañaba. Declan había puesto color a una semana de su vida que ahora parecía completamente gris. Su ausencia dejaba un vacío palpable, una especie de hueco en su día a día que ningún café caliente o conversación trivial podían llenar. Una semana, eso le bastó para dejarla vuelta un trapo, joder.

En la oficina, el ambiente era siempre tenso, pero estos días se sentían como una carga insoportable. Su lugar de labor se había convertido en un campo de batalla, una competencia constante impulsada por un jefe que parecía disfrutar llenándola de trabajo.

¿Cómo se suponía que sentiría entusiasmo en la rutina después de haber visto su vida transformarse en una subida excitante solo para caer en una bajada desmoralizadora?

Su casa, que una vez había sido su refugio, estaba invadida por la rudeza de Martha y sus comentarios despectivos sobre su "novio imaginario". No esperaba con ansias volver, como no fuese para encerrarse en su habitación, y esta tenía recuerdos agridulces. De sus manos, su boca y su polla en ella.

Una voz rompió la bruma que la distraía:

—Adele... Adele, ¿me escuchas?

La voz de su compañero la sacó de su ensimismamiento. Sus ojos pestañearon varias veces antes de enfocar la mirada en él. Era Tim, un colega amable y siempre atento, que la miraba con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—¿Qué? Oh, lo siento... Me distraje. ¿Qué decías? —respondió Adele, con una sonrisa desmayada que intentaba ocultar el abismo en el que se encontraba.

Tim intercambió una mirada con Sarah, que la miraba como evaluándola desde su sitio junto a la cafetera. Había un gesto en su mirada que no pasó desapercibido para Adele: compasión. Odiaba esa mirada. La hacía sentir aún más pequeña, más expuesta.

—Solo te preguntaba si estabas bien. Te ves muy cansada. Sabemos que te exigen demasiado, y deberías ser más firme al respecto.

Adele se encogió de hombros, un gesto que buscó restarle importancia a la situación, pero que en realidad era un reflejo de su impotencia.

—Estoy bien. Solo... ha sido una semana difícil. Pero no te preocupes, de verdad.

Era una respuesta automática, una que había perfeccionado con el tiempo. No tenía sentido entrar en detalles, ¿qué podría decir? ¿Que su corazón estaba roto? ¿Que había confiado en alguien que la había dejado sin una excusa o adiós?

La situación era lo que era, y no había nada que pudiera hacer al respecto, salvo renunciar. Lo que la dejaría sin opciones. Sin dinero. Sin seguridad.

Sarah la miró durante unos segundos más, como si estuviera evaluando si insistir o no. Finalmente, suspiró y le dio un leve golpecito en el hombro, un gesto de apoyo antes de retirarse para volver a su propio trabajo.

Adele observó cómo se alejaba, sintiendo una punzada de culpa por no haber sido más sincera. Pero, ¿qué sentido tenía? La pena era suya, un lastre que debía cargar sola.

Con pesadez, se dirigió de nuevo a su cubículo, hundiéndose en su silla mientras se obligaba a retomar la rutina de supervisar estados contables. La pantalla de su ordenador era un reflejo de la monotonía que la rodeaba.

Los números y los informes se sucedían sin descanso, en una danza interminable que le resultaba agotadora.

Estaba tan inmersa que no notó el leve crujido de la puerta al abrirse. No fue hasta que su jefe apareció en su campo de visión que se dio cuenta de su presencia. Llevaba dos carpetas en la mano, y su expresión era la habitual mezcla de prisa e indiferencia.

Adele sintió un nudo formarse en su estómago. Sabía lo que eso significaba: más trabajo, más horas frente a la pantalla, menos tiempo para procesar lo que estaba viviendo.

—Quiero que diligencies los pasos finales de estos casos—dijo su jefe, dejando caer las carpetas sobre su escritorio sin más ceremonia.

Su mirada rápida detectó el nombre de su colega en las mismas, y su ceño se frunció con levedad, fastidiada. Estos eran casos asignados del otro forense contable.

—Pero estos casos son de Smith, ¿no? —preguntó, alzando la vista hacia su jefe, esperando alguna explicación razonable.

Este la miró con la misma indiferencia con la que había dejado las carpetas en su mesa.

—Smith está en un trabajo de campo —respondió de manera cortante, sin dar espacio para objeciones.

Adele asintió en silencio, resignada. No había manera de escapar de la montaña de trabajo que se avecinaba. Su jefe se marchó sin decir una palabra más, dejándola sola con su carga.

Pasó un rato sumida en los números y los detalles fríos de sus documentos, que iba a solventar primero, como correspondía. Era difícil trabajar con los intrusivos pensamientos que no dejaban de rondar su mente.

Hizo una de las pausas activas a las que se obligaba, extendió sus brazos y tronó su cuello. En un impulso tomó su teléfono móvil. Sus dedos se movieron por inercia, buscando el chat del que desesperadamente esperaba un mensaje.

Habían pasado dos semana sin noticias de Deaglan, y aunque entendía que era factible que no sabría nada más de él, la esperanza persistía. *No puede haberme dejado así, sin una despedida, sin una advertencia.*

El teléfono permanecía silencioso, una pantalla negra que parecía burlarse de ella con su indiferencia. Adele lo dejó a un lado, su respiración se volvió entrecortada mientras luchaba contra las lágrimas que amenazaban con brotar. *¿Lo había leído tan mal? Eso parecía.*

Deaglan era un millonario en busca de experiencias nuevas, de diversión a costa de una mujer común y corriente como ella. Al menos, así era como se sentía en ese momento. No podía evitar que su mente repasara una y otra vez cada encuentro, cada mirada, cada palabra que él le había dicho.

La amargura crecía, pero también lo hacía la tristeza, una profunda que parecía hundirla en una oscuridad que no lograba disipar. Adele permaneció quieta durante varios minutos, intentando recuperar el control de sus emociones.

Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de calmarse. No podía permitirse el derrumbarse, no aquí, no ahora. Tenía trabajo por hacer, responsabilidades que cumplir, aunque su corazón estuviera en pedazos.

Abrió los ojos y se obligó a centrarse en las carpetas frente a ella, repasándolas rápidamente en busca de las formalidades que Smith debió incorporar al final: firmas, sellos, porque de no constar, el trámite de salida se postergaría más, y el jefe cargaría la culpa en ella. *El hilo siempre se rompe por el lado más fino*, pensó.

Cuando tomó la carpeta más gruesa dispuesta a comenzar la revisión detallada, lo vio. La fotografía y el nombre del CEO de la empresa en cuestión: Davagh Corporation. Declan O'Malley.

El mundo se detuvo, sus ojos desmesurados y el corazón cabalgando en su tórax. El documento temblaba en sus manos mientras su mente luchaba por procesar lo que acababa de descubrir.

Deaglan. Declan. Un escalofrío recorrió su columna vertebral mientras el aire parecía volverse irrespirable. No podía ser. Esto... No podía pensar.

Necesitaba salir de allí, necesitaba tiempo para entender qué significaba esto. Se levantó como impelida por un resorte y se dirigió al baño, apenas consciente de los pasos que daba.

Cerró la puerta detrás de sí y se refugió en uno de los cubículos, sentada sobre la tapa del inodoro y con las piernas recogidas contra el pecho. Cerró los ojos, intentando calmar la tormenta que se había desatado en su interior.

Deaglan... Declan se le había acercado cuando su situación estaba siendo investigada por el FBI, por su oficina. *¿Sabía quién era yo desde el principio? ¿Sabía dónde trabajaba? ¿Era todo esto parte de un plan?*

Pero... ella no tenía que ver con su caso. Joder, ni idea había tenido de este hasta que la carpeta llegó a sus manos hoy. Repasó su memoria con cuidado, cómo se habían conocido, de qué habían hablado. Martha lo trajo a ella.

¿Se había mostrado interesado en su trabajo? No, nunca. Todo había comenzado de manera casual, o al menos eso creía. ¿Podía haber algo más detrás de todo esto?

¿Existen casualidades tan grandes? La pregunta flotó en su mente como un eco, incapaz de encontrar una respuesta que la tranquilizara. ¿Qué podría haber querido de ella?

Si hubiese tenido algún interés oculto, habría esperado a enamorarla antes de revelarlo, ¿no? Y sin embargo, se fue sin más. No, esto no podía ser más que una coincidencia. Y sin embargo, la duda persistía, envenenando sus pensamientos.

Una voz malévola surgió en su mente, susurrándole ideas tentadoras: *Podrías hacerle la vida difícil por bastardo. Podrías demorar el trámite, darle largas, hacerlo sufrir.*

Por un breve instante, saboreó la venganza. Pero luego, suspiró, dejando ir esa oscura tentación. Se levantó, decidida a hacer su trabajo como debía. Declan nunca sabría que ella le facilitaría el acceso a su empresa, pero así sería.

Le daría tratamiento de trámite urgente. Declan la había tratado con caballerosidad y habilidad, salvo al final. Pero eso no cambiaba lo que ella debía hacer

En su puesto una vez más, los nombres y los números comenzaron a cobrar sentido por pura disciplina, aunque le costó mucho más esfuerzo de lo habitual concentrarse en los detalles.

Su mente, a pesar de todos sus intentos, seguía vagando hacia ese lugar oscuro, hacia la figura de Deaglan, hacia la incertidumbre de no saber. El resto del día transcurrió con lentitud, cada hora se sintió interminable.

Cuando llegó el fin de la jornada, se sentía agotada tanto a nivel físico como emocional. Recogió sus cosas en silencio, evitando la mirada de sus colegas y se dirigió a la puerta con pasos pesados.

Afuera, la ciudad seguía su curso, con el bullicio habitual de la gente que regresaba a casa después de un largo día. El aire fresco de la tarde la envolvió al salir, pero no logró despejar su mente.

Adele se dirigió hacia su coche. La idea de volver a su casa vacía y enfrentarse a otra noche de soledad la asfixiaba. Mientras conducía, sus pensamientos regresaron al punto de obsesión, una vez más. No podía evitarlo.

A pesar del dolor, lo echaba de menos, con desesperación. Su corazón se resistía a dejarlo ir.

Al llegar a casa se dejó caer en el sofá sin siquiera encender las luces. Agradeció que su prima no estuviera. El silencio de la habitación era casi ensordecedor, pero Adele no hizo nada por romperlo.

Se quedó allí, en la oscuridad, permitiendo que las lágrimas que había contenido durante el día brotaran. No podía seguir negando lo que sentía. Estaba rota, y la única persona que podría ayudarla a recomponerse era la misma que la había dejado en este estado.

Agotada por la intensidad de sus emociones, Adele se quedó dormida en el sofá, sus

pensamientos aun vagando, esperando, tal vez, que al despertar esto hubiera sido un mal sueño, y que él volvería a ella, con esa sonrisa que hacía que lo demás desapareciera. Pero, en el fondo, sabía que la realidad rara vez era tan indulgente.

DIECISIETE.

El ambiente en el VIP del exclusivo club en Boston era vibrante, lleno de risas y camaradería. Los O'Malley no escatimaban cuando se trataba de celebraciones, y el cumpleaños de Aidan, el mayor de sus primos, era la excusa perfecta para un derroche de lujo y diversión.

Aidan había llegado desde la costa Oeste con su familia: su esposa Avery Turner y sus hijos, además de su hermana Brianna con su esposo Hawk, y sus retoños. La reunión de los primos a los que se sumaban algunos miembros del staff de Piper Seguridad, prometía ser una noche de alegría.

El sitio estaba adornado con luces tenues y música suave, creando un ambiente de exclusividad que contrastaba con la energía efervescente del grupo. Los camareros se movían con gracia entre los invitados, sirviendo whiskey y champaña con una destreza que hablaba de su experiencia en atender a la élite.

Las voces de los hombres llenaban el espacio, una mezcla de bromas y conversaciones mientras recordaban viejas historias y se echaban en cara las pocas horas de permiso que sus esposas les habían concedido.

Cillian, siempre el bromista, no podía dejar pasar la oportunidad de molestar a su cuñado Hawk, el grandote y callado guardaespaldas que se había casado con Brianna, la prima de los O'Malley.

—Vamos, Hawk, ¿cómo conseguiste que Brianna te soltara la correa esta noche? —dijo Cillian, guiñándole un ojo mientras los demás se reían con complicidad.

Hawk, como era su costumbre, se limitó a elevar una ceja y sonreír con un gesto de resignación, un movimiento casi imperceptible que decía mucho sin necesidad de palabras.

—Le prometí que estaría de vuelta antes de la medianoche. Sabes cómo es, no le gusta que me ausente por mucho tiempo —respondió con su tono bajo y calmado.

Las risas se extendieron por el grupo, pero Declan, aunque esbozó una sonrisa, lo hizo sin alegría. Sentado en un rincón del sofá de cuero, su mirada fija en el vaso que sostenía, su mente estaba en otro lugar, lejos del bullicio de la fiesta.

Mientras los demás conversaban y se echaban pullas, la mirada de Declan se perdió en el líquido ámbar, girando el vaso en su mano como si pudiera encontrar respuestas en el remolino que se formaba en su interior.

La música y las voces se mezclaban en un murmullo distante, casi imperceptible, mientras su mente volvía, una y otra vez, a la imagen de Adele. Desde que había regresado de Washington, ella tenía de rehén a sus pensamientos. No lo podía controlar, perturbando la calma que tanto se había esforzado en mantener.

No tenía que elevar su mirada para saber que Brady lo observaba desde el otro lado de

la sala, su mirada penetrante y preocupada. Conocía bien a Declan, mejor que nadie, y tenía claro que algo lo perturbaba desde hacía semanas.

Se lo había preguntado varias veces:

¿Qué te tiene tan ensimismado? Estás cambiado, más hosco, y eso es decir, considerando que no eres fácil de tratar. Estás... volátil.

¿No lograste tu objetivo? Davagh está casi en tus manos otra vez. ¿Qué tienes?

No podía decirle que estaba atormentado. Esa dramática palabra no estaba lejos de lo que sentía, mal que le pesara.

Declan levantó la vista justo cuando su hermano venía hasta él. Se sentó a su lado, inclinándose para no ser escuchado por los demás. El cuero del sofá crujió bajo su peso, un sonido que pasó desapercibido entre las risas y las copas que se chocaban al brindar.

—¿Qué cojones te pasa, Declan? —le preguntó en voz baja, pero con una firmeza que no admitía evasivas—. Has cambiado, no eres el mismo desde que volviste de Washington. ¿Tiene algo que ver con esa mujer, la contable? Me he roto la cabeza pensando, e increíble como parece, es lo único que encuentro como causa.

Declan bajó la mirada y bebió un sorbo de su whiskey, comprando tiempo. El alcohol se deslizó por su garganta. ¿Qué decir? ¿Que no lograba abstraerse de la inquietud que lo perseguía desde que había dejado atrás la capital?

No era algo que quisiera admitir, pero lo cierto era que Brady tenía razón. No había podido exorcizar a Adele Lively de sus sueños y pensamientos. Ella era una presencia recurrente en su cerebro.

Obsesión, esto tenía. Hasta llegó al colmo de buscarla en las redes sociales, como el mendigo que busca un mendrugo, en su caso, verla, saber de ella. Y con cada foto que miraba, su necesidad de volver a verla retornaba, el deseo se exaltaba, y la culpa se hacía presente. Todo muy confuso, en realidad.

No respondió a Brady, que resopló. Aidan se acercó justo entonces, y le asestó una palmada en la espalda.

—Ey, Declan —le dijo, tomando asiento junto a él, su voz animada y llena de la energía que caracterizaba sus reuniones familiares—. ¿Cómo va todo con Davagh? Escuché que recuperaste el acceso y la habilitación para funcionar. ¡Felicidades!

Declan asintió, dejando de lado su distracción por un momento para enfocarse en la conversación. Aidan siempre había sido uno de los más interesados en los negocios familiares, y su apoyo había sido incondicional durante los momentos más oscuros.

—Gracias, Aidan. La verdad, fue más rápido de lo que esperaba.

Había creído que tomaría algún par de meses más, pero se había dilucidado en cuestión de semanas. Lo habría adjudicado a eficiencia y suerte, de no ser porque Louie le hizo notar que

la firma de Adele aparecía estampada en los documentos. Al parecer ella fue la encargada del expediente en su tramo final. No se lo esperaba, y lo hizo sentir más culpable.

La convicción de que Adele le había facilitado los trámites, a pesar de sentirse traicionada, lo abrumaba. Ella no había usado el poder que tuvo en sus manos para resarcirse, o cobrarse el dolor que le debió provocar.

De otros, podría haber esperado chantaje, complicaciones y demoras, justa revancha por otro lado. Empero, ella no había exigido nada, solo hubo silencio y ayuda. Y eso lo hacía todo más brutal; Declan reafirmó lo cruel de su accionar, y lo especial y única de Adele.

El recuerdo de su última conversación, la convicción del dolor que debió sentir cuando se dio cuenta de la verdad, lo golpeó con una fuerza renovada. ¿Cómo había podido dejar que las cosas llegaran tan lejos?

Se había prometido que no permitiría que nadie más se viera afectado por su pasado, pero con Adele, había fallado. Ella, en lugar de vengarse, había tomado el camino de ayudarlo. Esa simple acción había roto algo en él, una coraza que había construido durante años, y que se desmoronó poco a poco.

Retomando la conversación, Declan compartió a Aidan y al silencioso Brady, que lo evaluaba, sus planes de ampliar las inversiones y de ejecutar una competencia agresiva para recuperar los clientes perdidos.

Aidan lo escuchó con atención, asintiendo de vez en cuando y haciendo preguntas que demostraban su interés genuino.

—Parece que tienes una buena estrategia en marcha —dijo Aidan, su tono de voz serio, pero con una sonrisa que denotaba su confianza en Declan—. Y me complace ver que, como nosotros, han logrado hacerse un lugar sin recurrir a la ayuda de la familia—elevó sus cejas, en alusión a la pata mafiosa que aún estaba conectada a Declan y Brady, su familia materna.

Declan asintió. El apoyo de sus primos y de la familia de su madre en su decisión de apartarse del crimen organizado habían sido baluartes, pero no había sido un camino fácil.

—Ustedes han sido un pilar para nosotros.

Orgullosa como era, no era vano o desagradecida, y tanto él como Brady tenían una deuda con sus primos.

—Estoy seguro de que mis cuñados los Turner estarían interesados en tu visión. Liam y Ryker, en especial, se han quejado más de una vez de situaciones que Davagh podría solucionar. ¿Te interesaría presentarles tus ideas?

Declan elevó una ceja y asintió sin dudar. Los Turner eran una de las fortunas más grandes de Estados Unidos y tenían sus tentáculos en negocios variados. Esto impulsaría a Davagh.

—Estaría encantado. Haz que suceda, Aidan, y llegaré allí como una tromba.

-Lo haré. Liam es super ejecutivo, te aseguro que la semana próxima estaré concretando una reunión. ¿Cómo está tu agenda?

—Despejada—dijo, sin dudar.

Una reunión así era maná del cielo. Además, lo llevaría a la costa Oeste, y con ello... Más cerca de Adele. De Los Ángeles a Washington en un jet era una distancia muy corta. La oportunidad se presentaba sola.

La posibilidad de verla una vez más, de explicarle la situación en persona, comenzó a tomar fuerza en su mente. Quería cerrar ese capítulo. Ganar algo de paz mental, se dijo. Pedirle perdón. Y verla, repitió su cabeza obcecada.

Brady, que había estado escuchando la conversación en silencio, se inclinó hacia Declan, su voz apenas un susurro para no interrumpir a los demás.

—¿Vas a ver a esa mujer, verdad? —le preguntó en tono bajo, pero cargado de preocupación—. Louie me contó todo. ¿Qué piensas hacer? No compliques las cosas.

Declan suspiró, reconociendo que no tenía sentido ocultar sus intenciones. Sabía que Brady estaba en lo cierto, que debía ser cauteloso, pero no podía ignorar lo que sentía. No después de lo que había pasado.

—Tal vez. Dejé cosas pendientes allá, y necesito cerrarlas.

Brady asintió lento, su mirada una mezcla de incompreensión y advertencia. Le conocía, o al menos al Declan que había sido hasta hacía dos meses atrás. Declan no era de los que se dejaban llevar por las emociones.

—Ten cuidado, Declan. No eres bueno manejando tus emociones, por eso las entierras tan hondo. Eso hace que seas aún peor gestionando las ajenas. No hagas daño pretendiendo reparar lo que sea que hayas provocado en esa mujer.

Declan sonrió, sabiendo que el comentario de Brady venía desde el cariño. Su hermano menor siempre había sido más empático, más conectado con sus sentimientos, mientras que él había aprendido a endurecerse, a blindarse contra el dolor. Pero hoy, sentía que esa coraza estaba agrietada.

—Lo sé, Brady. Lo sé —respondió, apretando el hombro de su hermano en un gesto de agradecimiento—. Pero necesito intentarlo, al menos. Ella merece una explicación, y espero tener el valor de dársela.

Había una mezcla de tristeza y resignación en Brady, sus ojos reflejando la preocupación que sentía por su hermano mayor.

—Quiero que seas feliz, Declan —dijo Brady, su tono cargado de una sinceridad que caló hondo en Declan—, pero no quiero verte destruirte en el proceso. Si ella es la indicada, si crees que hay algo entre ustedes, entonces ve, habla con ella. Solo asegúrate de que es lo que realmente quieres, y no algo que estás persiguiendo para aliviar tu conciencia.

Declan asintió, las palabras de su hermano resonando en su mente mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Brady tenía razón. No podía cometer errores; había demasiado en juego. Pero no podía seguir adelante con su vida sin intentar arreglar las cosas con Adele. Se lo debía, y también a sí mismo.

—Lo haré, Brady. Pero no te preocupes, sé lo que hago.

Brady soltó un suspiro, aún escéptico, pero su silencio pareció decir que confiaba en el juicio de Declan. No era poco, sabiendo que los asuntos del corazón eran un territorio desconocido para él, uno donde no podía simplemente planificar y controlar cada detalle.

—Espero que sí, hermano. Solo no olvides que, a veces, lo que creemos querer no es lo que necesitamos.

Declan miró a Brady, reconociendo la sabiduría en sus palabras. A lo largo de los años, había aprendido a confiar en el instinto de su hermano menor, y aunque le costaba admitirlo, sabía que en este caso, podría tener razón. Mas para encontrar la paz Declan necesitaba ir a Adele. Ahora que su mente había encontrado un movimiento, la expectativa lo llenó.

Mientras la conversación se desvanecía, el bullicio del salón volvió a imponerse. Aidan levantó una copa, su voz retumbando sobre el grupo mientras proponía un brindis por el cumpleaños, por la familia y por los desafíos superados.

Declan levantó su vaso, y su mente seguía atrapada en el torbellino de emociones que había provocado la mención de Adele. La noche estaba lejos de terminar, pero para él, la verdadera batalla se libraría en otro lugar, uno que tenía mucho más que ver con su corazón que con el club en el que se encontraba.

DIECIOCHO.

Cuando el mundo pareció volverse un lugar más oscuro del previsto, y a sus sentimientos de abandono se unieron los de traición, y su casa dejó de ser el refugio inveterado, Adele decidió tomarse un tiempo para sí misma, escapando a la tranquila playa de Carmel-by-the-Sea, en California.

No había tenido vacaciones en dos años y alejarse de los sitios testigos de su derrumbe eran la solución, pensó su cabeza. Así que había llegado a este pequeño ícono turístico famoso por su ambiente relajado. El encantador pueblo costero resultó ser el lugar perfecto para desconectar.

Había llegado hacía una semana buscando poner distancia entre ella y la vida que había dejado atrás. Huyendo, mejor expresado. Cuando a las ruinas se había sumado la situación insostenible con Martha, con la que tuvo una pelea monumental, el vaso de su paciencia se había colmado.

Monótono, agobiante, sin color, así era Washington hoy día para ella, y tenía que recuperar control de sus emociones y ajustar estas a la realidad. No ganaba nada con pelear contra ellas. Debía abrazarlas, calmarlas, y darse nuevas metas.

Así que aquí estaba, tendida en la arena dejando que el sol cálido acariciara su piel y la brisa fresca templara su rostro. El sonido del océano la envolvía como un suave murmullo.

Acababa de salir del agua, las gotas de agua corriendo por su escote y su cabello. Este estaba semi sujeto. Dejó que sus dedos tomaran contacto con la arena, y lo mismo los dedos de sus pies, disfrutando de la sedosa sensación, con los ojos cerrados.

Era un momento de paz, una tregua en medio del caos emocional en el que estaba sumida. La luminosidad, el cielo tan azul, el ir y venir del agua, ponían coto a su mente y a los pensamientos infaustos que la acosaban. Por breves y preciosos instantes logró dejar su cabeza en blanco y, sin darse cuenta, se quedó dormida bajo el sol.

De repente, se sobresaltó. Un sonido familiar había traspasado la duermevela. Una voz, llamándola por su nombre, la sacó de su ensueño. Confundida, se incorporó, parpadeando para aclarar su vista.

Nada la preparó para lo que tenía enfrente, de pie sobre la arena. Deaglan... ¿Cómo...? Sacudió su cabeza, pero allí siguió, sus poderosas piernas abiertas y embutidas en un bañador, su pecho poderoso visible por los botones desprendidos de la camisa liviana. Y esos ojos grises que la escrutaban.

Adele sintió su boca seca, y en lo que pudo pensar fue en lo bien que se veía. Esto llevó a que sonoras alarmas estallaran en su mente, y entrecerró sus ojos. ¿Qué hacía él aquí?

Era imposible que fuese una casualidad. Sacudió la cabeza, intentando despejar la

confusión, y se quitó los lentes de sol para asegurarse de que no estaba soñando.

—¿Deaglan? —murmuró, su incredulidad palpable en cada sílaba, y entonces se corrigió, envarándose—. Declan.

—Adele—susurró él, una sonrisa ladeada en sus labios mientras repetía su nombre—. Adele.

El sonido de su nombre en su boca, esa que tanto había adorado besar, la descolocó. No podía despegar la vista de su rostro atractivo, que la observaba con una expresión insondable. Él volvió a pronunciar su nombre, sacándola de su trance momentáneo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente, y la incredulidad y confusión se notaron en su voz.

Declan le sonrió y se agachó, apenas a un metro suyo. Ella se incorporó rápido y se alejó, y la mirada de él, devorándola de pies a cabeza, le recordó que estaba con su bañador. bañador.

Por un instante una pequeña luz de esperanza se encendió al ver el deseo patente en sus ojos, pero rápidamente la aplastó. ¿Qué era el deseo sino una llama efímera? La rabia la hizo encajar sus dientes y apretar sus manos.

—Estoy en California por negocios —dijo él, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Vas a muchos lados por negocios —replicó ella con un dejo de ironía.

Declan asintió y luego, con un tono más serio, agregó:

—Te busqué en Washington, pero ya te habías ido. Martha me dijo que te habías tomado un tiempo. En un tono muy colorido. Esa mujer no te hace bien, deberías...

Adele lo miró con los ojos entrecerrados, sin poder creer que él estuviera hablando de Martha, la misma persona con la que había discutido antes de partir.

—No tienes derecho a meterte en mi vida, Declan —le espetó, la irritación evidente en su voz—. No eres nadie para darme consejos.

Él asintió, como aceptando su reproche.

—Lo sé, lo sé—él resopló, y se incorporó, y su altura y potencia física se hizo más clara—. Tenía que verte. Supe por tu prima que habías viajado, y te busqué.

Adele cruzó los brazos, intentando protegerse de la invasión de emociones que él había traído consigo. Unas que no quería atravesar, no otra vez, joder.

—Estados Unidos es un país grande. California lo es. ¿Cómo...? —replicó, desconfiando de cómo la había encontrado.

—Lo sé —dijo él con calma—. Pero...—él carraspeó—. No tiene sentido mentir, y me dije que no lo haré más. Accedí a tu contraseña e hice que rastrearan tu móvil para ubicar tu posición.

Adele abrió y cerró su boca, impactada por la confesión. Esto parecía sacado de una película, de un libro. Joder, ella sabía que eso existía, trabajaba en el FBI, aunque no en la parte de investigación. Pero que él usara esas estrategias para ubicarla... Era de locos.

Su mente empezó a repasar lo que había sospechado durante días. Él había ido a ella en busca de algo concreto, y había sido jodidamente bueno, porque todavía no entendía qué.

—Aquel primer encuentro en el club no fue casual—sentenció.

—No lo fue—contestó.

—Buscaba algo... Pero, ¿qué?

—Información. Y la obtuve.

—Nunca... Yo no hablé de nada. ¡Yo no sabía nada de ti!

—No. Pero tienes acceso a la red. Y eso logré.

Parecía tan quirúrgico, frío. Sin emociones. Sus ojos, empero... No estaban vacíos, y su postura tensa, el parpadeo fugaz... No estaba cómodo, y había venido aquí dispuesto a hablar, al parecer.

Como una revelación, a su cabeza vino el recuerdo de una de sus últimas noches juntos. La forma extraña en que se había quedado dormida. Al analizar sus recuerdos, entendió que no había sido solo el vino.

—Tú... ¿Obtuviste mis claves?

—Sí, y mi gente las usó para saber el estado de situación de mi empresa. Nada más.

—Nada menos—susurró ella, incrédula—. Le pusiste algo a mi vino, ¿no es así?

Él asintió, estoico.

—No estoy orgulloso de nada de lo que hice. Me ha carcomido la cabeza, por eso estoy aquí. Adele, yo...

No podía atenderlo. Su mente daba vueltas sobre las revelaciones. El grado de planificación. La premeditación. El uso de su persona. Meneó la cabeza, atónita.

—Eres una basura—susurró.

—No, no lo soy—negó—. Me porté como una contigo, cegado, obnubilado por mi rabia y mi desaliento. Pero no es quien soy de verdad. Por eso estoy aquí, y busco redimirme. Tú...

—¿Qué quieres de mí, Declan? —cortó, sintiendo la opresión en su pecho—. ¿Por qué volver, después de lo que me hiciste pasar? Me dejaste sin una palabra, como si no mereciera una explicación. Pero tienes lo que querías, ¿no estás feliz?

Declan la miró fijamente, su expresión insondable.

—Lamento la manera en que me fui, Adele, así como lo que hice contigo. No todo, no todo—se corrigió, como si importara la disquisición.

—¿Lamentas haberme mentado sobre tu nombre, sobre no saber quién era yo, o en qué trabajaba? ¿O drogarme y seducirme para tener acceso al FBI?

Su voz sonó llena de amargura, un contraste extraño con el entorno a su alrededor, lleno de gente disfrutando de la playa, riendo, surfeando.

—No mentí sobre mi nombre. Deaglan es como mi abuela me llamaba, es la forma irlandesa más pura. Me gusta como suena en tu boca. Y sí, sabía quién eras, tu trabajo, todo lo demás. Pero no te mentí en lo importante, ni fingí cuando estuvimos juntos. Por eso estoy aquí.

Increíble. Este hombre era... *¿Qué mierda quieres de mí?*, quiso gritarle. *¿No fue suficiente con partirme en dos? ¿Vuelves a pisotear mis pedazos?*

Adele apartó la vista, luchando por mantener su compostura.

—No quiero saber nada, Declan. No quiero que me pidas perdón, no quiero que te acerques... ¿Sabes lo que podrías haberme hecho? ¿Lo que pudo pasarme en mi trabajo? Si alguien supiera...

—Nadie lo sabrá. Me aseguré de ello. Solo quería información, estaba desesperado. Davagh era mi vida. Es... —se detuvo, corrigiéndose—. Gracias a ti, me han devuelto la empresa en tiempo récord.

Adele sintió que la ira se apoderaba de ella. Él solo había venido para aliviar su propia culpa. Comenzó a recoger sus cosas, sintiendo las lágrimas amenazando con salir. Tenía que irse.

—Que tengas una buena vida, Declan, no tengo más que decirte.

Declan la observó, viendo la tormenta de emociones en sus ojos, pero sin moverse.

—Adele... por favor, quiero que hablemos.

—No tenemos nada que hablar —replicó ella, su voz quebrándose—. Tomaste lo que necesitabas y te fuiste. Fin de la historia.

—No quiero que sea el fin de la historia —insistió él, su tono lleno de una urgencia que casi la hizo detenerse—. Dame la oportunidad de redimirme, Adele.

Ella se giró, mirándolo una última vez, las lágrimas brillando en sus ojos antes de caminar hacia su coche. Declan la siguió, su expresión atormentada, o al menos conmovida. No le importó. Que se jodiera si su conciencia le remordía.

Adele se metió en su vehículo, cerrando la puerta con fuerza, y arrancó, dejando a Declan de pie en la arena, mirando cómo se alejaba. Condujo a toda velocidad, con el corazón latiendo desbocado en su pecho mientras trataba de entender lo que acababa de suceder.

El sol comenzaba a ponerse, proyectando largas sombras sobre la carretera, pero apenas lo notó. Su mente giraba sin parar, repleta de una vorágine de emociones: ira, traición, confusión y una tristeza abrumadora que le dificultaba respirar.

No podía creer que Declan hubiera aparecido así, de la nada, como si tuviera todo el derecho de invadir su espacio y exigir su atención. La forma en que la había mirado, la intensidad en sus ojos, había reavivado recuerdos que había tratado con tanto esfuerzo de enterrar.

Recuerdos de su tacto, de cómo la había hecho sentir querida, deseada, y, sin embargo, todo estaba contaminado por el conocimiento de sus mentiras. Sus manos apretaban el volante con fuerza mientras navegaba por las sinuosas carreteras costeras, los paisajes de Carmel-by-the-Sea pasando a su lado como un borrón.

Había venido aquí para escapar, para encontrar algo de paz, y ahora sentía que Declan había destrozado ese frágil sentido de calma que había logrado construir. Cuando estacionó en la entrada de la cabaña que había alquilado, soltó un suspiro tembloroso.

La casita pintoresca, con sus paredes cubiertas de hiedra y su jardín floreciente, había sido un refugio, un lugar donde podía esconderse del mundo. Pero ahora este santuario se sentía invadido.

Apagó el motor y se quedó allí, sentada por un momento, mirando al frente. El sonido rítmico del océano chocando con los acantilados aún se oía a lo lejos, un sonido que antes la había calmado, pero que parecía disruptivo.

Tenía que recomponerse. La reaparición de Declan la había descolocado, pero no podía permitir que él volviera a controlarla, no otra vez. Salió del coche y cerró la portezuela con más fuerza de la necesaria, sintiendo cómo el aire fresco de la tarde la envolvía.

Caminó hacia la cabaña, la cabeza con pensamientos contradictorios, y justo antes de entrar, se detuvo. Se giró, mirando hacia la costa. Los recuerdos de los momentos juntos la envolvieron. Habían parecido tan reales, tan llenos de promesas. Él pretendía que sí, ahora, sus frases lo dejaron ver. Falso que era.

Entró en la cabaña, cerrando la puerta tras de sí, y se apoyó en ella, sintiendo el peso de lo que había sucedido caer sobre sus hombros. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo había permitido que alguien como Declan se infiltrara tan profundo en su vida, en su corazón?

Se sentía estúpida, usada, como una pieza en un juego que no había comprendido hasta que fue demasiado tarde. Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a correr por sus mejillas, y no hizo nada por detenerlas.

Había tratado de ser fuerte, de mantener su dignidad frente a Declan, pero en la soledad de este refugio, todo se derrumbaba. Se dejó caer al suelo, abrazándose mientras sollozaba en silencio.

¿Cómo se atrevía a aparecer de nuevo en su vida? ¡Después de todo lo que había pasado, después de cómo la había utilizado! El dolor en su pecho se intensificó al recordar cada mentira, cada promesa rota, cada mirada que había interpretado mal.

Y lo peor era que, a pesar de todo, una parte de ella todavía lo deseaba, todavía anhelaba lo que habían compartido.

—¿Cómo pude ser tan ingenua? —susurró, con la voz quebrada por la emoción—. ¿Cómo pude creer que algo entre nosotros era real?

Su cuerpo temblaba mientras el llanto la consumía, y la desesperanza se apoderaba de ella. Se había convencido de que podría dejar lo vivido con él detrás, que podría seguir, pero la reaparición lo complicaba. Había reabierto heridas que apenas comenzaban a sanar, y se sentía más perdida que nunca.

Después de lo que parecieron horas se levantó del suelo, sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Se dirigió al baño y se miró en el espejo, viendo a una mujer destrozada, una que apenas reconocía. Lavó su rostro con agua fría, tratando de aclarar su mente, pero la sensación de vacío persistía.

No puedes permitir que él te haga sentir pequeña o insuficiente de nuevo. Pero incluso mientras repetía esas palabras en su mente, no pudo evitar que una sombra de duda se apoderara de ella.

¡Qué idiota era! A pesar de lo que había pasado, una parte de ella seguía aferrada a lo que había sentido con él. Y eso, más que cualquier otra cosa, era lo que la asustaba. *Hay vida más allá de Declan O'Malley, Adele. Supéralo. Eres fuerte.*

Él ya debe estar en camino a su hogar, diciéndose que hizo su buena obra del día. Se disculpó con la idiota que sedujo, listo.

Era descorazonador.

DIECINUEVE.

Declan se quedó atrás, observando cómo Adele se alejaba por la playa, sintiendo una punzada inusitada en el pecho. No podía sacarse de la cabeza la imagen de la Adele que vio hoy, tan diferente a la mujer vibrante que había conocido.

La había observado un buen rato antes de acercarse. Sentado en las alturas y a unos cien metros, lentes y sombrero calado hasta las orejas, había luchado con la pulsión de acercarse y la de dejar todo como estaba entre ellos.

En el paradisíaco lugar, ella era una belleza prescindente de su entorno. Había apretado su quijada al notar las miradas de los hombres deteniéndose en su cuerpo, y no tuvo duda alguna de que si ella hubiese sido más consciente de su contexto, más de uno se habría acercado.

Por fortuna para él, Adele estaba encerrada en sí misma. Sí, era un cateto importante, un cabrón, porque sentir alivio de que ella actuara como autómatas no era bueno. Él había puesto esa seriedad en su faz. Su andar pensativo, la falta de sonrisa, la tristeza que parecía emanar de cada poro de su ser.

La preocupación sustituyó a los celos, porque eran eso, sin duda, los que le agobiaron al verla tan hermosa en su bañador. Algo en él se rompió al verla tan apagada. Sus instintos de protección, los que no habían superado a los de su empecinada obsesión por recuperar Davagh, despertaban con fuerza.

Cuando finalmente se acercó a ella y trató de explicarse, la impresión fue aún mayor. La desazón en sus ojos, la rabia contenida en su voz, el agitar de su pecho mientras lanzaba esas palabras duras como cuchillos.

Pero debajo de esa fachada de enojo, había vulnerabilidad, y lo sabía. La forma en que había huido antes de que las lágrimas pudieran escapar de sus ojos vidriosos era la prueba. Se sintió como un bastardo, un gilipollas de primera categoría por haberla puesto en esta situación.

¿Qué demonios había esperado? ¿Que lo recibiera con los brazos abiertos, feliz de verlo después de lo que había pasado? ¿Qué olvidara tan fácilmente cómo la había abandonado sin una palabra, cómo la había usado para conseguir lo que necesitaba?

Había sido un idiota al esperar que su reaparición fuese fluida y no agitara las aguas, confiado tal vez en el carácter dulce de Adele. Pero ella se había revelado fiera y herida, y le enrostró lo que merecía, haciéndole confesar cada una de las mentiras y medias verdades con que la había envuelto.

No la usé en lo que cuenta, se dijo. No a nivel personal. No había existido voluntad de engañarla cuando la había besado y había dormido con ella. Lo hizo porque realmente la deseaba. Con locura.

Podría haber evitado cruzar esa línea, y tal vez habría sido prudente, pero no pudo

resistirlo. Ella lo atrapó desde el principio, entre ellos se gestó una conexión que no podía explicar del todo.

Con Adele se sintió visto, escuchado, y venerado de una manera que nadie había logrado antes. Se le había metido bajo la piel, no podía dejar de pensar en ella. No ocultaba más las verdades que eran evidentes.

Por eso, en cuanto tuvo una excusa, voló a la costa Oeste. Sí, tuvo su reunión con los Turner, como su primo Aidan había prometido, y se lograron acuerdos favorables para Davagh.

Liam y Ryker Turner, eran la cara visible de un imperio que controlaba áreas de la construcción, la seguridad y los transportes, y habían accedido a continuar las conversaciones para una inversión que catapultaría a su empresa.

Era un triunfo, y Brady, su hermano y socio, había suspirado de alivio, más por Declan que por él mismo, estaba seguro. Aun así, Brady no dejó de notar lo distraído que estaba. De hecho, lo dejó atrás con Louie para volar a Washington y enfrentarse a Adele, dispuesto a decirle la verdad.

Grande fue su decepción cuando, en lugar de encontrarla a ella, se topó con su prima, Martha. Aquello había sido una experiencia por demás reveladora. La sorpresa inicial de Martha dio paso a un patético intento de seducción que Declan rechazó de plano.

Cuando exigió saber dónde estaba Adele, Martha fue grosera, diciéndole que la “mosquita muerta” estaba de vacaciones en California, pasándoselo en grande mientras ella, Martha, era echada de la casa.

Declan había visto los bolsos, el desorden en la casa, y supo que Martha había destrozado las cosas de Adele en un ataque de rabia. La ira lo invadió al ver el desastre, y con su rostro más amenazante, le ordenó que lo arreglara todo antes de irse o lo lamentaría.

Vio el miedo en los ojos de Martha, pero no le importó. Sabía que esta casa, aunque venida a menos, era un sitio que Adele adoraba, y se sentiría devastada al encontrarla en ese estado.

No encontrarla lo puso al borde del pánico. En su cabeza, el plan había estado claro: ir a ella con humildad, explicarle, y esperar que lo comprendiera. Pero, al no verla, sintió un vacío que no podía ignorar.

De inmediato había contactado a Louie y le ordenó que rastreara a Adele usando su móvil, cosa que aquel hizo a regañadientes. Brady había estado inquiriendo qué pasaba en un segundo plano, pero Declan no dio cabida a las preguntas. Lo que más le importaba, la prioridad era encontrar a Adele y arreglar las cosas entre ambos.

Así que voló de vuelta a California, y aquí estaba. Se movió por la arena hasta llegar a su coche, encendiéndolo y tomando el camino hacia la cabaña que había alquilado, apenas a dos puertas de la que ocupaba Adele.

El primer contacto había ido peor de lo esperado, pero se lo merecía. Ella se mostró guerrera, intensa, y en cierto modo, eso era sexy y agregaba capas a su metejón. Contradictorio, pero nadie había dicho que él fuera una persona sencilla.

Tenía que dejarla procesar la sorpresa, que masticara su rabia. Esto no había hecho más que comenzar. Mientras conducía por la carretera costera de California, el paisaje que lo rodeaba, hermoso, no lograba desviar sus pensamientos.

Las olas rompiendo contra las rocas, el sol reflejándose en el agua, todo parecía demasiado pacífico en comparación con la tormenta en su interior.

Declan no era de los que se daban por vencidos cuando quería algo. Y en este momento, Adele era el objeto de su obsesión. No entendía bien qué sentía por ella más allá del deseo y de lo bien que se sentía a su lado, pero eso no era un impedimento.

Si ella necesitaba tiempo, atención, disculpas, veneración, lo tendría todo. Él no podía funcionar en su trabajo hasta que esto se solucionara. Ella era el problema más precioso que había tenido nunca, un desafío en el que se enfocaría con determinación.

Estacionó en el complejo vacacional. Este era un lugar de medio precio, prolijo y bien mantenido, aunque las prestaciones dejaban que desear. Declan lo había elegido solo por Adele. Pero era insuficiente, y no estaba pensando en él.

Ella merecía más, mucho más, y se aseguraría de que lo tuviera, incluso si tenía que sobornar a todo el staff del complejo para lograrlo. Declan O'Malley no se rendía. Menos cuando lo que estaba en juego era tan importante, más que cualquier negocio o trato. Estaba decidido a reconquistarla.

Ingresó a la habitación y fue directo al baño, quitándose la ropa con urgencia y procediendo a bañarse. Bajó la cabeza y dejó que el agua semi caliente lo envolviera. Al menos la presión era buena.

Cerró sus ojos y convocó a la imagen de la mujer que lo tenía de cabeza sin saberlo. La estrechez de su cintura y la manera en que sus caderas se bamboleaban. Sus ojos habían estado pegados al cuerpo sexy que las olas agitaban, y deseo poder pasar su lengua por la piel salada.

Su mano fue a su miembro, que se había tensado ante la memoria de la sensual Adele. Los gemidos quebrados cuando la había penetrado allá en Washington, la sensación de desvarío al pujar en ella, una y otra vez, sintiéndose envuelto por el guante que era su coño.

Su polla creció más y el ritmo de la masturbación creció y creció. Separó sus piernas y tomó sus testículos, que apretó, y desparramó el líquido de su excitación, que crecía y crecía.

Su polla sin cortar bailaba al son de los recuerdos de la hermosa arqueada para él, sus senos enhiestos y listos para ser devorados. Era suya, joder, Adele Lively era suya, y la quería debajo, encima, al lado suyo.

Al compás de imágenes vívidas y del frenético acicateo que su mano hacía sobre su

miembro, Declan se corrió con un graznido, su semen tributo para la única que le había traído de rodillas.

Suspiró largo, y se terminó de duchar con agua fría, y con morosidad volvió a la habitación. Se tendió en el lecho, más duro de lo que quisiera, y trazó sus planes, proceso que interrumpió el sonido del móvil.

Elevó sus cejas al notar que quien le llamaba era Scott “Vikingo” Pipen, el líder y dueño de una agencia de seguridad que se especializaba en la protección de ejecutivos, millonarios y estrellas del cine y la música.

De hecho, era quien diligenciaba la seguridad de las empresas de sus primos, nada menos. Pipen era un profesional muy conocido. Un hombre enorme con los rasgos nórdicos heredados de sus abuelos y una reputación de no perder el tiempo con sandeces. Que le llamara era por lo menos extraño.

—Pipen—saludó Declan.

—Buenos días, Declan. Espero no interrumpir algo importante.

—No, para nada.

—Tiempo sin verte.

—Sí, lo que es bueno, considerando que las veces que estuvimos en contacto fue cuando mi vida corría peligro—aclaró—. ¿A qué se debe este llamado?

—Directo al grano, me gusta. ¿Puedo saber dónde estás? Tus primos lo desconocen.

—¿Hay alguna razón por la que debas saberlo?—gruñó.

—Seguridad, simple y llana. Tengo novedades un tanto ingratas.

—Estoy en la costa oeste. ¿Qué novedades son esas?—inquirió, más intrigado y en alerta.

—Es política de mi agencia no dejar cabos sueltos, y suelo pedir que se monitoree a aquellos que fueron un problema para mis clientes. Me ayuda el tener redes amplias. El caso es que una de mis fuentes me dice que tu medio hermano ha estado activo en prisión.

—¿Qué hizo ese bastardo ahora?—gruñó, lívido.

Joder, esa etapa de su vida debía estar cerrada y no generarle problemas. Suspiró. ¿Era demasiado pedir que así fuera?

—Ha contactado a un mercenario, un francotirador que se vende al mejor postor.

—Ese idiota...

—Sí... Se ha jactado hasta el cansancio con su círculo en prisión. Pagarán por lo que le hicieron, eso proclama.

Declan se quedó en silencio por un momento, procesando la información.

—¿Confías en esa fuente?— preguntó, sin dejar que su preocupación se notara en su voz.

—Sí—indicó Pipen, sin más.

—Estás contratado. Quiero que te encargues de la seguridad de Davagh, de Brady. Y me vendría bien tu presencia en California.

La risa alta del gigante le hizo fruncir el ceño.

-Bien, bien.

—No quiero que me molesten. Estoy aquí en una misión, la más importante de mi vida. No quiero que nadie la arruine.

—Me encargaré en persona. Envíame los detalles de tu locación.

El hombrón cortó, y Declan se tiró hacia atrás. Justo lo que necesitaba, alguien respirándole en la nuca mientras se arrastraba para pedir perdón a Adele. *No importa*, sentenció. Nada importaba más que lograr que ella le perdonara. Este problema... Pipen era excelente, lidiaría con él.

VEINTE.

Adele no había esperado volver a ver a Declan. Él había desaparecido y con total intencionalidad, eso le había sido obvio. Con la convicción de esto, habían llegado la tristeza y la rabia. La vida se le hizo cuesta arriba.

No podía pretender que él no había existido, pero pugnó por moverse, por superar sus sentimientos. Por avanzar. Eso la trajo a Carmel-by-the-sea. Y en el instante en que se resignaba, él venía tras ella.

Cuando lo vio en la playa, la sorpresa la dejó paralizada. Era como si el aire mismo se hubiera vuelto pesado, cargado de recuerdos y emociones que prefería mantener a cubierto. ¿Qué hacía aquí?

Una furia sorda había hervido en su interior mientras la arena se pegaba a su piel y el sol abrasaba su espalda. Había intercambiado tensas palabras con él, pero el simple hecho de escuchar su voz hizo que la rabia y la confusión estallaran dentro de ella.

Cada paso que había dado de regreso a la casa que había alquilado lo sintió como una batalla. Su cuerpo, rígido y tenso, caminó al auto por inercia, mientras su mente luchó por contener una avalancha de pensamientos.

¿Cómo se atrevía? Ella la había pasado mal, muy mal. Había sufrido, se había sentido abandonada, usada, y lo fue, se repetía con amargura mientras la brisa marina azotaba su cabello. Lo fue.

Dentro de la casa, a la vuelta, había cerrado la puerta con un golpe seco y dejó que se las emociones desbordaran. El aire acondicionado contrastaba con el calor del exterior, pero no podía sacudirse la sensación de asfixia.

Luego, se había dirigido al baño y comenzó a despojarse de la ropa con movimientos bruscos, como si quisiera arrancarse de encima todo lo que la conectaba con ese día.

Mientras el agua de la ducha comenzaba a correr, imágenes de lo que había vivido con Declan comenzaron a invadir su mente. Cada detalle, cada palabra, cada gesto... *¿Cómo la había drogado, usando su confianza en él, manipulándola para obtener lo que quería!*

Había usado su clave para hackear el FBI, una acción que podría haberla puesto en serios problemas. *¿Cómo había sido tan ingenua? ¿Qué pretendía apareciendo aquí?*

El agua caliente corría por su piel, pero no lograba calmar la agitación que sentía. Cerró los ojos, pero en lugar de paz, lo que encontró fue un torrente de recuerdos.

Los restaurantes elegantes donde la había llevado, las cenas a la luz de las velas, las palabras dulces que susurraba en su oído, cuidadosamente calculadas para seducirla.

¿Acaso estaba acá para reírse de ella? ¿Podía ser tan psicópata? La posibilidad de haber sido una simple pieza en su juego la llenaba de ira y vergüenza. Odiaba ser crédula, pero...

Se secó la piel con rapidez, como si con la brusca acción pudiera eliminar la suciedad que sentía por dentro. Se puso un vestido liviano, pero sus manos temblaban ligeramente. Desconfianza. Eso era lo que sentía. Se reflejaba en su rostro, en cada movimiento torpe y apresurado.

¿Qué sabía realmente de él? Lo que había leído en esos artículos oscuros y escondidos en foros le venía a la mente: conexiones con la mafia irlandesa, una guerra con su propia familia, vínculos peligrosos que podrían arrastrarla.

¿Es que...? ¿La consideraba un cabo suelto? Un frío la recorrió, y se abrazó las piernas, sintiéndose pequeña, indefensa. ¿Debería contactar al FBI y contarles todo?

Tomó el celular y, sin pensar demasiado, comenzó a escribir a su madre. No quería preocuparla, pero necesitaba una voz de calma en medio de la tormenta.

ADELE: *Mamá, ¡lo vi! Estaba en la playa. Dice que vino a disculparse. No sé qué hacer*

Pulsó enviar, sus dedos temblando sobre la pantalla. La respuesta llegó casi al instante. Su madre siempre estaba allí, aunque no siempre entendía la magnitud de las cosas.

MAMI: *Explícate, cariño? ¿Qué pasó?*

ADELE: *Deaglan. Apareció de la nada. ¡Aquí, mamá! Donde vine a descansar y olvidar todo...*

Hubo un breve silencio digital antes de que las palabras de su madre aparecieran en la pantalla, como un abrazo que intentaba calmarla desde la distancia.

MAMI: *¿Cómo supo dónde estabas?*

Suspiró, y le dio la explicación más obvia. No le había dado todos los detalles de su relación, y no le diría que él la había drogado, o que la hizo ubicar con un hacker. Su madre se pondría frenética.

ADELE: *Martha.*

MAMI: *Esa chica es un problema. Pero dime, ¿qué quiere él? Adele, ¿necesitas que vayamos a ti? Sabes qué es decirle media palabra a tu padre y estaremos ahí. Si necesitas ayuda, solo dilo. Pero recuerda, tú eres fuerte.*

Fuerte. Esa palabra resonó en su mente. En este momento se sentía todo menos eso.

ADELE: *No lo sé, mamá. Me siento... usada. No sé qué quiere, pero... no confío en él. Creo haber sido clara y contundente, de todos modos. Cualquier cosa te aviso, ma.*

La conversación se detuvo cuando escuchó un golpe en la puerta. Adele se tensó, su corazón latía con fuerza en su pecho, pero cuando la voz del otro lado se identificó como servicio al cuarto, se permitió un suspiro de alivio.

Cuando abrió, el empleado portaba un carrito y le hizo saber que venía a reponer los insumos del baño y agregar prestaciones a su estadía. Enarcó las cejas, y clavó su vista en las

toallas, jabones, shampoos y cremas.

Accedió, y él ingresó, trabajando con rapidez y eficiencia, colocando productos de marcas que ella nunca podría permitirse: La Mer, Guerlain, y otros nombres que solo había visto en revistas de lujo.

Adele lo dejó hacer, aún con el celular en la mano, mientras el empleado le pedía autorización para reorganizar la cama y reemplazaba las sábanas con otras suavísimas al tacto. Finalmente, el hombre le sonrió de forma cortés antes de salir de la habitación.

Esto no estaba incluido en la tarifa que pagué, pensó mientras observaba la bata y pijamas de seda que le había dejado en la cama. Un nuevo mensaje de su madre apareció en la pantalla.

MAMI: *Sea lo que sea, Adele, tú decides cómo manejarlo. No tienes que agradar a todos, cariño. Si alguien toma ventaja de ti, que no sea porque tú lo permites. Levanta tu voz, busca ayuda. Estoy orgullosa de ti, cariño.*

Adele leyó las palabras varias veces, buscando la fuerza que su madre intentaba transmitirle. Después de un momento, dejó el celular sobre la mesa y se permitió disfrutar de la suavidad de la bata y las pijamas de seda.

Si esto era un error, no era su responsabilidad corregirlo, decidió, y se dirigió al baño para comenzar a tratarse la piel con los productos que habían dejado. Los olores y texturas lujosos le proporcionaron un pequeño respiro del caos en su mente.

Era fácil perderse en esos pequeños placeres, dejarse envolver por el lujo, pero la realidad no tardaría en golpear de nuevo. Luego, se sumergió en la lectura, eligiendo una novela de romance histórico.

Había dejado de leer romance de mafia desde que su historia con Declan había cobrado otro sentido a la luz de la verdad. Las páginas la atraparon por un rato, alejándola de sus pensamientos, hasta que otro golpe en la puerta la hizo salir de su ensoñación.

Esta vez fue una mujer del staff quien apareció con un carrito lleno de delicias: platos cubiertos, servilletas impecables, cubiertos de plata, y una rosa delicadamente colocada en el centro.

—Es un gesto de cortesía, señorita. Que lo disfrute—dijo la mujer con una sonrisa cálida.

Adele aceptó el gesto con desconcierto. Había café, crema, pastelillos, cookies, donuts, todo dispuesto con exquisitez. Mientras colocaba la mesita en el centro del living, otro golpe en la puerta la sobresaltó. ¿Qué es ahora?

Lo que encontró al abrir la puerta la dejó sin palabras. Deaglan. Ahí estaba él, en toda su imponente presencia. Su cabello oscuro perfectamente peinado, los ojos brillantes y decididos.

Intentó cerrarle la puerta en la cara, pero él fue más rápido, bloqueándola con la mano y

la pierna. La fuerza de su movimiento, la facilidad con la que la detuvo... Todo en él exudaba control y poder.

—Adele, por favor —dijo, su voz profunda y cargada de una gravedad que la hizo estremecer—, necesito explicarme.

Ella tragó saliva, sintiéndose atrapada entre el umbral y su propio temor. Declan dio un paso adelante, sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Me tienes miedo? —preguntó, suavizando el tono.

—¿Debería? —respondió ella, su voz apenas un susurro.

Él dejó escapar un suspiro, su expresión se suavizó, pero sus ojos no perdieron esa intensidad que tanto la perturbaba.

—Jamás te haría daño —dijo con una convicción que hizo que el pecho de Adele se apretara—. Ni a ti ni a nadie. Solo respondo cuando soy atacado, pero esa ya no es mi vida.

—Me dañaste—dijo, bajo, dejando fluir su dolor.

—Lo sé, y me he torturado por ello. Aunque no me creas, estas semanas han sido malas para mí. No he podido dejar de pensar en ti. Me esforcé... Oh, me esforcé, pero no es posible.

Su fragancia, ese aroma que tantas veces había asociado con momentos de intimidad y deseo, la envolvió como un lazo, trayendo de vuelta los recuerdos que había intentado enterrar.

Declan avanzó con pasos seguros hacia la mesita, observando lo que ella ya había comenzado a notar. Todo, desde los productos de lujo hasta el servicio de habitación, había sido orquestado por él. Adele lo miró con una mezcla de incredulidad y rabia.

—¿Pretendes comprarme, Declan? —preguntó, la irritación marcándose en cada palabra.

Él se giró hacia ella, su rostro serio, sus ojos reflejando algo que no podía leer del todo. Había poder en su presencia, sí, pero también una sinceridad que la desarmaba poco a poco.

—No, Adele —respondió con calma, avanzando un paso más, dejando que el espacio entre ambos se redujera—. No quiero comprarte. Quiero tu perdón. Y quiero cuidarte, darte lo que mereces. Nada de esto es para comprarte. Es lo que quiero hacer por ti.

Adele sintió un nudo en la garganta, su corazón latía con fuerza mientras intentaba procesar lo que él decía. ¿Cómo podía confiar en él después de todo lo que había pasado?

Lo miró a los ojos, buscando un rastro de engaño, algo que delatara una segunda intención. Pero lo que vio fue gravedad y una firmeza que no esperaba.

—Lo que merezco es la verdad, Declan. No que me usen o se rían de mí.

Su voz temblaba, pero había fuerza en sus palabras. Ya no estaba dispuesta a ser manipulada. Declan asintió, sus ojos nunca apartándose de los de ella.

—Lo sé. Y no te daré otra cosa que la verdad, Adele. Te lo prometo. —Su tono era bajo, pero lleno de convicción—. Te doy mi palabra.

Esa promesa, tan simple y directa, hizo que Adele sintiera un leve temblor en su interior. Su voz, la forma en que la miraba, hacía que sus defensas comenzaran a resquebrajarse.

Pero no, no podía permitirse ser débil, no otra vez. Y al mismo tiempo, esa promesa era lo que más anhelaba: la verdad.

La tensión en el aire era palpable, el silencio entre ambos cargado de emociones no expresadas. Adele respiró, intentando calmarse, pensar con claridad.

—Declan... —comenzó, pero las palabras se le atoraron en la garganta.

¿Qué podía decirle? Él no dijo nada más. Simplemente la miró, esperando, dándole espacio para decidir, para encontrar sus propias respuestas. Ese simple gesto de respeto, de darle tiempo, significaba más de lo que podía expresar.

Después de lo que pareció una eternidad, Adele asintió. No confiaba en él completamente, no podía. Pero estaba dispuesta a escuchar. Porque, a pesar de todo, algo en su interior no podía dejarlo ir.

VEINTIUNO.

Declan observó a Adele con aparente calma, una no genuina. Estaba aterrado, como no lo había estado antes. Esta oportunidad que acababa de arrancarle era crucial. La posibilidad de seguir viéndola, de volver...

Cada palabra que debía decir valdría como oro, y el miedo a equivocarse le tensó el cuerpo. No podía arruinarlo, no otra vez.

La pelota estaba en su terreno, tenía que demostrar que quería resarcirse, compensarla, y que caminaría sobre sus codos y rodillas si Adele se lo pedía.

Se asombró de pensar esto y no retroceder o preocuparse. Su reticencia para involucrarse con alguien, sus barreras, sus prejuicios y temores, todo voló. Su esperanza estaba en mostrar esa verdad y que ella la creyera. El siguiente movimiento determinaría si le daría una oportunidad o la espalda.

¡Cómo se burlarían Cillian, aquel guardaespaldas, Jack, el esposo de Minerva, el que había sido parte de su custodia, y Hawk o tantos otros a los que había mirado por encima de su nariz, sin poder comprender cómo caían a los pies de sus mujeres!

Eso no importaba. Que se rieran hasta reventar. Él había aprendido que bastaba una, la adecuada, la indicada, para trastabillar. Adele no era una conquista, no era un juego. Era la única persona que le había hecho sentir algo real en mucho tiempo.

Se pasó la mano por el cabello, un gesto automático que traicionó sus nervios. No había estado tan ansioso en años, y por situaciones muy diferentes a la de hoy. Muchos de los que le conocían estarían encantados de verlo en esta posición extraña, una en la que no tenía el control, no si quería lograr su objetivo: volver a estar con Adele.

No tenía más etiquetas que esa para lo que le sucedía con ella. No tenía un nombre para el torrente de emociones que sentía, pero sabía que eran urgente.

Si la perdía, si dejaba que la rabia y la desconfianza de Adele se solidificaran, no habría vuelta atrás. Impelido por esta convicción, comenzó a hablar, despacio, eligiendo cada palabra con cautela.

—Adele... —murmuró, sus ojos clavados en los de ella—. Sé que he cometido errores. Sé que te lastimé. Y por eso estoy aquí, para decirte quién soy, de verdad. Para explicarte desde el principio, sin mentiras ni juegos.

Ella le miró con fijeza, su postura rígida, los brazos cruzados sobre el pecho. Había una desconfianza palpable en sus ojos, pero también... Algo más. Declan no podía precisar si era tristeza, curiosidad o una mezcla de ambas.

—Mi nombre es Declan O'Malley —comenzó, la voz suave pero firme—. Deaglan para la familia de mi madre en Irlanda. Me gusta ese nombre, convoca los momentos más felices de

mi vida. No fueron muchos.

Ella tragó saliva, pero no dijo nada más. Continuó.

—Tengo un hermano, Brady, y dos medios hermanos que están en prisión. Mi padre murió en una guerra entre su facción y la que me defendía... Mi madre... —hizo una pausa, tragando el nudo que se le formó en la garganta, porque ese era un dolor que no podía asumir—, mi madre también. Hace poco descubrí que fue asesinada por mi padre.

Adele parpadeó, y la rigidez de su postura comenzó a ceder. No podía evitar la compasión, a pesar de la rabia acumulada en su contra. Con justa razón.

—Lo siento... —murmuró ella, su voz suave, casi inaudible.

Declan sacudió la cabeza, su mandíbula apretada.

—No quiero tu lástima, Adele. No estoy buscando que sientas pena por mí —respondió, enderezando la espalda, pero sin perder el contacto visual—. Soy fuerte, y lo que viví me hizo así. No busco excusas, quiero que entiendas por qué soy como soy.

Ella asintió, y le observó fijo. Declan creyó ver un aflojar de sus defensas, y se instó a seguir, a ser honesto aunque le doliera. Había alguna de estas verdades que nunca habían dejado su cabeza.

—¿Cómo eres?

—Duro, inflexible, obstinado, ciego cuando algo me importa.

—Y lo que te importa sobre todo es Davagh—sentenció ella, curvando su boca, pero él se apresuró a negar.

—Brady es mi familia, y es prioridad. Davagh es mi creación, mi logro, mi orgullo... Está funcionando, y la he dejado en manos de mi hermano y gerentes, perfeccionista como soy, porque encontré algo que me importa más. Tú, Adele, tú eres... Podrías ser mi prioridad si me permites demostrarlo—indicó con fervor, sus manos yendo adelante, pero luego deteniéndose.

No podía tocarla, por más que era lo que más quería. Oh, si pudiera demostrar con besos y caricias lo que su boca vertía, que no era más que la verdad de su corazón, que en esta aventura de reconquista iba de la mano con su cerebro.

—Me resulta muy difícil creer eso—replicó ella, aunque sus ojos estaban menos duros, y su postura más abierta. Apenas, pero le daba esperanza.

—A pesar de los escollos, siempre luché con uñas y dientes por lo que anhelo. Fundé Davagh, la soñé y construí en contra de lo que mi padre representaba. La capitalicé, la hice importante, y me aseguré de que fuera legal, de que no tuviera manchas. Brady estuvo conmigo todo el tiempo. Somos un equipo, un combo, y él es parte de todo esto. Davagh es mi legado, era mi vida. Por eso cuando parecía que la perdía, necesité certezas, me dejé conducir por la obsesión, y eso me llevó a ti.

Adele asintió.

—Entiendo que es especial para ti —dijo, su tono menos acusador—. Pero uno no puede atropellar al prójimo para obtener lo que quiere. Tú... ¡Me drogaste, Deaglan! ¡Robaste mi información!

Bajó su cabeza, labios apretados, y luego la miró, y asintió. No había manera de justificar eso, y no lo intentó.

—Fui... Fui mi padre por unos días, lo admito con la vergüenza más profunda —admitió él, y su rostro se descompuso—. No me enorgullece. Odié a ese hombre y lo que pretendía de mí como cabeza de la mafia. No quiero escudarme en eso, soy responsable de esas acciones deleznales—se tiró de rodillas ante ella, y tomó sus manos, y ella estaba con los ojos desorbitados. Tal vez por eso no movió sus dedos de los suyos—. Perdóname, Adele. Perdóname, porque yo... Confieso que mi consciencia me remuerde. Necesitaba tener certezas. Perdí el rumbo en mi impaciencia, y por eso hice lo que hice. Pero si mi vergüenza es grande, y me arrepiento de eso... Confieso que no estoy un pelín arrepentido de haber ido a ti. Mi desquicio me llevó a conocerte.

Adele lo miró, sus ojos entrecerrados, la desconfianza volviendo a teñir sus ojos.

—¿Planeaste usarme desde el principio? —acusó, su voz fría.

Declan asintió, su mirada oscura pero honesta.

—Lo hice. Te drogué, robé tu clave y te usé. Y por eso te pido perdón. Sé que no hay excusas, pero estoy aquí, siendo honesto contigo. No me arrepiento de haberte besado, ni del sexo, ni del tiempo que pasamos juntos.

Adele sacudió la cabeza, sus ojos llenándose de lágrimas, y se liberó de sus manos, dándole la espalda.

—Es difícil de creer, Declan. ¿Cómo pretendes que confíe en lo que dices ahora, si no has hecho más que mentirme?

—Porque estoy aquí, disculpándome, persiguiéndote... porque no quiero nada más que paz entre nosotros. —Su voz no perdió la firmeza, incorporándose—. Necesitaba sentir... Y tú me hiciste conmoverme, sentir, Adele. No sé cómo explicarlo, pero estar contigo es lo único que ha sido real en mucho tiempo.

Ella lo observó en silencio, sus emociones un torbellino. La fuerza con la que él hablaba, la desesperación contenida en su voz, le pareció que la hacían vacilar. Quería creerle, quería confiar de nuevo, pero el miedo a ser herida otra vez tenía que ser fuerte.

—Sería ilusa si volviera a confiar en ti —dijo finalmente, su voz temblorosa.

Declan sintió que su corazón se encogía, pero no se rindió.

—No necesito más información del FBI —dijo con vehemencia—. Te lo prometo, y tengo cómo demostrártelo. Louie, Brady, mis primos O'Malley... todos te lo confirmarán. No hay nada que necesite de ti, como no sea tu presencia. Juro que si me lo permites, trabajaré por

reconstruir tu confianza en mí.

Esos ojos expresivos lo miraron, y luego, con un gesto inesperado, colocó su mano en su antebrazo de Declan.

—Me hirió lo que hiciste, Declan —susurró—. Especialmente mi autoestima. ¿Por qué debería creer que no estás aquí solo para usarme otra vez?

Declan cubrió la mano de Adele con la suya, y sus ojos, intensos, se encontraron con los de ella.

—Te lo demostraré, Adele. Te invito a Boston, para que conozcas a mi entorno, a mi familia.

Ella negó con la cabeza, dudando, pero la intensidad de su negación era menor.

—No puedo ir a Boston contigo —dijo, pero su tono no era tan firme como antes.

Declan se inclinó hacia ella, su expresión seria, desesperada.

—Déjame demostrártelo, por favor. Quiero que veas que estoy obsesionado contigo, que estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para ganar tu confianza. Te pido que empecemos de nuevo, que me des una oportunidad para hacerlo bien esta vez.

Adele se quedó en silencio, su mirada perdiéndose en algún punto detrás de él. La batalla interna era visible en su rostro: quería creerle, pero también quería protegerse.

Cuando levantó la vista, sus ojos brillaban con una mezcla de resolución y vulnerabilidad.

—Está bien —dijo con suavidad—. Te daré una oportunidad. Por mí más que por ti—añadió, quedo-. Pero quiero que seas honesto conmigo, Declan. Quiero tu palabra de que, sea lo que sea que decida o sienta, lo respetarás.

Declan asintió, el alivio inundando su rostro.

—Tienes mi palabra, Adele. Haré todo lo posible por ganarme tu confianza de nuevo.

Por primera vez en semanas, Declan sintió que, quizás, había una pequeña luz al final de ese oscuro túnel.

VEINTIDÓS.

Adele miró a su alrededor mientras se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Estaba en el interior del coche, con Declan al volante, y una mezcla de emociones le agitaban el pecho. Una montaña rusa, eso era su vida en los últimos meses, sin mesetas.

La noche anterior había pasado envuelta en un torbellino de pensamientos y dudas, su mente pasando revista a cada palabra, cada gesto de Declan. Estos en especial, habían sido reveladores.

En su tiempo juntos en Washington él no había desplegado las intensas expresiones que le vio anoche. No podía evitar el sentir una leve esperanza, y eso la irritaba. ¿Por qué seguía creyendo en él, a pesar de lo que había sucedido? ¿De lo que le había hecho?

Es inevitable que busquemos perdonar y dar segundas chances a aquellos que queremos, en especial, si creemos en ellos. Y me da la impresión de que tú crees en él porque estás enamorada, Adele, le había dicho su madre.

Había acudido a ella para contarle, necesitada de una voz objetiva, y la frase era acertada. Ella estaba jodidamente enamorada de Deaglan O'Malley.

Eso no quería decir que le haría las cosas fáciles ni se abriría a confiar con ceguera, no. Ella no tenía nada por demostrar. Él sí.

Creía que había empezado bien, porque sonó sincero en su larga explicación. Su relato había sido desgarrador, revelando el drama de una infancia marcada por la violencia y el poder opresivo de un padre criminal.

En el momento en que él dejaba entrever su pasado lo percibió como algo más que el hombre que la había traicionado. Había visto a un niño rico, desgraciado, creciendo en un entorno de oscuridad y control, y comprendió parte de la necesidad de Declan de ejercer poder sobre los demás.

No obstante, a pesar de su sinceridad, ella no podía olvidar cómo la había manipulado, cómo había usado cada truco para seducirla y luego traicionarla.

Sí, hoy él estaba aquí, a su lado, y eso debía significar algo, ¿verdad? Tenía que ser así, se repetía una y otra vez. Dudas, dudas, tantas dudas.

El mensaje de su prima no había ayudado. Martha, con su tono acusador, le había dicho que la casa había quedado vacía, añadiendo reproches e insultos velados por haberla expulsado, dejándola en la calle.

Luego, había mencionado al "loco" que la había amenazado, describiendo a Declan. Necesitaba respuestas, entender qué había sucedido entre ellos, porque Martha era desagradable, pero no se asustaba fácil.

Cuando llegaron al restaurante, Declan, caballeroso, le abrió la portezuela del coche y la

guió hacia el interior. Ella lo siguió, sintiendo la tensión en el aire, una mezcla de nervios y anticipación.

Al entrar, se detuvo, mirando alrededor, alelada por la falta de otros comensales, además de que había una mesa dispuesta al centro. Abrió y cerró la boca cuando se dio cuenta de que el lugar estaba cerrado para ellos.

La mesa para dos estaba dispuesta con elegancia, rodeada por el personal atento y discreto. El ambiente era de lujo absoluto: champagne en la mesa, un menú exquisito esperando ser descubierto.

La guió allí y la instó a sentarse. *Tan guapo*, pensó, pero bajó la vista. No, el camino de vuelta que Declan quería no estaría habilitado porque lo deseaba, porque le encantaba. Debía redimirse.

La atmósfera entre ellos era íntima, y si el diálogo fue formal y cuidadoso al comienzo, pronto se hizo más liviano. Durante la cena, Adele mencionó lo que Martha le había dicho, preguntándole directamente por qué Martha había quedado tan impactada y asustada. Declan, con su tono grave y controlado, le dijo que no dejara que Martha la manipulara.

—Cuando llegué, intentó seducirme, pero lo que me sobrepasó es que la casa era un caos. Rompió tus cosas-indicó, elevando una ceja, su enfado obvio-. Había jarrones destrozados, papeles, la cocina era un desastre. Le dije que debía limpiar y reponer todo. Imaginé lo triste que estarías si volvieras a tu casa y encontraras tu hogar mancillado. Pude ver lo mucho que adoras ese lugar.

Adele parpadeó. Eso era un gesto de consideración que no esperaba. Sí, habría sido amargo volver y encontrar un desastre. Tal vez aún lo sería, porque Martha era de cuidado, pero al menos estaba advertida.

Luego la conversación derivó a la vida de él en Irlanda. Él se abrió más, confesando que había tenido altercados con la ley, la mayoría por peleas. Le habló de su gusto por las carreras de automóviles, explicándole cómo la velocidad y la adrenalina eran formas de canalizar su ira, de dirigirla sin dañar a nadie.

Cuando el diálogo abordó su trabajo, Adele confesó que, aunque disfrutaba de su tarea, sentía que estaba estancada, mencionando la misoginia de su jefe como un factor. Declan, con una mirada pensativa, le preguntó si no había considerado cambiar de aire.

Adele lo pensó por un momento. Lo que la había atado a su trabajo era la comodidad, la seguridad de la casa, el pasado. Y ella nunca había sido de tomar riesgos. Se lo dijo, y él asintió, pensativo.

—¿Considerarías tomar riesgos conmigo? Prometo no defraudarte, y no, no estoy hablando de lo personal. Espero ganarme ese honor con el tiempo. Hablo de lo laboral.

Sus palabras eran serias, su voz baja y cargada de sinceridad. Adele lo miró, luchando

contra la emoción que sentía.

—¿Qué me estás ofreciendo?—buscó aclarar.

—Davagh se extiende a California en los siguientes meses. Acabo de firmar con la corporación Turner. Necesitaré alguien tan valioso como tú en el área contable.

—El nepotismo no es lo mío.

—Esto no es para sumar puntos a mi favor. Tú eres una mujer muy valiosa, una contable de excelencia. No debe ser la primera vez que te ofrecen trabajo.

No lo era, no. Adele adoptó una expresión pensativa, y le dijo que lo consideraría.

—Hazlo, sí. Con relación a lo personal...

—Mira... Esto es muy bonito, me siento agasajada, pero... Necesito tiempo. No puedo simplemente olvidar lo que ocurrió, pasar página. Debo reflexionar, pensar en lo que quiero, en lo que siento.

Declan, aunque desalentado, la escuchó con atención, y asintió. Su expresión se volvió intensa. Adele se puso firme, y su voz no tembló cuando le dijo que lo que quería era alguien que estuviera siempre para ella, que fuera fiel, honesto, y que la dejara ser ella misma.

—Eso es lo que pretendo ser-dijo, intenso, con su vista clavada en ella-. Tendrás ese tiempo, pero no voy a irme, Adele.

Ella asintió, en secreto complacida de que fuera obstinado. Al salir del restaurante, Declan la llevó de regreso al complejo. Cuando ella le pidió que la dejara para pensar, él la sorprendió al decirle que también se estaba quedando allí.

Sin darle tiempo a nada, le dijo:

—Valoro lo que haces, y voy a trabajar para ganar el acceso a ti, Adele. No he dejado de pensar en tu cuerpo, en nuestros cuerpos juntos. Pero voy por más, quiero más.

Se despidió con un beso en su mano, y aunque Adele fingió no estar afectada, su cuerpo temblaba mientras entraba a la cabaña. Lo estaba, y mucho, no solo a nivel de sus emociones.

Estaba excitada. *No he dejado de pensar en nuestros cuerpos juntos*, le dijo él. Como si ella pudiese olvidar la magia que había sido el sexo entre ambos.

Se desvistió, lavó los dientes y limpió su rostro en tiempo récord, y estuvo en la cama con su dildo listo. El falo de silicona era pobre reemplazo de lo que de verdad quería entre sus piernas, pero había sido fiel en estas semanas, terminando la tarea que las fantasías con Deaglan empezaban.

Hoy tenía más insumos en su cabeza, alimentada por la visión del hombre dispuesto a reconquistarla. Eligió una playlist muy romántica y que hablaba de amantes y sábanas mojadas, y sus dedos trabajaron sobre su clítoris, expandiendo calor a sus labios menores y mayores.

Introdujo un dedo hondo, y se abocó a excitarse. Cuando esto se logró sin mayor problema, esparció lubricante para hacer su canal más proclive a aceptar el órgano de silicona,

sin dejar de abusar de su pequeño clítoris.

Su respiración se agitó y su pecho subía y bajaba a medida que el calor y el placer aumentaban. Empujó el dildo muy lento en su interior y lo movió para simular que la follaban, y se imaginó a Deaglan sobre ella, quemándola con sus faros grises, mientras su pecho se rozaba con sus senos.

Cuando estuvo profundo en ella, encendió el aparato, que vibró y la enloqueció, haciendo que los gemidos escaparan, mientras fingía que la follaba Deaglan, y él la hacía suya con palabras cálidas y de adoración.

Se corrió rápido, intenso, pero no llegó a ser la explosión cósmica que había experimentado con él. ¿Cómo podría?

++++

Declan entendía que Adele necesitaba tiempo, y aunque le costaba aceptarlo, estaba dispuesto a dárselo, a costa de su propio bienestar mental y físico. Estar cerca de ella, acompañarla sin poder besarla o tocarla como sus impulsos le dictaban era una tortura.

La sola idea de no poder saciar su deseo por ella lo desolaba, pero se había comprometido a ser paciente, a no presionarla más allá de lo que le permitiera.

Aun así, los recuerdos del día en la playa, la piel dorada por el sol, los hombros y el cuello relucientes por el agua, las largas piernas y esas caderas que lo volvían loco, lo atormentaban.

Pero lo que más lo obsesionaba eran sus labios. Las curvas de su boca, que su lengua humedecía cuando estaba pensando. El rubor que se extendía por sus mejillas cuando la atrapaba mirándolo de reojo... No había parte de ella que no lo enloqueciera.

Sí, le daría tiempo, pero como anunció, no la dejaría sin vigilancia, por supuesto. Por lo tanto, la siguió cuando ella tomó dirección a la playa el día siguiente. La brisa del océano revolvía sus cabellos rojizos, y cuando se sumergió en el agua, sus piernas largas y su torso mojado emergiendo lo enloquecieron.

Pero su excitación dio paso a los celos cuando vio que interactuaba con un hombre que paseaba un perro. Observó con atención, sintiéndose tenso. Aunque ella estaba más concentrada en mimar al perro, el tipo no apartaba los ojos de su figura.

Declan estuvo seguro de que pretendía ligar con ella. Lo alivió ver cómo Adele meneaba la cabeza y se ponía seria, rechazando cualquier intento del cabrón. Esto era tortura, decidió, y no ajeno a usar amenazas contra cualquiera que pretendiese rondarla.

Mientras intentaba calmarse, su teléfono sonó. Era Brady. La conversación se centró en los avances rápidos que habían hecho en la reconquista de clientes, y su hermano no ocultó su

sorpresa por el hecho de que Declan hubiera dejado todo en manos de sus asistentes.

—No es propio de ti, además, estar fuera de tu sillón por tanto tiempo. ¿Cuándo vuelves?—inquirió.

Declan, sentado en la arena con su traje Dolce, fuera de la vista de Adele, suspiró y a regañadientes compartió detalles de lo que había logrado en su ausencia. Aunque trató de sonar profesional, no pudo evitar que su interés por Adele se colara en la conversación.

Brady, siempre perspicaz, lo notó y lo felicitó, aunque con una pizca de ironía. Luego, se puso más serio.

—¿Estás bien, Declan?—le preguntó, preocupado.

Declan dejó escapar una risa seca.

—Esa es una pregunta interesante, hermano. Nunca he sentido este interés en una mujer y en una relación. Es... debilitante.

Brady hizo un sonido de asentimiento.

—Oye, sabes que te apoyo siempre, pero en este caso... Es bueno que ella te haga sufrir un poco por lo que le hiciste. Muestra carácter.

—Cabrón, cómo lo disfrutas—murmuró, y su hermano rio—. Le ofrecí empleo en la futura empresa en California.

—Joder, esto es serio de verdad. ¿Aceptó?

—No, todavía no.

—Sigue trabajando para redimirte, hermano mayor. Todo está bien acá.

Gruñó un saludo, y cuando cortó y elevó su vista, la presencia de Adele lo tomó por sorpresa. Ella estaba observándolo a unos metros, su bolso al hombro y un vestido suelto que el viento jugaba a moldear sobre su figura.

Sus rizos rojizos brillaban bajo el sol, salvajes y libres, y su piel, bronceada, resaltaba en su rostro y escote, haciendo que Declan se quedara sin aliento.

—¿Piensas seguirme hasta que tenga una respuesta para ti?—le preguntó, con una ceja levantada.

Declan se encogió de hombros.

—Estoy aquí por ti, Adele. Así que mientras no te vuelva loca o te asuste, estaré cerca.

Ella se encogió de hombros, y él se sintió aliviado al ver que no parecía enojada. ¿Es un avance, no?, se preguntó, dudando. Casi no se reconocía. Él, que siempre había sido seguro, motivado e implacable, estaba hoy inmerso en dudas y anhelos.

Mientras la veía alejarse, su teléfono volvió a sonar. Era Pipen otra vez. Se puso de inmediato en guardia. No se había comunicado más, salvo para que el gigantón anunciara que viajaría hacia él apenas tuviese más información.

—Uno de los alias del mercenario registró su ingreso al país hace un día—le dijo, sin

mediar saludo, y Declan maldijo, su mente en alerta máxima.

—Blinda Davagh, Pipen. Brady es prioridad. Llámalo y cuéntale.

—En proceso. Viajaré mañana con dos hombres y definiremos cómo nos moveremos. Lo mejor sería que volvieses a Boston, empero. Menos terreno que cubrir, y conocido. O también, contratar a la Agencia Turner. Los jodidos son buenos, si no tanto como los míos-bromeó, aludiendo a los guardaespaldas liderados por Matt Turner.

—No puedo irme hasta solucionar un asunto personal. Y no quiero que Matt lo sepa, Pipen. Eso haría que mis primos Brianna y Aidan se enteraran, y en un periquete, Brian y Cillian estarían metidos en esta mierda. No quiero arrastrarlos a mi desastre, ya lo hice una vez.

Al cortar la llamada, Declan maldijo en voz baja. Su ánimo se oscureció, pero una convicción crecía en su interior: nada le podía pasar a Brady. Y aunque su presencia cerca de Adele la comprometía, no estaba dispuesto a permitir que lo alejaran de lo que quería.

Ya le habían arrebatado demasiado, tanto su padre como su hermano. No más. Tenía el dinero para contratar la seguridad para defenderse, y Pipen y los suyos eran especialistas. Todo saldría bien, tenía que confiar en eso.

VEINTITRÉS.

Adele seguía atrapada en las dudas. La parte más cauta de su mente le advertía que debía ser sensata y alejarse de Declan antes de que él pudiera causarle más daño.

¿Vas a darle una nueva oportunidad para que te seduzca y te engañe?, se preguntaba, con una mezcla de frustración y temor.

Lo más sabio sería decirle que no, que no habría otra chance, y poner fin a esta locura antes de que su corazón saliera más lastimado. Entonces, ¿por qué no podía hacerlo?

Porque Deaglan la desarmaba, y no era solo el atractivo físico feroz que la traía de rodillas y la hacía fantasear con sus cuerpos pegados. Quería creer en él. Su sexto sentido le decía que las palabras y emociones que él decía sentir eran genuinos.

Lo notaba en la manera en que la miraba, en sus palabras, en los gestos que tenía para con ella. Después de todo, la había buscado, había suplicado por una nueva oportunidad.

Un hombre como Declan, acostumbrado a llevarse el mundo por delante, no se disculpaba ante nadie, y sin embargo, aquí estaba, mostrándose vulnerable ante ella.

Mientras se colocaba los aretes frente al espejo, un susurro escapó de sus labios:

—No puedes negar que tu cuerpo extraña sus caricias y besos, a pesar de lo breve que fue su relación, allá en Washington.

Su reflejo le devolvió una mirada confundida entre el deseo y la razón. Le había pedido tiempo, y Deaglan había aceptado, aunque desde entonces no había dejado de seguirla a todas partes como si temiera que huyera y tuviera que correr tras ella de nuevo.

Era persistente, eso tenía que reconocerlo. En la cabeza de Adele no había estado castigarlo o hacerle sufrir en pago de la tristeza y dolor que le había hecho pasar con su desaparición. No. Lo suyo había sido sana necesidad de respetar sus tiempos.

Mas estos cuatro días de pensar no habían arrojado más claridad que la de entender que lo deseaba y quería estar con él, y lo único que la detenía era el temor. Por ello le había aceptado esta cita.

Con un último ajuste, se acomodó el cabello y se observó una vez más en el espejo. Llevaba un vestido de seda rojo, ceñido en la cintura, que caía suavemente hasta encima de las rodillas, con un escote en V que resaltaba su cuello y clavículas.

Los tacones altos que había elegido le daban un toque de elegancia y confianza, aunque su estómago aún se revolvía con la idea de la cena que estaba por venir.

Golpes cortos en la puerta sonaron y su corazón dio un vuelco. Respiró hondo y fue a abrir. La respiración se le cortó. Declan estaba impresionante.

Vestía un traje casual, innegablemente caro: una chaqueta azul marino-entallada, una camisa blanca abierta en el cuello, y pantalones a juego que delineaban sus piernas musculosas.

Su cabello peinado hacia atrás brillaba bajo la luz tenue del pasillo, y sus ojos la miraban con una intensidad que la hacía tambalear. Era increíble cómo la conmovía, y absurdo pensar que le diría que no con facilidad.

Caminaron juntos hasta el restaurante, que no estaba lejos de la posada, tal como él le había dicho. Carmel-by-the-Sea era un poblado pintoresco, con calles empedradas, casas de techos de teja y jardines floridos, que parecían sacados de un cuento de hadas.

El ambiente tranquilo y el suave susurro de las olas en la distancia atraían a turistas de todas partes, buscando un escape de la vida acelerada de las ciudades. Eso la trajo aquí, y se dio cuenta de que era el lugar perfecto para desentrañar esto entre ambos.

Sin la locura de luces, tráfico, urgencias laborales, podía pensar y darse tiempo. A sus ideas y deseos, a verse y reconsiderarse a la luz de su historia trunca, que ahora tenía un nuevo capítulo.

El restaurante al que se dirigían era el Seventh & Dolores, una moderna parrillada que había ganado renombre por su ambiente sofisticado y sus exclusivas carnes del Rancho Niman.

Desde el exterior, el lugar imponía con su diseño contemporáneo, con asientos elegantes en la entrada y una iluminación que creaba una atmósfera cálida y acogedora.

Al entrar fueron recibidos por un equipo de hospitalidad que los condujo a una mesa para dos, ubicada en un rincón íntimo, alejado de la vista de otros comensales. El servicio era atento y discreto.

La conversación durante la cena fue amena y fue desarmando cualquier tensión, lo que ayudó a que Adele se sintiera más relajada. No podía dejar de mirarlo, de estudiar cada una de sus palabras y gestos, buscando señales que pudieran aclarar sus pensamientos de manera definitiva.

Cuando él le preguntó si había considerado darle una nueva oportunidad, ella se tomó su tiempo antes de responder. Se alentó a no ser cobarde, a dar un salto de fe, a darse a sí misma una nueva chance, porque, en verdad, había riesgo, pero estaba demasiado interesada en él como para rechazarlo sin que lo lamentara de por vida.

—Sí—susurró, y la sonrisa de Declan fue amplia y sincera.

Él le tomó la mano y la apretó cuando prometió:

—Valdrá la pena, me juego entero en esto. Me alivia tanto, temía que no creyeras en la verdad de mis palabras. Gracias—le besó la mano, y Adele sintió la tibieza del contacto corriendo por su brazo y llegar hasta su garganta, que se constriñó, emocionada.

—No me decepciones—susurró.

—No más—Luego, su expresión se tornó más seria—. Quiero darte lo mejor de mí, Adele, y lo haré. Lo único que enturbia este momento es una situación que ha surgido en mi entorno, y quiero que la conozcas.

Ella parpadeó y se preparó, confundida, para recibir malas noticias.

—No, no pongas esa cara, no es nada en relación con nuestra relación. Es extra—él resopló—. Una rémora de mi pasado, de mi familia. Si leíste el expediente sabrás que mi medio hermano está en prisión, y fue el responsable del desfalco a Davagh—ella asintió, y él continuó—. Al parecer sus deseos de venganza exceden lo que esperaba. Contrató a un mercenario para eliminarme, y a Brady.

Ella desorbitó sus ojos, sin poder creer lo que escuchaba.

—Eso es... Eso es horrible. ¿Estás en peligro, entonces? ¿Deberíamos estar aquí, en un lugar público?

Miró alrededor, asustada, y él tomó su mano y la apretó con calidez, negando.

—No, tranquila. Quien me hizo saber de esto ya tomó los recaudos para proteger a mi hermano, y a mí. Ya hay hombres posicionados para proteger mi espalda, y la tuya.

Ella parpadeó y abrió su boca en una O enorme, porque la idea de que ella pudiese quedar en el medio de la violencia no se le ocurrió hasta que él lo mencionó. Joder. Joder. Eso era problemático.

—Adele, te lo digo porque quiero que no haya secretos entre nosotros. Yo quiero que esto avance, se profundice, preciosa. No tienes idea...—Deaglan suspiró y se llevó la mano a la nuca, mesándola—. Pero entenderé si no quieres estar conmigo hasta que esto se resuelva.

El miedo estaba ahí, no podía negarlo. Podía volver a su ciudad y trabajo seguro, a su casa, que ahora sin Martha estaría tranquila. Podía estar en paz, sin riesgo. Sin él.

Se quedó en silencio, procesando la información. O podía arriesgarse, y conseguir lo que no tenía y quería. Compañía, sexo, color, amor. Un futuro, si las cosas entre ambos rodaban bien.

Declan la miró con preocupación, pero antes de que pudiera decir algo, ella habló.

—Es tan triste que un hermano haga esto. Ha de dolerte, en el fondo—hizo una pausa—. Creo que puedo arriesgarme si tú me garantizas que me cuidarás y me dirás siempre la verdad, aunque no sea bonita.

Declan parpadeó, desconcertado.

—Nunca he conocido a alguien como tú— murmuró, con una intensidad que la dejó sin aliento—. Nadie, salvo Brady, se ha preocupado por mí de esta manera, ni puso esperanzas en mí. Te cuidaré con mi último aliento, Adele—dijo, su voz grave y cargada de una emoción que la envolvió.

Y ella le creyó. El clima entre ellos era eléctrico, con miradas profundas y pocas palabras necesarias. Ya estaba dicho lo que importaba.

Después de la cena, salieron a caminar bajo los rayos de la luna, descalzos en la arena, de la mano. El viento fresco acariciaba sus rostros, pero el calor entre ellos era palpable. Cuando

se detuvieron, frente a la inmensidad del océano, él la miró con fijeza, y sin previo aviso, la atrajo hacia sí y la besó.

Fue un beso profundo, lleno de promesas y de un deseo contenido por demasiado tiempo. La mano de Declan se posó en su espalda, acercándola más, mientras sus labios exploraban los de ella con una mezcla de urgencia y ternura.

Deaglan besaba como vivía; sin pausas, con pasión, poniendo todo en juego: labios, lengua, dedos, y Adele se entregó al momento, dejando que sus dudas y miedos se disolvieran en el calor de ese beso, sabiendo que, pasara lo que pasara, este y los instantes que disfrutaran juntos valdrían la pena.

Sus bocas estaban sellando promesas que comprometían sus cuerpos, caldeados y restregándose en desenfrenada necesidad de entrega, pero también sus mentes y sus corazones. A diferencia de lo que había pasado en la capital, Deaglan estaba poniendo cada parte de sí en el juego, y Adele lo entendió.

++++

El beso se fue apagando con lentitud, pero Deaglan continuó sosteniéndola con firmeza, envolviéndola en un abrazo que la hizo sentir protegida, segura. Él la dio vuelta en sus brazos entonces y colocó su barbilla en la cabeza de Adele.

Juntos miraron el cielo oscuro tapizado de puntos que parecían brillar con una intensidad nueva, como si el mundo entero hubiese cobrado más vida en ese instante. El mar murmuraba con suavidad, acompañando el latido de sus corazones. Era perfecto. Especial, y Adele sepultó sus dudas.

Con una voz suave y profunda, Declan le habló al oído, su aliento cálido acariciando la concha de su oreja:

—No me he sentido así antes—confesó, su tono cargado de sinceridad—. Tan expuesto, tan atravesado por emociones que no sabía que podía sentir. Ternura... una necesidad casi dolorosa de protegerte, de estar cerca de ti. Y este deseo que me consume...

Adele sintió que su corazón se aceleraba ante sus palabras, pero al mismo tiempo una calma la envolvía, como si esa confesión, ese momento, fuese un refugio en medio de sus dudas. Suspiró, dejándose llevar por la calidez de su voz, y respondió en un susurro:

—Para mí esto es tan bonito, casi increíble. Parece un sueño del que no quiero despertar, no quiero que se pinche como una pompa de agua—Movi6 su cabeza para mirarlo, tan cerca que sus respiraciones se mezclaban—. Somos adultos, Declan—continuó, su tono más firme—. Ya hemos compartido intimidad. No soy una inmadura o pacata que va a dejar de disfrutar del sexo por temor a lo que pueda pasar. Lo que me dolió fue la incertidumbre, el uso, el abandono, y esto

no sucedió en la cama.

Declan la miró con una mezcla de admiración y afecto, sus ojos brillando bajo la luz de la luna.

—No, en ella tú fuiste yesca y yo madera—susurró, acercándose para besarla una vez más, profundo, sensual, la promesa de placer implícita en el contacto de sus labios.

Se quedaron así, abrazados bajo el cielo estrellado, compartiendo una conexión que iba más allá de las palabras, más allá de los temores que aún rondaban en el fondo de sus mentes.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse, y lo demás se desvaneció, dejándolos solos, uno con el otro, y con la certeza de que estaban empezando algo que ambos sabían que podía ser trascendental.

Romper la magia para el retorno pareció anticlimático, pero una tensión nueva se construyó durante el breve trayecto, y cuando él fue a despedirse, Adele le tomó la mano y lo hizo ingresar a su cabaña.

Imaginó que sus ojos debían tener el mismo fuego que los masculinos, y este creció y creció a medida que la ropa se esparcía en su paso al dormitorio.

Las manos eran torpes en su acelerado intento de despojar al otro de las capas que les impedían sentirse. Cuando Deaglan tironeó su vestido hacia arriba, Adele forcejeó con su cremallera y envió sus pantalones al piso.

Se observaron con hambre, él en su bóxer y ella en sus bragas y sostén de encaje, y sus labios y manos fueron a la piel del otro.

Adele acarició sus bíceps, trazó sus pectorales y se posó en las marcas de sus caderas que conducían a la pelvis.

Deaglan besó su cuello y mordisqueó el tendón que unía su clavícula y su hombro, su lengua dejando trazas húmedas, mientras sus yemas tocaban los senos y los sopesaban.

—Dios, quería esto, necesitaba volver aquí...—murmuró, y volvió a la piel femenina.

Adele hizo atrás su cabeza, enervada, y no necesitó sus ojos abiertos para que su mano envolviera el miembro duro a través de la tela, y luego sus dos manos se aferraron al bóxer para hacerlo correr por las caderas, descubriendo la polla, que rebotó contra los abdominales marcados.

Su mano envolvió el falo y lo masturbó, y Deaglan se estremeció, y pareció perder la compostura, sus dos manos pugnando por desabrochar el sostén, lo que logró luego de unos segundos de lucha, y su lengua atacó los pezones con hambre.

La posición era incómoda, ambos de pie intentando devorarse. Deaglan la tomó por la cintura y la llevó al lecho, dejándola caer, y Adele rebotó con levedad, mientras él, frenético, le quitaba las bragas, y se arrodillaba de inmediato.

Lo siguiente que supo fue que le separaba las piernas, manipulándolas para que las

plantas de sus pies quedaran sobre el colchón, y Adele estaba abierta para él.

No tuvo tiempo de sentirse expuesta, porque la lengua masculina se instaló en su intimidad y a partir de eso, ella se movió y danzó al ritmo de sus embates.

Con las manos masculinas sosteniendo la parte interna de sus muslos y su boca creando poesía sexual en su vagina, lamiendo, mordiendo con suavidad, provocando su clítoris sin respiro, Adele sintió que la comía como si fuera el mejor plato gourmet.

Sus gemidos fueron in crescendo, arqueándose para conseguir más, sus manos en la cabeza de Declan para evitar que abandonara su coño. Loca, transida de placer, así se sentía, y con cada trazo de esa lengua su razón voló y se dejó ir, hasta que estalló en luces y cada oleada le sacudió el cuerpo y la elevó, alto, alto.

—Eso es, córrete, disfruta, hermosa... Eres lo más dulce que mi paladar probó... Adicto, adicto a ti... Voy a follarte de todas las maneras, si me lo permites, pero no hoy... No hoy... Hoy es esto, para ti...

Los miembros musculosos la abrazaron y Adele se encontró acostada con su espalda contra el pecho y los muslos juntos, la dureza de la polla enterrada entre sus glúteos. No obstante, él no hizo más, salvo derramar promesas dulces en su oído. Estas la adormecieron como una nana, y no hubo más que sueños bonitos.

VEINTICUATRO.

Declan cerró la puerta de la cabaña de Adele con suavidad unas horas más tarde. No había dormido, su cabeza inmersa en planes, todavía sacudido por la intensidad de la noche vivida.

Que ella hubiese cedido y aceptado darle una chance más lo era todo. Volver a regodearse con su piel, con su boca, y follarla con su lengua y labios había sido de las experiencias más eróticas de su vida.

No importaba que su polla pudiese aullar de tan dura, descuidada, porque su intención había sido esa. Ponerla como centro, en el altar de su pasión.

Sería perfecto de no ser por esa amenaza. Sus ojos se entrecerraron y sus puños tensaron al volver a la realidad de lo que pendía sobre él. Miró alrededor, sabedor de que Pipen debía estar cerca, en las sombras.

De origen escandinavo y con un porte que hacía honor a sus ancestros vikingos, se las arreglaba para mimetizarse, a pesar de su altura, músculos, barba espesa y cabello rubio ceniza cortado al ras.

Su presencia imponente era suficiente para hacer que cualquier potencial agresor lo pensara dos veces antes de actuar. Sus ojos, de un azul helado, siempre estaban en alerta, analizando todo a su alrededor. No era un hombre de palabras innecesarias; su comunicación era directa, sin rodeos, reflejo de su eficiencia.

El guardaespaldas no era sino meticuloso hasta el último detalle, la definición de lo que un profesional de la seguridad debería ser. Más que un protector, era un estratega con una mente afilada, capaz de prever problemas y anticipar soluciones.

Como dueño de una agencia de seguridad por años, estaba habituado a las situaciones más extremas y había aprendido a leer entre líneas, a captar las amenazas donde otros solo veían tranquilidad.

Le costó visualizarlo, y estuvo seguro de que solo lo hizo cuando Pipen se lo propuso. La luna iluminó parcialmente su figura, su postura en aparente relax.

—¿Alguna novedad?—le preguntó, acercándose.

Pipen negó.

—Estamos trabajando en ello. Ya sabes cómo es esto, se necesita tiempo para rastrear a alguien como este tipo. Es un profesional—el gigante entrecerró sus ojos—. Esta mujer... ¿Es alguien transitorio?

Declan tomó un momento para responder, sus pensamientos todavía revoloteando entre la preocupación y el deseo.

—No. Ella es especial. La quiero protegida, Pipen. Cada minuto—sentenció, mirando

muy fijo y serio, y Pipen asintió.

—Así será. El mercenario que mencionamos, no es cualquier sicario. Es un hombre conocido por su precisión y capacidad para desaparecer en la multitud. Tiene una puntería impecable, comparable a la de francotiradores legendarios como Simo Häyhä. Este tipo puede disfrazarse y mezclarse, planifica sus movimientos con tal minuciosidad que es casi imposible seguirle la pista.

—¿Me dices que no puedes prever cuando atacará?

—La clave está en el casi—Pipen sonrió, pero no había alegría ni placer en el gesto—. No nos ha enfrentado, y sabemos que viene. Lo detendremos.

Declan frunció el ceño, procesando la información.

—Si necesitas más hombres, contrátalos. No me importa el costo.

—Esto no es cuestión de números, Declan. Es cuestión de preparación y disuasión. De seguir el rastro y anticiparnos a sus movimientos.

—¿Y Brady? ¿Está bien cubierto?

—Sí, lo tenemos bien protegido. Lo que me pone un poco nervioso eres tú, aquí, en esta población. Es un lugar pequeño, con mucha gente que va y viene. Nadie se conoce realmente, lo que facilita que alguien como él se mezcle.

Esta última observación dejó a Declan inquieto. Pipen tenía razón; en un lugar como Carmel-by-the-Sea, el anonimato era fácil de lograr. Necesitaba sacar a Adele de aquí, a un lugar donde pudiera protegerla mejor, consideró. De pronto, esto era una urgencia.

Hizo un gesto de saludo y se retiró a su habitación. Mientras se quitaba la ropa y se preparaba para dormir, una sola idea persistió: tenía que llevar a Adele a un lugar más seguro.

En un momento de duda, se dijo que ella estaría mejor lejos de él, pero rápidamente descartó tal idea. No, ella no estaría más segura lejos de él.

La única manera de asegurarse de que nada le pasara era manteniéndola cerca, bajo su protección. Tenía que convencerla de ir con él a Boston.

++++

Adele se acomodó en el asiento de cuero del jet privado, sus dedos acariciando la costura fina mientras su mirada recorría el interior. Era imposible no sentirse abrumada por el esplendor que la rodeaba, como si hubiera sido transportada al mundo exclusivo de las celebridades.

Las paredes estaban adornadas con acabados en madera pulida, y las ventanas, más grandes de lo que jamás había visto en un avión, ofrecían una vista ininterrumpida del cielo azul.

El confort era total: el suave murmullo de los motores apenas se percibía, y el aire

acondicionado mantenía una temperatura perfecta, y un delicado perfume de vainilla impregnaba el ambiente.

En menos de un mes había pasado de estar triste y sentirse traicionada en Washington a estar sorprendida por el regreso de Deaglan y ser perseguida en Carmel-by-the-sea hasta que ella cedió.

Y ahora estaba montada en un avión rumbo a Boston, lo que mostraba el tornado que era este hombre y lo mucho que la movilizaba.

Declan había insistido por dos días para que la acompañara a Boston, y aunque había dudado mucho, cedió al final. La curiosidad por conocer su entorno habitual, sus amigos, su mundo, la había vencido.

Además, había algo más profundo en juego: una necesidad casi visceral de comprobar si él realmente deseaba estar con ella, sin engaños, sin dobles intenciones. Deaglan... Declan, como fuera, él, no era un hombre fácil de leer.

Sus emociones parecían enterradas bajo capas de control, y cuando no estaba disculpándose, comunicaba sus sentimientos con una mirada intensa, con caricias o con besos que la hacían tambalear. Ella necesitaba saber si esto entre ambos, esta conexión que ni siquiera sabía cómo definir, tenía algún futuro.

Sin embargo, no podía ignorar la realidad que la rodeaba: Declan y su mundo podían ser peligrosos, y la presencia de Pipen y otros dos guardaespaldas, lo confirmaba.

Era muy inquietante saber que un mercenario los perseguía, y cuando miró de reojo a Pipen, el imponente y guapísimo maromo, evaluándolo, Declan le tomó la mano con fuerza, sus ojos entrecerrados.

¿Eran celos lo que veía en esa mirada? Sintió un extraño calor recorriendo su pecho, una mezcla de orgullo y alivio de que él la deseara tanto como para mostrar esa vulnerabilidad.

Cuando aterrizaron, los esperaban más guardias y un vehículo blindado. Adele mantuvo la mano entrelazada con la de Declan, sintiéndose propietaria de ese hombre que hasta hacía poco era un completo misterio para ella.

—Todo está chequeado, señor O'Malley, señorita, no hay peligro—le dijo uno de los guardias, y ella asintió con una determinación que no estaba segura de sentir.

Al llegar al pent-house de Declan, se encontró frente a un espacio que desbordaba opulencia. Era como estar dentro de un rascacielos de cristal, con vistas panorámicas de la ciudad que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

El mármol blanco cubría el suelo, reflejando la luz de las arañas de cristal que colgaban desde el techo alto. Los muebles eran de diseño, minimalistas y elegantes, y las paredes estaban adornadas con obras de arte que seguramente eran muy costosas.

Declan le mostró el lugar con una mezcla de orgullo y sencillez, asegurándose de que

supiera dónde estaba todo. Adele disfrutó de una larga ducha en un baño que parecía sacado de un sueño: los azulejos de mármol negro, los grifos dorados, y la amplia bañera con hidromasaje la hicieron sentir como si estuviera en un spa de lujo.

Era disfrutable, aunque un pelín abrumador, una realidad tan ajena a la suya que la hacía sentir pequeña. Sensación que él abatió con gestos tiernos y atención constante. Esa noche, como las anteriores en Carmel, durmieron juntos.

Eso había sido una revelación, y se mantuvo: no era solo el acto físico lo que la conmovía, sino la forma en que Declan la abrazaba para dormir, con su pecho fuerte contra su espalda y su pierna entrelazándose con la suya.

El contacto de su piel era un recordatorio constante de que esto era más que sexo; era intimidad, conexión, una promesa no dicha que latía entre ellos. Las sábanas eran tan suaves que parecían derretirse bajo su piel, y ella se sintió en el cielo, saboreando cada segundo de ese momento compartido.

Al día siguiente, el vehículo blindado les llevó hacia la famosa Davagh, y Adele se aprestó a conocer de primera mano uno de los amores de su hombre. Él le explicó la cantidad de hombres alrededor como una necesidad de seguridad, mencionando que su primo Brian había sufrido una emboscada años atrás.

En la empresa, conoció al mencionado y a su hermano Cillian, quienes la saludaron con calidez. Habían venido para saludar a Declan y desearle éxito en Davagh, al parecer, pero Declan le susurró que estaban acá para cotillear.

—Brady debió decirles que volví con compañía—susurró, y Adele pensó que era gracioso.

Cillian, que parecía un bromista, comentó que le encantaba conocer a alguien tan especial que había logrado poner una sonrisa en la cara del flemático Declan. Luego conoció a Brady, y quedó encantada con él.

A diferencia de Declan, este era sonriente, abierto, y la recibió con calidez, aunque se mostró también visiblemente preocupado por la seguridad. Observó cómo Declan lo calmaba, notando la dinámica entre ambos, llena de cariño y protección.

Cuando conoció a Louie lo saludó con una sonrisa, y las primeras palabras del joven en un momento a solas fueron para disculparse por haber provisto a Declan de información sensible sobre ella, y se sonrojó al decirlo. Le tranquilizó con un gesto y le dijo que entendía a la perfección lo que era seguir órdenes.

Desde un sillón, Adele contempló el panorama de Boston a través de las enormes ventanas. La ciudad parecía infinita desde esa altura, un mar de luces y movimiento que la hacía sentir pequeña, pero también parte de algo más grande.

Pipen se unió a la conversación entre los hermanos, y detalló lo difícil que era prever los

movimientos del mercenario que los tenía en la mira.

—Es mejor permanecer en espacios cerrados hasta tener información segura sobre sus movimientos.

Esto hizo que Adele pensara un poco, y acudiera a su experiencia.

—¿Han seguido el rastro del dinero?

La miraron, Pipen con una ceja elevada, como pidiendo aclaración.

—Me refiero, a los fondos que su medio hermano usó. Debe haber girado la mitad, una parte...

—No tenemos acceso a esa información.

—En los archivos del FBI constan datos de cuentas, alguna de ellas...

—Han de estar congeladas.

—No, no todas. Solo aquellas que estuvieron comprometidas con los ilícitos, y si alguna estaba bajo una de sus empresas.

—Ronan recibía dividendos de Davagh en sus cuentas, esa info podría estar en los archivos, aunque él dejó de pertenecer a la Directiva hace años.

No habían terminado de hablar que Louie, con su disposición habitual, estaba tecleando.

—Tomará tiempo comprobarlo, pero vale la pena intentarlo—dijo Pipen—. Si eso nos lleva a una que pertenezca al mercenario, podremos saber sus movimientos de dinero y con ello trazar sus desplazamientos.

—También podrían comparar la foto del mercenario con las grabaciones de los cajeros electrónicos. ¿Se puede hacer?

—Se puede—dijo Louie.

—Bien hecho, Adele—dijo Pipen—. Por cierto, es importante que conozcan el rostro del mercenario.

Les tendió una fotografía, y un escalofrío la recorrió. Declan se acercó, susurrándole palabras calmas al oído mientras le acariciaba la mejilla. Louie y Brady no disimularon su estupor, como si algo inaudito estuviera ocurriendo ante sus ojos.

Declan les miró con seriedad, y luego la llevó a recorrer su empresa. Era obvio cuánto orgullo sentía, y Adele decidió que eso le daba esperanzas.

Él la había traído aquí, la había presentado a su entorno más cercano, y se había hecho vulnerable ante ella. Todo eso solo podía ser un buen augurio para una relación verdadera.

VEINTICINCO.

Declan se recostó en el sillón de su pent-house, sosteniendo un vaso de whiskey, el líquido ámbar brillando con un resplandor suave bajo la luz tenue. Observaba la ciudad de Boston a través de las enormes ventanas.

Las luces titilaban en la distancia, creando un mar de destellos que hasta esa noche le había parecido inmutable, casi aburrido en su perfección geométrica. Pero con Adele en una videollamada en la habitación contigua, la perspectiva de la ciudad había cambiado.

Adele estaba hablando con su madre y su voz melodiosa flotaba a través de las paredes, llevando consigo el entusiasmo de sus palabras.

—Es un lugar encantador, mamá—dijo.

Declan visualizó la sonrisa iluminando su rostro, esa que parecía irradiar todo a su alrededor, como si el sol hubiera decidido hacer una visita inesperada en su pent-house.

Joder, estaba tan perdido y tan fuera de su yo habitual, pero le importaba nada. Solo ella, aquí, con él.

—Las calles de ladrillo rojo en Beacon Hill, y los viejos faroles de gas parecen sacados de un cuento. Y el paseo por el puerto es tan tranquilo, tan diferente de la locura de otras ciudades. El mercado de Quincy es increíble, lleno de vida y de aromas deliciosos. Podrías pasar horas solo mirando a la gente, y luego perderte en las tiendas pequeñas de artesanías.

Mientras la escuchaba, Declan sintió una calidez inusual en su pecho, una sensación nueva. Le gustaba verla así, integrada en su mundo, adaptándose a su espacio como si siempre hubiera estado destinada a estar allí.

Era correcto, natural, como si cada pieza encajara en su lugar. Este pent-house, que siempre había considerado su fortaleza personal, un refugio solitario donde nadie más había sido bienvenido vibraba con una energía nueva y esperanzadora.

No había traído a una mujer aquí. Ninguna había logrado complementarlo de la manera en que Adele lo hacía. Había algo en ella, algo que incluso Brady, en su típica franqueza, había notado esa misma tarde cuando se despidieron en la empresa.

No pierdas a esta mujer, Declan, porque te hace bien, había dicho su hermano, y esas palabras resonaban en su mente como un mantra.

Era complicado definir el estado exacto de su relación con Adele, pero una cosa era segura: era un romance naciente, y Declan estaba decidido a hacer lo necesario para que ella también lo sintiera así.

Quizás necesitaría algunos consejos sobre cómo hacerla sentir especial, y no le vendría mal acudir a sus primos, quienes habían caído rendidos uno a uno por mujeres excepcionales.

O, mejor aún, podría hablar con esas mujeres. Ellas, sin duda, lo orientarían con la

honestidad que tanto admiraba. No quería cometer errores ni herirla, y estaba consciente de que ostentar su dinero no era el camino para ganar su corazón definitivamente.

Se sorprendió al usar esa palabra, *ganarla*. ¿Estaba pensando en una relación a largo plazo? Sí, lo estaba, confirmó su cabeza. Para qué engañarse: la idea lo emocionaba.

La había observado en Davagh, desenvolviéndose con seguridad, sin dejarse intimidar por nadie, sugiriendo sus propias ideas con confianza. Incluso Pipen, su guardaespaldas, había señalado su firmeza.

Pipen, consideró, y frunció el ceño. No permitiría que ese gigante con su sonrisa de vikingo se atreviera a flirtear con lo que le pertenecía. Había sentido ganas de gruñir para que se apartara cada vez que lo notó demasiado cerca para su gusto.

El idiota se había divertido, lo sabía. No le importaba. Su instinto de posesión era fuerte, quizás demasiado, pero no podía evitarlo. *Cuidado*, se dijo. *No quieres que Adele piense que eres un cavernícola retrógrado y que estar contigo es una cárcel.*

En una cárcel había estado él, como un autómatas, insensible, escondiéndose de la vida tras sus negocios, y ella era quien lo liberó de las cadenas que lo mantenían prisionero en su propia vida.

Había estado constreñido y solitario durante tanto tiempo, encerrado en su torre de negocios y pretendidamente imperturbable, solo centrado en su empresa, Davagh, su único interés real.

A pesar de que Brady siempre estuvo a su lado, la soledad lo había rodeado como una segunda piel. No creyó que podría querer otra cosa, hasta que la conoció. Y entonces, como si el destino le hubiera reservado un premio inesperado, la vida le había dado algo que no sabía que necesitaba.

¿Lo merecía? No importaba. Lo tenía. La tenía aquí, y la cuidaría y regaría como la fina rosa que era. Adele, su rosa. ¿Cursi? Podía permitírselo.

El sonido de la puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos. Adele apareció en la sala, envuelta en una bata que abrazaba su figura como un paquete envuelto con delicadeza.

Se acercó a él con una sonrisa que iluminaba la penumbra del pent-house, y la soledad que había sentido durante años se desvaneció, reemplazada por una calidez que lo llenaba de pies a cabeza.

—¿Cómo está tu madre?—preguntó Declan, dejando el vaso en la mesa cercana, dispuesto a entregarse por completo a la presencia de la bella mujer.

—Está bien. Curiosa por saber más de Boston, y un poco preocupada por mí, pero eso es normal—le respondió, sentándose a su lado en el sofá.

Sus movimientos eran fluidos, gráciles, como si se deslizara sobre el aire. Declan extendió una mano y la colocó con suavidad sobre la pierna de Adele, sintiendo la suave tela de

la bata bajo sus dedos.

—¿Le has hablado de mí?

Ella asintió.

—Cada momento y detalle. Los que se pueden contar a una madre—se sonrojó.

—Mm. ¿Me detesta?

Eso era una preocupación. La familia era importante para Adele, y quería ser aceptado.

—No, respeta mis decisiones.

Una oleada de emociones lo recorrió, un torbellino de sensaciones que hacía que su corazón latiera más rápido. Era difícil poner en palabras lo que sentía, pero sabía que cada aspecto de su vida se estaba transformando.

La miró a los ojos, esos ojos que lo veían como nadie más lo había hecho.

—Me gusta verte y tenerte aquí—su voz más baja de lo habitual, casi un susurro—. Siento que todo encaja cuando estás conmigo.

Adele sonrió, inclinándose hacia él para apoyarse en su pecho, y Declan la rodeó con un brazo, abrazándola con firmeza, pero con ternura. Los últimos restos de la frialdad en que se había protegido se desvanecieron al sentir su calor, su fragancia, la suavidad de su cabello contra su barbilla.

Sentía su respiración tranquila, acompasada, y eso lo llenaba de paz. Había algo en esa intimidad compartida, en ese simple acto de estar juntos, que le hacía creer que había encontrado su lugar en el mundo.

Afuera, la ciudad seguía vibrando, pero para Declan, lo que importaba estaba allí, en ese sillón, envuelto en su abrazo. Estaba decidido a proteger lo que tenían, a cuidar de Adele como se cuidaría de una flor rara, con paciencia, dedicación, y un cariño que sabía que solo crecería con el tiempo.

La besó, poniendo pasión y ternura en el contacto, y la trajo luego encima suyo, dejando que su peso leve lo anclara, y cada segundo el contacto se profundizó. Cuando ella se separó y lo miró con su vista desmesurada por la lujuria, el hambre se le hizo devorador.

Verla deslizarse entre sus piernas y acurrucarse entre sus rodillas para destrabar su cremallera y extraer su miembro de su barrera de telas lo puso en alerta máxima.

—Adele... No es necesario—susurró, aunque lo deseaba a morir.

—Lo quiero hacer—dijo ella, tomando su polla con cuidado, como si fuera una pieza por honrar, y cuando su boca rosa se acercó al glande y sus labios se deslizaron como seda, envolviéndolo, Declan solo pudo gemir, transido de deseo.

Su vista se clavó en el punto de contacto, que se amplió cuando ella tomó más y más de su largo, dificultada por lo grueso del miembro.

Volvió atrás, dejando su humedad atrás, y el aire fresco en la fina piel lo hizo

estremecer, pero fue un momento porque ella aceleró y extendió el tragar su falo, y pronto iba y venía sobre él, y Declan creyó que podría morir.

No era la fellatio profesional y fría, experta, era la experimentación de ella, su mujer, que lo conmovía en todo sentido, sobre su intimidad. La forma en que atoraba tratando de tomarlo hasta la garganta, y las lágrimas que asomaban a sus ojos.

¿Cómo no correrse como un niño? ¿Cómo no vibrar y dejarse ir en su boca, disfrutando de la manera en que ella recibía su semen y lo dejaba correr por su garganta?

La trajo a su pecho, saciado y emocionado, besándola y sintiendo su sabor en sus labios.

—Creo que esto es amor, Adele. Nunca... Nunca sentí algo tan fuerte y debilitante, pero me encanta.

Ella cerró los ojos y sonrió, recostándose en su pecho. Declan no quería que esta sensación y este momento se terminaran.

VEINTISÉIS.

La última semana había sido la mejor de su vida. Lo sentía en cada fibra de su ser. Desde que se había dado la posibilidad de probar una vez más, de dar crédito a Declan, cada pieza de su vida encajaba con facilidad.

Sus días fluían en armonía, entre las risas y miradas cargadas de complicidad mientras se acostumbraba al ritmo de la vida en Boston y a la presencia constante de Declan.

Era difícil creer que en unos pocos días sus vacaciones del FBI llegarían a su fin. Y serían indefinidas, porque ya había tomado la decisión. Su carta de renuncia estaba lista, esperando en su ordenador. Solo faltaba apretar el botón de enviar, y entonces, su vida cambiaría.

Estaba decidida. Acompañar a Declan a la empresa había sido educativo. Le observó moverse con autoridad, dirigiendo reuniones con firmeza no exenta de justicia, una que no hubiera creído si se hubiese quedado con la imagen pública.

Brady le había dicho que algunos empleados le decían robot. Pero eso fue AA: antes de Adele, había reído Brady, y ella gozó de saber que los demás veían el cambio y lo celebraban, además de que la consideraban causa. Algo de lo que enorgullecerse.

Ella se había ido involucrando, imbricándose en los detalles de Davagh, aprendiendo sobre los negocios y haciendo amistad con aquellos que orbitaban en torno a él.

Louie, en particular, se había convertido en su compañero de charlas y cafés. Era tan inteligente y amigable, aunque tímido. De compartir un rato con él en la cafetería del primer piso venía, y fueron unos lindos veinte minutos antes de que él se sumergiera de nuevo en su laptop, buscando pistas, siguiendo las órdenes de Declan.

Louie era uno de los pocos en los que Declan confiaba plenamente, y la generosa oferta para que se quedara en Davagh lo demostraba. Sus primos no habían hecho mayor problema con esto, y el joven pasó a la nómina de la empresa.

Subió al ascensor, distraída con su móvil, revisando los mensajes de su madre, quien preguntaba cómo iban las cosas. La puerta casi se cerraba cuando un hombre vestido con ropa de trabajo entró con prisa, y Adele retrocedió un paso para dejarle espacio.

No prestó más atención hasta que el hombre se colocó en la parte trasera, enfrente a ella, con la vista baja. Adele parpadeó, con desconcertio. Le llamó la atención que el personal de servicio no estuviera usando el ascensor correspondiente.

No recordaba si esa era la política de la empresa, pero algo no cuadraba. Sus ojos se deslizaron hacia el gafete que colgaba del cuello del hombre y el nombre le resultó familiar. Entonces fue cuando un escalofrío recorrió su espalda.

Reconocía el nombre: era el de uno de los limpiadores que trabajaba en el turno

nocturno. Lo había conocido un par de noches atrás, cuando ella se quedó hasta tarde en la oficina con Declan. Un hombre simpático, con una sonrisa fácil, que no se parecía a este.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, y sintió cómo los nervios se agitaban en su estómago. ¿Quién era y cómo había pasado la seguridad del piso bajo? Claro, tenía la ropa, las credenciales, pero no era él.

Lo supo con certeza cuando sus ojos se posaron en la oreja derecha del hombre: estaba cortada, una cicatriz irregular que le resultó espantosamente familiar. Su respiración se volvió superficial, el terror comenzando a asentarse en su pecho. ¿Podría ser...? No, no podía ser él. No aquí, no ahora.

El ascensor se detuvo tres pisos antes del ejecutivo, y Adele aprovechó la oportunidad para salir, pidiendo permiso a las personas frente a ella con una voz que esperaba no temblara.

Apenas se cerraron las puertas, se lanzó hacia la escalera, su mente trabajando a mil por hora. Intentó comunicarse con Declan, pero su llamada no fue respondida. Un torrente de maldiciones cruzó por su mente. No tenía el número de Pipen o de Brady. ¿Por qué no los tenía?

La adrenalina la impulsaba, su cuerpo moviéndose con velocidad desconocida hacia arriba, subiendo los escalones dos a la vez. Cuando llegó a la puerta que daba acceso al piso ejecutivo, empujó con fuerza, comprobando que estaba cerrada.

La seguridad, pensó, la seguridad lo había hecho. Iba a volver sobre sus pasos, a pensar en otro plan, cuando escuchó el eco de pasos en la escalera, acercándose.

El alivio inicial de que pudiera ser uno de los guardias se desvaneció cuando reconoció al hombre del ascensor subiendo los escalones, su expresión inescrutable.

La sangre se le heló en las venas, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma y fingir. Se forzó a parecer distraída y molesta, como si estuviera frustrada por el acceso bloqueado.

—Está cerrado—dijo, con una mezcla de fastidio y desaliento en su faz, como si intentara desahogarse ante un desconocido.

Dio unos pasos y pretendió pasar rápido a su lado, con naturalidad, pero cuando estuvo cerca, el hombre se movió con una velocidad aterradora. Su mano la tomó por el cuello y antes de que pudiera gritar, un agudo pinchazo en su piel la dejó inmóvil.

El mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse y en el último instante, antes de que la oscuridad la envolviera, lo único en que pudo pensar fue en Declan, y en lo triste que era que este romance suyo terminara así.

++++

Declan estaba revisando unos documentos sentado en el sillón en su despacho cuando

notó la pantalla de su móvil encendiéndose con insistencia en el escritorio.

Había estado inmerso en la lectura, y cuando tomó el teléfono, comprobó que tenía varias llamadas perdidas de Adele. Frunció el ceño, extrañado. Ella estaba en la cafetería, ¿qué podría ser tan urgente?

Un nudo de preocupación se instaló en su estómago. Ella no le llamaba con insistencia, era prudente, medida, hasta demasiado, considerando que él se sabía enroscado en su dedo meñique.

Algo no estaba bien. La inquietud se transformó en urgencia. Marcó su número, esperando escuchar su voz dulce y calmante diciéndole que exageraba.

Pero cuando la llamada fue atendida y la voz al otro lado de la línea no fue la de Adele, el corazón le dio un vuelco. Una voz grave, impregnada de una amenaza fría, se deslizó en su oído.

—Si valoras la vida de la mujer, vendrás solo al descanso de la escalera del piso seis.

El mundo de Declan se detuvo por un instante, la respiración atrapada en su pecho, su mente incapaz de procesar lo que acababa de escuchar. Luego, la realidad lo golpeó con una fuerza devastadora.

Adele estaba en peligro, y él debía moverse, rápido. Sin pensarlo dos veces, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, sus manos temblando mientras intentaba mantener la cabeza fría.

Pipen, siempre alerta, lo interceptó en el pasillo, la preocupación en su rostro evidente.

—¿Qué está pasando? —preguntó Pipen, su voz firme, pero cargada de tensión.

Declan apenas pudo contener el pánico en su voz mientras hablaba, su tono frenético y apremiante.

—Tengo que ir, ¡o mataré a Adele! No tenemos tiempo, Pipen. Me quiere en la escalera, piso 6.

Pipen captó la gravedad de la situación al instante. Su mirada se endureció mientras asintió y, sin dudar, comenzó a organizar la defensa, dirigiendo a los guardias para rodear la zona del vestíbulo y las salidas.

Declan, mientras tanto, sentía la desesperación creciente apoderándose de él. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Cómo había pasado ese bastardo por la seguridad? La respuesta era evidente: los había estado vigilando, estudiando cada uno de sus movimientos, y encontró fallos. No había otro modo.

El camino hacia el descanso de la escalera del sexto piso se le hizo eterno. Cada paso resonaba como un eco ominoso en su mente, un recordatorio de la gravedad de la situación. Cuando finalmente llegó, lo vio.

El hombre estaba allí, vestido con el uniforme de la empresa, con el rostro en sombras,

sosteniendo un arma que apuntaba a Adele. Y ella, horror, estaba desmadejada como una muñequita frágil en un rincón.

El terror se apoderó de Declan, su corazón palpitando con fuerza desbocada. Por un momento, la claridad de pensamiento que siempre lo caracterizaba se esfumó, reemplazada por una confusión asfixiante. Todo lo que podía ver era a Adele, con el arma amenazando su vida.

El hombre habló, su voz implacable.

—Vas a venir a mí, sin trucos. Esto es un intercambio. Sé que te importa, te he visto con ella. Ha sido divertido, todos esos grandotes jugando a cuidarte, y yo, pudiendo terminarte cuando quisiera—rio, y Declan vio que no estaba bien. Había algo maniaco en él, con esa pretensión de jugar a Dios.

—Déjala aquí. Iré contigo, pero no le hagas daño.

—Depende de ti. Muévete, anda, espóstate. Y por si necesitas aliciente...

La boca de Declan se secó cuando vio que el hombre le mostraba un dispositivo electrónico adherido al cuerpo de Adele, un artefacto que parecía ser una bomba. Las piernas le fallaron, pero se obligó a mantenerse firme.

Agradeció que ella estuviese inconsciente, porque no deseó que pasara por este momento espantoso, aterrada de perderlo, de volar en pedazos. Se estremeció, y se prometió que este hijo de perra las pagaría. Pero antes, tenía que sobrevivir.

—Está bien, no hagas nada —dijo Declan, su voz ronca, tratando de mantener la calma—. Estoy aquí.

El mercenario lo miró, su rostro impasible, mientras levantaba el control remoto.

—Ponte las esposas, y esto también —ordenó, lanzándole otro dispositivo.

Declan lo atrapó en el aire, maldiciendo. El bastardo jugaba con explosivos como si no tuviera un cuidado por la vida de nadie. Su mente trabajaba a mil por hora mientras trataba de encontrar una salida. Su única opción era calmar al hombre, distraerlo.

—Escucha, doblaré el precio que mi hermano te haya ofrecido —sugirió, tratando de ganar tiempo.

Sabía que Brady y Pipen estaban en movimiento, pero tenía que asegurarse de que no actuaran con precipitación. El hombre soltó una risa seca, sin humor.

—No perderé mi credibilidad por una cantidad mayor de dinero. Mi reputación es lo que me mantiene vivo en este negocio. Y el placer de la cacería.

Mientras el hombre hablaba, Declan se fijó en dónde guardaba el control de los dispositivos: un bolsillo interno del uniforme. Su cerebro registró cada detalle, cada movimiento.

El mercenario lo empujó para que comenzara a bajar las escaleras. El alivio de Declan fue palpable cuando Adele quedó atrás, pero no podía permitirse flaquear. Tenía que mantener el control hasta que tuviera una oportunidad de actuar.

—Atrás —ordenó el mercenario con frialdad al ver que algunos guardias comenzaron a acercarse por las escaleras, Pipen entre ellos—. A menos que deseen que su jefe y la noviecita vuelen en pedazos.

Con una mezcla de frustración en su mirada, Pipen ordenó a sus hombres retroceder, aunque sus manos no se apartaron de sus armas. Estaban ahora saliendo por una puerta lateral, y el ambiente estaba cargado de tensión insoportable.

Afuera, un coche esperaba, con el logo de la empresa de limpieza. Más hombres de Pipen estaban apostados cerca, moviéndose para rodearlos, pero Declan sabía que si el mercenario lo sacaba de aquí, su destino estaba sellado. Moriría.

—Puedo mejorar la oferta —insistió Declan, tratando de mantener la conversación, cualquier cosa para distraer al hombre.

—No te esfuerces —respondió el mercenario con frialdad—. No arriesgaré mi vida.

Un grito rompió el tenso silencio, y Declan reconoció la voz y las palabras al instante. Brady, hablando en gaélico: abajo. Hermano. Obedeció sin dudar. En el caos que siguió, el agresor se distrajo y Declan se agachó justo cuando un balazo resonó en el aire, impactando en la garganta del mercenario.

Declan no perdió ni un segundo. Se lanzó sobre él, golpeándolo con furia mientras le quitaba los controles del bolsillo con frenesí, dificultado por las esposas. Los guardias se abalanzaron sobre el caído, inmovilizándolo mientras Declan corría escaleras arriba.

Apenas respiraba, su único pensamiento era Adele, su única esperanza era que estuviera bien. La encontró siendo asistida por dos guardias. Ella estaba todavía inconsciente, y cuando la vio, sus ojos se llenaron de lágrimas y alivio. Sin dudar, Declan la envolvió en sus brazos, sosteniéndola como si su vida dependiera de ello, y la llevó a su oficina.

VEINTISIETE.

Adele despertó sintiéndose extraña, como si su cuerpo no le perteneciera por completo. Sus párpados pesaban y, aunque su mente intentaba enfocarse, las imágenes y los sonidos a su alrededor parecían distorsionados, irreales.

El primer rostro que reconoció fue el de Declan, sentado a su lado, su expresión una mezcla de preocupación y alivio. Un médico, de pie junto al sillón donde ella estaba recostada, revisaba sus signos vitales.

—¿Qué pasó? —preguntó, aunque una parte de ella ya sabía la respuesta.

La voz de Declan fue suave, pero cargada de una seriedad que hacía que el peso de las palabras cayera sobre ella como una losa.

—El hombre que te atrapó te inyectó un sedante y te colocó un dispositivo electrónico, un explosivo —empezó a explicar, su tono comedido, como si cada palabra le costara esfuerzo—. Te reconoció como mi acompañante.

Adele escuchó, el horror y la tristeza creciendo dentro de ella. Los recuerdos volvían en ráfagas: el hombre con su uniforme, la forma en que la había abordado con precisión y eficiencia, como si todo estuviera calculado al milímetro.

—Casi muero de espanto —murmuró él, su voz llena de ternura y desesperación—. No dejaré que nada te pase, nunca más. Te quiero, Adele.

Adele lo miró a los ojos, asintiendo, y Declan vio el miedo desaparecer de su mirada y en su lugar apareció la ternura. La besó, y lo siguió haciendo mientras Pipen daba instrucciones para que les quitaran los dispositivos, cosa que hicieron con facilidad, porque Louie intervino las frecuencias y desarmó los interruptores.

Entonces, él expulsó a todos de su oficina y la tomó en sus brazos y la besó por lo que parecieron horas.

—Podría haberte perdido, podría...—suspiró, hondo, temblando, y ella le abrazó.

—Ya pasó, ya pasó. Estoy bien. Estaremos bien. También te quiero, si te lo preguntas.

Él asintió, y sonrió.

—Me lo preguntaba. Esas palabras se hicieron desear.

—Sí, no quise precipitarme—indicó. Entonces, recordó al empleado cuya persona había sido suplantada—. ¿Qué pasó con el hombre por el que ese mercenario se hizo pasar?

—Lamentablemente lo encontraron muerto en su casa. Fue una víctima inocente. Ese mercenario era un profesional. Se aseguró de que no hubiera testigos ni complicaciones.

Cerró los ojos, luchando por contener las lágrimas, un nudo en la garganta. El empleado había sido gentil, sonriente, con palabras amables. Y ahora estaba muerto por culpa de un mundo que ella apenas empezaba a entender, un mundo en el que Declan había vivido por años, uno

lleno de oscuridad y muerte.

—¿Qué sucedió con el asesino? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—Está herido y la policía se hará cargo.

—Tanto horror. Es... terrible.

—Así era el mundo en el que nacimos, Adele —dijo Declan, su voz teñida de una tristeza profunda—. Muertes, destrucción... un mundo donde los inocentes no tienen valor y donde solo se respeta la fuerza. Es una vida que no le deseo a nadie, y mucho menos a ti.

Antes de que Adele pudiera responder, Brady entró en la habitación. Se acercó a ella con una expresión de sincera preocupación, y se sentó a su lado. Su presencia, aunque reconfortante, también traía consigo un aire de gravedad.

—¿Cómo te sientes?

—Triste. Horrorizada.

—Sé que no es fácil. La violencia es espantosa, en especial cuando es tan extrema— comenzó Brady, su tono cálido, pero firme—. Nosotros crecimos rodeados por esta. Nuestro padre... —hizo una pausa, luchando por encontrar las palabras—, él me golpeaba cada vez que podía. Me quebró huesos más de una vez porque... —una sonrisa triste apareció en su rostro—, porque yo era diferente. Soy un artista, y eso era algo que él nunca pudo aceptar.

Adele lo miró con compasión, sintiendo un peso en su corazón al escuchar su historia.

—Declan siempre fue mi escudo —continuó Brady, su mirada fija en los ojos de Adele—. Nunca dejó que me destruyeran. Es por eso que te pido que confíes en él. Porque debajo de su exterior rudo, hay un hombre que anhela vivir de otro modo. Quiere algo diferente, mejor. Y eso eres tú para él.

Las palabras de Brady resonaron en el alma de Adele. Eso... Lo había comprobado en la forma en que la protegía, en cómo se preocupaba por ella. Sí, esto era traumático, pero... Declan había salido de ese mundo. Ella lo amaba, y quería estar a su lado, ayudarlo a encontrar ese otro camino.

—Lo he visto, Brady —respondió Adele, su voz firme y llena de convicción—. Y lo amo. Si él me lo permite, estaré a su lado.

Lo miró, y Declan la observó en silencio. Brady sonrió, una expresión sincera y reconfortante.

—Me alegra escucharlo —dijo—. Por cierto, ¿aceptarás el puesto en el Oeste?

Adele asintió, con una pequeña sonrisa.

—Sí, lo haré.

Declan pareció recuperar el habla entonces, y hubo alivio y alegría en el abrazo fuerte en que la envolvió.

—Los dejo—dijo Brady, palmeando el hombro de Declan antes de salir de la

habitación.

Declan se sentó junto a ella y tomó su mano, apretándola con suavidad. Pipen golpeó entonces.

—El mercenario ha sido procesado —les informó—. Interpol lo requiere en varios países. Las autoridades confían en que elegirá ser procesado aquí y terminará llegando a un acuerdo. Ya estaba gritando el nombre de tu medio hermano Nolan como su contratista. Eso va a asegurar cadena perpetua para el cabrón.

Declan y Adele asintieron, procesando la información. La sensación de peligro seguía latente, pero el alivio comenzaba a hacerse carne en ambos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Declan, su tono cálido y lleno de preocupación.

—Estoy bien—respondió ella, forzando una sonrisa que se volvió genuina cuando sus ojos se encontraron con los de él.

—¿Qué dices de cambiar de aires por un tiempo? El Oeste aparece más y más promisorio. Y puedes presentarme a tu familia. Es tiempo. Además, los planes de negocios están avanzados. Debemos reunirnos con los inversionistas, los Turner. ¿Qué te parece si tomamos una semana para nosotros?

Adele rio suavemente, el sonido lleno de alivio y alegría.

—Me parece perfecto.

Los días siguientes habían sido de acomodarse y volver a estar tranquilos. Una de las noches, cenaron en casa de los primos O'Malley. La madre había llamado en persona a Declan para invitarles, habiéndose enterado por sus hijos de lo sucedido.

Adele no encontró más que buenas vibras en la casa, repleta de gente. El ambiente era acogedor y lleno de risas. Todos la rodearon con muestras de cariño, agradeciéndole por lo que había hecho por Declan.

Incluso los más reticentes han notado el cambio en él, le susurró la matriarca O'Malley con una risita. Durante la velada, Declan no dejó de tomar su mano, inclinándose a cada momento para preguntar si estaba bien, si necesitaba algo.

Cada gesto suyo la hacía sentir más amada y cuidada, un contraste tan marcado con la monotonía de su vida anterior en Washington: ordenada, predecible. Vacía en comparación con lo que ahora vivía.

Sí, el cambio era físico, porque se movía en lugares más fastuosos, opulentos, viajaba en vehículos de alta gama, y más, pero lo que a ella de verdad le importaba era que a su lado tenía a un hombre que la mimaba y la colmaba de atenciones. Uno que estaba cumpliendo lo que le prometió.

Desde afuera se veía como un cuento de hadas, su madre la principal responsable de que la familia en general creyera eso. De hecho, su última conversación telefónica había rondado

sobre esto:

—Tu prima Martha no lo puede creer. Bien empleado se le tiene. Es tan desagradable con su envidiosa postura. Y escucha esto, dijo que está por viajar a Boston para ver si le presentas a alguien rico.

Adele había reído, meneando su cabeza y, con determinación prohibió a su madre dar ningún detalle sobre Declan. Cuando tuvo la oportunidad, tomó su teléfono y bloqueó a su prima, sintiéndose aliviada de cortar ese lazo antes de que complicara las cosas.

Declan, que había escuchado la conversación, bromeó con una sonrisa en los labios:

—Has sacado bonitas garras.

Luego, la había atraído hacia él, envolviéndola en un abrazo apretado y reconfortante. Adele se dejó llevar, sintiendo el calor y la protección que emanaban de sus brazos.

DESENLACE.

El sol comenzaba a descender en el horizonte, bañando Montecarlo en un resplandor dorado que reflejaba la opulencia y el glamur que la ciudad exudaba.

Declan manejaba un Aston Martin convertible por la serpenteante carretera que bordeaba la costa, con la brisa marina enredándose juguetonamente en sus cabellos oscuros.

A su lado, Adele contemplaba el anillo de compromiso en su dedo, una espléndida pieza de diamante que capturaba la luz del crepúsculo y la dispersaba en mil fragmentos luminosos.

Había sido apenas una hora antes, en la lujosa habitación de su hotel con vistas al Mediterráneo, cuando Declan, con una seriedad que rara vez mostraba, se había arrodillado frente a ella.

Tantas emociones la envolvieron y le enturbiaron los ojos. Este hombre... Joder, este hombre no paraba de hacerle la vida bonita.

—Adele, eres la mujer de mi vida, pero quiero que el mundo lo sepa. Desde hoy hasta el final de nuestros días, nos quiero esposos—le había dicho con una voz cargada de emociones.

El impacto de sus palabras aún resonaba en el pecho de Adele, una mezcla de sorpresa, alegría y un profundo sentido de redención que coloreaba cada pensamiento.

El recuerdo de su historia juntos, con sus complicaciones y desafíos, hacía que el momento fuera aún más dulce.

Declan había cometido errores, grandes errores, al usarla para sus intereses en un juego peligroso de poder y manipulación. Ella lo pasó mal.

Pero la verdad de su arrepentimiento y la sinceridad de su amor habían transformado su relación, forjando un vínculo que había sobrevivido a las pruebas más severas, incluido un atentado que casi les cuesta la vida.

Mientras Declan conducía, sus ojos ocasionalmente se encontraban, buscando y encontrando confirmación y cariño en sus miradas. La fortaleza de su amor se hacía palpable en esos pequeños intercambios, en el roce ocasional de sus manos sobre la palanca de cambios, en la forma en que su risa se mezclaba con el viento.

Montecarlo les ofrecía su esplendor, con sus calles impecablemente limpias bordeadas de boutiques de alta costura y casinos que prometían fortunas y aventuras. El Hotel de Paris, con su fachada elegante y su aura de exclusividad, era visible en la distancia, recordándoles la cena que tendrían esa noche, donde celebrarían su compromiso.

Esta era una sorpresa más: Brady y varios de sus primos con sus familias estaban al llegar, y todo lo organizó en secreto.

Declan aparcó el coche frente al Casino de Montecarlo, cuya opulencia era el epítome del lujo. Bajaron y se dirigieron hacia la entrada, su mano en la baja espalda de Adele, guiándola

con una ternura protectora.

Ella se sentía como en un sueño, cada paso un eco de la música que parecía emanar de las paredes mismas de la ciudad.

Dentro del casino, mientras caminaban bajo los arcos dorados y las lámparas de cristal centelleantes, Adele no podía dejar de mirar su anillo, cada diamante un faro de promesa y esperanza. Declan se inclinó hacia ella y susurró.

—Cada vez que lo mires, recuerda que mi amor por ti es más fuerte que los muros de cualquier fortaleza que haya construido alrededor de mi corazón.

Le miró y entrecerró sus ojos:

—¿Quién eres y qué has hecho con mi prometido? Él no es poeta.

Ambos rieron, y lo bonito de saberse cómplices en el amor la enterneció. No importaba las posibilidades económicas que esta relación le proporcionaba, y vaya si las había, como su nuevo empleo, que iba de maravillas.

No, lo vital entre ambos era la comprensión, la camaradería, el interés mutuo, el cariño, la pasión. Esta no dejaba de crecer, y que Declan encontrara formas novedosas de atizar el fuego que era juntos era maravilloso.

++++

Esa noche fue el cierre y el principio. Eran un puñado de invitados y entre ellos, sorpresa mayúscula, habían llegado sus padres. Adele había llorado emocionada, porque Declan la entendía a la perfección.

Su madre estaba exultante, y su padre apenas podía contenerla de hablar sin parar y tocar lo que encontraba. Sí, era un mundo al que costaba acostumbrarse. Que Declan no tuviese reparos en atender a su suegra era interesante.

De hecho, Adele había ido encontrándose con que a menudo se comunicaban sin su intermediación, y Declan enviaba detalles a Kansas. Esta noche le escuchó dándole consejos para apostar, y su padre la miró como pidiendo auxilio.

—Querida, nos van a confundir con personal de aseo—dijo, y Declan había negado, extendiendo una tarjeta, a la que su padre se negó, pero que Adele fue testigo llegó al bolso de su madre, que le sonrió sin culpa alguna.

—Declan, no puedes comprar el cariño de tus suegros—indicó, mientras bailaban, y él sonrió y fingió estar de acuerdo.

—Solo se vive una vez, y es una tarjeta con límite.

Suspiró y meneó su cabeza, que posó en su hombro. La luna se elevaba sobre el mar y las estrellas comenzaban a parpadear en el cielo nocturno, y ambos bailaron, perdidos en su propio mundo.

No eran solo las luces de Montecarlo lo que brillaba esa noche. Había alegría y una

promesa de aventuras por venir y de un amor que, habiendo sido probado por el fuego, había emergido más fuerte y verdadero que nunca.

—Vamos, Adele, cada uno está en lo suyo y sabrán entender que huyamos a nuestra habitación.

No lo dudó, y solo les tomó minutos el estar desnudos y unidos, el cuerpo de Declan como una escultura perfecta cincelada debajo suyo, su polla enterrada en su coño y volviéndola loca.

El miembro tocaba cada rincón de su vagina, y Adele se movía arriba y abajo, giraba y volvía a tomarlo, sus manos sobre el torso poderoso. Declan movía su cadera para dar fuerza al envión y sus manos tenían prisioneros a sus senos, hostigándolos con sus yemas y elevándose desde la cadera para besarlos y mordisquearlos con cadencia.

—Tócame, Declan—le susurró, y él movió sus dedos por la piel, con suavidad, haciendo que pareciera encenderse.

Con él cada parte de su anatomía se volvía un punto erógeno. Sin dejar de hamacarse sobre la poderosa pelvis sus manos fueron a su rostro, que envolvió, y trajo hacia ella para besarlo con entrega.

En un movimiento rápido, él la colocó en cuatro apoyos y se posicionó detrás, y envolvió sus manos en los glúteos, masajeando, abriendo los mismos, y dejó que su polla se deslizara por la partición y dejara humedad a su paso, hasta encontrar el centro primordial, en el que se hundió una vez más.

La fuerza de sus enviones se magnificó, y Adele le sintió y disfrutó, mientras su mano iba a su clitoris y reforzaba las sensaciones, multiplicándolas.

—Vas a correrte para mí, y vas a gritar mi nombre. Que Montecarlo se entere de lo bien que te follo y de lo satisfecha que mi polla te deja.

—Oh, Dios, por favor... Sigue, sigue... Deaglan...

—Ese nombre en tu boca... Mi polla en tu centro... ¿Cómo creí que podría alejarme de ti?—gimió él, y Adele respondió en el mismo tono.

En segundos no fueron más que sonidos ininteligibles y choque de pieles y miembros, y sus nombres se cruzaron en el estallido final.

—Te amo—dijo él, muy quedo.

—Te amo. ¿Y sabes qué? Me felicito. Mi salto de fe valió la pena.

—Agradezco a la vida que lo hicieras. Ahora, ven aquí, abrázame. La noche es menos oscura cuando lo haces.

FIN

NOVEDADES: ¡ATENCIÓN, MIS QUERIDOS LECTORES!

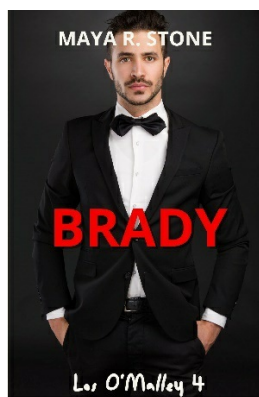
Deseo reiterarte mi profundo agradecimiento por elegir mis novelas y dar tanto cariño a mis historias.

En los próximos meses vendrán más, pero para concentrarme en mis publicaciones sin presiones he decidido no poner más preventas, al menos por un tiempo. La de moteros es la única activa en este momento.

Por ello, les estaré anunciando mis novedades, adelantos y publicaciones a través de mis redes, fundamentalmente mi Instagram. @mayarstone es mi perfil Si desean seguirme por allí, será genial encontrarnos.

Mis próximas publicaciones:

- **SIGUE LA SERIE DE LOS O'MALLEY:**



- **MOTEROS:**



- **GUARDAESPALDAS:**



- Si lees mis novelas por primera vez te cuento que los millonarios Turner y la agencia de seguridad de Matt Turner tienen sus propias series, que puedes encontrar en Amazon.



ESPERO SABER DE USTEDES EN LAS REDES, Y SUS RESEÑAS, COMO SIEMPRE DIGO, SON FUNDAMENTALES PARA QUE MIS NOVELAS LLEGUEN A MÁS.
¡HASTA LA PRÓXIMA HISTORIA!

